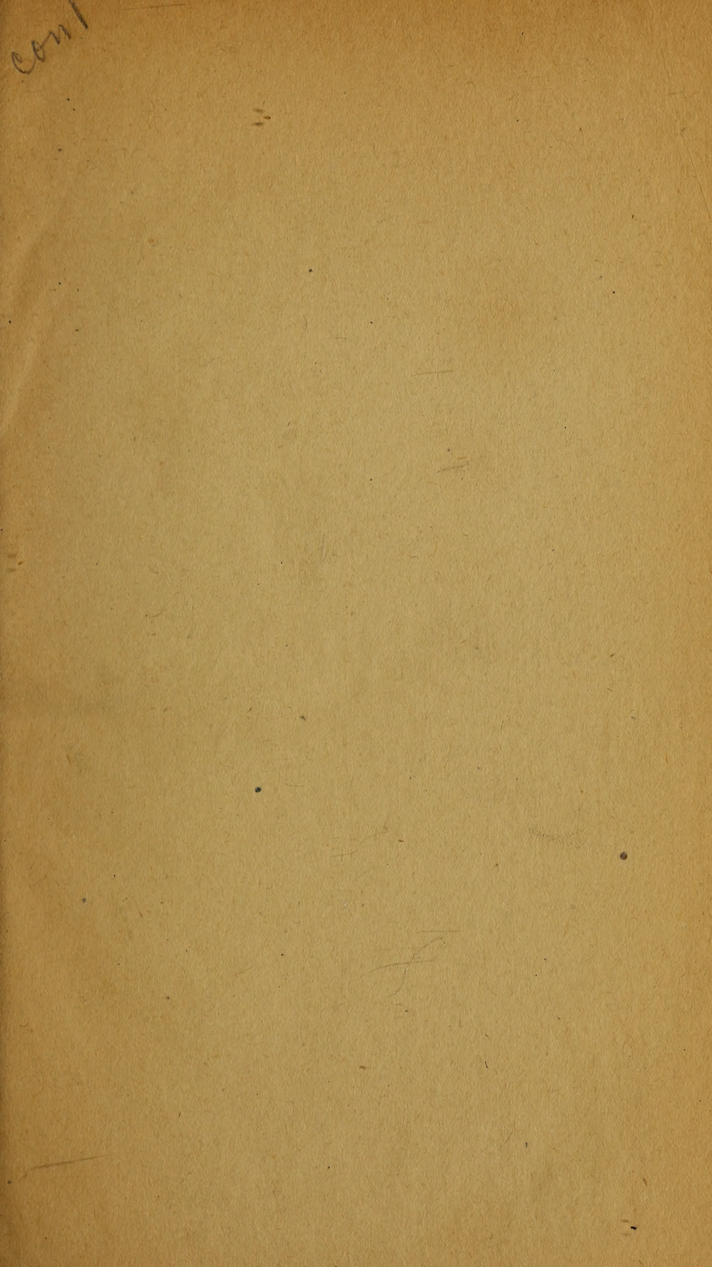

3 1761 09546592 8







NOVELITAS

JACINTO OCTAVIO PICÓN

De las Reales Academias Española y de Bellas Artes

OBRAS COMPLETAS

TOMO DÉCIMOTERCERO

NOVELITAS



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

Imprenta RENACIMIENTO.—San Marcos, 42.—Madrid

LA PRUDENTE

I

La conocí en el Teatro Real. Me fijé en ella porque estaba toda vestida de blanco y su figura destacaba enérgicamente sobre el fondo rojo del palco. No llevaba una sola joya; ni collar, ni brazaletes, ni siquiera pendientes. Su única muestra de coquetería era lucir las manos, que tenía preciosas, desnudas, sin guantes, hasta sin sortijas para que se apreciase bien la forma admirable de los dedos: y el solo adorno de su traje consistía en un manojillo de violetas muy claras prendido al lado izquierdo en la abertura del escote. Manejaba con muchísima gracia un enorme abanico de plumas negras, no tanto como sus ojos, y cuyo movimiento ocultaba a ligeros intervalos el pecho y la parte inferior del rostro. La tez, pálidamente morena, traía a la memoria el tono marfilesco de las hojas de la magnolia, y al poner los labios sobre el borde

de las plumas negras del abanico la boca húmeda, brillante y encarnada parecía una florecilla de sangre. La frente despejada y la nariz casi recta, daban a su perfil aspecto de cabeza en medalla antigua. No podía ser considerada como correctamente bella, porque sus facciones carecían de regularidad, pero en cambio era graciosísima. Representaba veinte o pocos más años. Su encanto principal estribaba en el modo de mirar: era de las que saben y pueden dar a entender con los ojos cuanto quieren. El lindo entrecejo ligeramente fruncido, cierta languidez en las posturas y un mohín apenas perceptible que hacía de cuando en cuando con la boca, delataban en ella el propósito de aparecer indiferente a cuanto había en torno suyo. ¿Era desdén sincero? ¿Era frialdad estudiada? Tal vez mirando a la superficie del agua, se pueda inferir lo que hay en su fondo; ¿mas quién será capaz de leer cosas del alma en rostro de mujer?

Otras dos personas había con ella en el palco: un caballero que pasó la noche leyendo periódicos y una señora vestida con todo el lujo que puede inspirar y pagar la más desatentada riqueza. Eran sus padres, pero la verdad es que no lo parecían. Ni uno ni otro daban señales de gozar con la música, y eso que la ópera puesta en escena era hermosísima.

Estuve observándoles gran parte de la noche. ¡Qué tipos tan diferentes! Los papás, vulgares y

ordinarios: la hija, elegante y aristocrática. Mirando alternativamente al padre y a la chica se me ocurrieron ideas poco favorables a la fidelidad conyugal de la mamá: me costaba trabajo creer que aquella muchacha tan fina fuese obra de un hombre tan basto. Y sin embargo, tal vez fuesen injustas mis suposiciones, porque las plantas de corteza más tosca suelen dar las flores más delicadas.

Al terminar la función salí al vestíbulo y les esperé en el arranque de la escalera. Bajó delante de sus padres, enseñando los pies, que eran tan bonitos como las manos, envuelta en un magnífico abrigo de felpa blanca guarnecido de pieles negras, sin nada en la cabeza y dirigiendo a uno y otro lado miradas indiferentes, casi despreciativas. Pero su arrogancia parecía impregnada de tristeza y su aire desdeñoso se asemejaba mucho a un disfraz de la melancolía. Un romántico hubiera podido fantasear a su sabor contemplando aquella figura de mujer que espléndidamente vestidá evocaba pensamientos de desgracia y la expresión de aquel rostro lleno de atractivo y falto de alegría.

Pregunté a un amigo quién era y me repuso:

—Es hija de esos que van detrás; riquísima; heredará unos cuantos millones de pesetas. Y sin embargo, ni se ha casado, ni se casa, ni se casará problablemente jamás. —Y como yo hiciese un gesto de asombro, añadió: —No, no creas que

ha perdido ni malgastado lo que Dumas llamó el capital de las muchachas. Dicen que es muy fría. En fin... no quiero contarte la causa de esa doncellez forzada: lo encantador es oírselo a ella misma, como se lo he oído yo. Procura que te presenten, haz lo posible por inspirarle confianza, y si accede algún día a referirte los motivos en que funda su decisión de morir soltera pasarás un buen rato. Manolita es lo que llaman los novelistas de ahora un documento humano.

II

Aquella noche tuve incesantemente ante los ojos la imagen de Manolita. Hubo momentos en que sospeché si la complacencia de mi memoria en recordarla sería un principio de enamoramiento; pero pronto me convencí de que no, porque al otro día no pensé en ella poco ni mucho.

Pasaron algunas semanas, y otra noche la encontré en una reunión dada por una familia de gente amiga mía. Me pareció más hermosa, y tan triste como la vez primera que la vi. Estaba totalmente vestida de negro con una severidad impropia de su edad; por supuesto, elegantísima.

Logré que los dueños de la casa me presenta-

ran a ella; hablamos largo rato; mejor dicho, fuí buscando motivos y pretextos para que hablase. Era muy discreta: se expresaba, sin hacer alarde de ello, con cierta libertad de lenguaje poco femenina, dadas nuestras costumbres. En cambio, no decía mal de nadie, y cuando yo, por estudiarla, intentaba convertir el diálogo en murmuración, en seguida callaba cortándome el revesino, o con gran habilidad hacía que variásemos de asunto.

Claro es que aquella noche no me atreví a preguntarle nada de sí misma, pero comprendiendo que no le había sido antipático, le dije que tendría gusto en frecuentar su casa. La respuesta fué presentarme a sus padres, los cuales luego me ofrecieron su *hotel.*

Cuando nos despedimos me dijo ella:

—Sospecho que vamos a ser buenos amigos.

Y me pareció que pronunciaba la palabra amigos como añadiendo mentalmente: *pero nada más que amigos.*

III

Efectivamente: lo fuimos en cuanto se convenció de que yo no la galanteaba.

Sus gustos eran los míos: sus sentimientos, mejores por ser mujer. Mas lo realmente notable de su carácter era una idea tan alta y noble de la propia dignidad, que en el respeto a sí misma fundaba todas sus acciones y palabras. Sus buenas cualidades estaban fundadas en que lo innoble y feo le parecía indigno de sí. Su virtud consistía en no discurrir ni hacer lo que no pudiese confesar; y tenía en la conversación un tacto tan exquisito y un talento tan grande, que era atrevida sin cinismo y pudorosa sin hipocresía.

En muy poco tiempo fuimos buenos amigos, sin sombra de afecto más vehemente, lo cual dió a nuestra amistad grandísima franqueza, merced a la cual llegué a conocerla como nunca puede uno conocer a la mujer amada, que teniendo interés en aparecer mejor de lo que es, pone en ello todo su empeño.

Tratándola íntimamente comprendí que no se casaría nunca. No hay nada que nos aleje tanto de las mujeres como el temor de quedar moralmente por bajo de ellas; y los que se acercasen a Manolita podían tener de antemano la certeza de su propia inferioridad. Gran mal para ella, porque apenas el hombre se persuade de que su novia, su mujer o su querida discurre o siente mejor que él, se le hace antipática sin que nadie lo remedie.

Ya convencida Manolita de que yo no estaba

enamorado de ella, sobre todo de que no era un aspirante a su fortuna con pretexto de boda, me demostró simpatía: traté de fomentarla, adquirí confianza, y poco a poco fuí descubriendo hasta sus pensamientos más ocultos. Por fin una noche, hallándonos en cierta casa de tertulia, hizo la casualidad que nos quedásemos solos al extremo de un salón y sentados en el mismo sofá. Las demás personas que allí había se pusieron a jugar al tresillo sin cuidarse para nada de nosotros. Si hubieran supuesto que estábamos enamorados, no habría faltado quien viniese a estorbarnos: creyendo que nos aburríamos, nos dejaban en paz.

No recuerdo cómo empezó la conversación: ello fué de suerte que al cabo de un rato hablamos de cuán arriesgada es para la mujer la elección de marido; y de idea en idea, de apreciación en apreciación, llegó un punto en que sin haber hecho propósito de interrogarla se me fué la lengua y dije:

—La verdad es que la mayor parte de las mujeres tienen tan poco acierto para escoger maridos como para elegir trajes: se casan y se adornan como aconsejadas por el demonio. En cambio hay algunas que, teniendo juicio sobrado para atraer y dominar a los hombres de verdadero mérito, no lo hacen. —Y en virtud de la velocidad adquirida, añadí: —Por ejemplo, usted ¿por qué está usted soltera?

Temí, luego de decir esto, que se pusiese en pie y castigara mi osadía volviéndome la espalda; pero no fué así. Sin duda comprendió que la indiscreción era hija del interés que me inspiraba.

Acomodóse bien en el sofá, apoyó los lindos pies en un almohadón, y segura de que nadie podía oirla, dijo mirándome de frente:

—Vaya, voy a contarle a usted por qué estoy y problablemente moriré soltera. Si yo no lo hago lo harán otros y será peor, porque desfigurarán la verdad.

—Conste—interrumpí—que si he cometido indiscreción me arrepiento y pido perdón.

—¿No escribe usted novelas? Pues oiga usted ésta. Con la diferencia de que todo, todo es verdad, me ha sucedido a mí: la protagonista soy yo.

Tengo, aunque no los represento, veinticuatro años. He pasado la infancia y los primeros años de la juventud en un colegio de monjas, ¡Dios les perdone!, donde mis padres quisieron que me educasen, y digo quisieron, porque salí de allí sin saber saludar ni hacer un dobladillo; escribir con mala ortografía, chapurrar francés y rezar mucho, ¡eso sí! Lo poco que sé lo he aprendido por la afición que tengo a los libros. Pasaba los inviernos en el maldecido conventuco y los veranos con mis padres; pero como el verano es la época de los viajes, puedo asegurar que de

niña no he conocido ni mi casa ni la vida que se hacía en ella. Me sacaban del colegio, por ejemplo, el quince de Junio; a los dos o tres días salíamos en el expreso del Norte para Biarritz, pasábamos el mes de Septiembre en París y a primeros de Octubre a Madrid, es decir, al colegio. En las vacaciones de Nochebuena, mi casa parecía un almacén de cuanto Dios crió: todo era hacer y recibir regalos, adornar salones y preparar cenas; en Carnaval, cosa parecida: trajes por acá, figurines por allá y telas por todas partes; el santo de mi madre, comida de etiqueta; el santo de mi padre, otra fiestecita. ¡Ah!, y le advierto a usted que a mí esos días me sacaban del convento a las nueve de la mañana y volvían a llevarme al anochecer; pero el caso es que jamás pasé una semana entera en mi casa en época normal.

A los quince años, precisamente el día que los cumplí, me dieron la grata noticia de que no volvería al colegio. Poco tiempo después me pusieron de largo y asistí al primer baile. Un revistero de salones dijo en su periódico que había hecho *mi entrada en el gran mundo*. Aquella noche, por la novedad, me divertí mucho; pero ahora, el último baile a que asisto es el que me parece más soso. ¿En qué consiste esta indiferencia con que miro eso que los franceses llaman *le monde* y nosotros la buena sociedad? No lo sé: lo cierto es que un libro, una comedia, la ópera, una conver-

sación con quien sea superior a mí me gustan infinitamente más que ponerme de veinticinco alfileres, escotarme en noches de frío y tener que tolerar sandeces a todo el que me las quiera decir.

Y aún hay otra cosa que me gusta de un modo indecible... pero no se burle usted de mí ni me llame romántica... Pues mi mayor deleite, cuando tengo el espíritu predispuesto para ello, consiste en quedarme encerrada y sola un par de horas monologueando esperanzas y recuerdos, y visiones, y cosas raras que me pregunto y me respondo, y me forjo y desbarato como una loca tranquila... y algo triste. En cambio, créame usted, apenas oigo hablar a mi madre de baile o recepción, ya me tiene usted temblando. Muchas veces me he preguntado por qué difiero yo tanto en esto de las otras mujeres. Voy creyendo que no soy igual a las demás. Una de dos: o valgo más, muchísimo más, porque soy tan difícil de entretener, o infinitamente menos, porque no sé saborear esos placeres que causan la delicia de tantas que pasan por muy listas. Pensando en esto, me digo algunas veces que acaso la sociedad no me agrada porque generalmente sólo la componen ociosos y pobres de espíritu, y entendimientos mezquinos que no saben más que hablar bien de sí y mal del prójimo. Los artistas, los escritores, los que estudian y trabajan con el pensamiento, aquellos a quienes me agradaría

conocer y tratar, vienen poco a estas casas...; así, que cuando pintan y describen lo que pasa en ellas, a veces ¡lo hacen tan mal! Y sin embargo, ¡cuánto podrían aprender!

Pero perdóneme usted este modo de divagar. ¿Usted quiere saber por qué no me he casado? ¿No le han contado a usted el escándalo que dí? Pues fué horroroso, una ferocidad.

En uno de los bailes de que hablábamos, conocí a un hombre de treinta y dos años, listo y todo lo guapo que puede ser un hombre sin parecer afeminado: le supuse bueno, bien educado y hasta instruído y serio con relación a las manadas de señoritos para quienes un fraque mal hecho constituye una pesadumbre grave. Abreviando, me cortejó durante algunos meses fingiendo de lo lindo; ya sabe usted que el noviazgo es la época de ocultar defectos; anduve torpe, no supe conocerle y le autoricé para que pidiese mi mano. Papá y mamá veían la boda con buenos ojos: se enteraron del estado de su fortuna y resultó que era rico. No se les ocurrió averiguar más. Ni trataron de inquirir sus condiciones de carácter, ni pusieron a prueba la índole de sus sentimientos... en fin, nada parecido ni equivalente. Hubiera yo deseado hacer todo esto por mí misma; pero ¿quiere usted decirme cómo puede dedicarse a semejante linaje de indagaciones una señorita que no sale sola, que no trata a nadie sino en sociedad y super-

ficialmente, y que no tiene de quién fiarse?

¿Estaba yo enamorada? Creía que sí: a lo menos aquel hombre me inspiró un sentimiento de dulce inquietud, un afán de pensar en él y compartir su vida, un deseo tan vehemente de serlo todo para él, que... francamente, me pareció amor. Y era... era que yo confundía la necesidad del amor con el amor mismo.

Mi equipo de novia fué magnifico. Dos salones ocupó aquel conjunto de trajes, telas, alhajas, encajes y ropas interiores que mis amigas miraron y remiraron y comentaron y criticaron entre asombradas y envidiosas. Confieso que en vez de ir de tienda en tienda y de almacén en almacén con mi madre, hubiera yo preferido disponer las cosas con menos ostentación, de otro modo; por ejemplo, haciendo parte de los preparativos en casa, pidiendo consejos a mi novio para conocer sus inclinaciones y sus gustos y empaparme de ellos para hermanarlos con los míos... pero no fué posible.

Y vamos al escándalo. Una mañana, aún no se habían levantado mis padres, entró en mi cuarto la doncella diciéndome que una muchacha deseaba verme con gran insistencia.--¿Quién es?—pregunté. —No quiere decirlo. —¿De parte de alguna persona conocida mía? —Tampoco: tiene gran empeño en ver a la señorita y nada más. —Bueno, pues que pase. —Creí que se trataría de alguna oficiala de modista, costurera o

bordadora que sabiendo lo del equipo pidiese trabajo. En fin, mandé que pasase y entró: era un tipo finísimo y delicado, una figurita esbelta, de rostro aniñado, de facciones menudas y con unos ojazos hermosísimos; pero marchita por las privaciones, mal trajeada y peor nutrida: vamos, una de esas muchachas que, a ser justa la Providencia, debieran nacer entre sedas y trajes preciosos en lugar de vivir cosiéndolos para que otras los llevemos. Con sólo mirarla comprendí que no venía de parte de nadie, sino que se trataba de algo suyo, exclusivamente suyo. Dijo resueltamente, pero sin altanería ni descaro, que quería hablarme a solas; hice señas a la doncella para que saliera del gabinete, y... prepárese usted, que aquí viene lo gordo. Se echó a mis pies, rompió a llorar y entre sollozos, con las palabras materialmente mojadas de lágrimas, me dijo: —Señorita, usted se va a casar con don Fulano de Tal, ¿verdad? Pues hace dos años que está en amores conmigo y tenemos una niña de diez meses. No crea usted que vengo a pedirle que rompa la boda: ya sé que no tengo ningún derecho para semejante cosa. Lo único que quiero es que, antes de que se casen ustedes, me dén algo con que podamos vivir yo y la niña.

No tenemos nada, nada más que mi trabajo... y usted no puede figurarse lo que es para una mujer vivir de su trabajo. Hoy tengo las manos sanas, a Dios gracias, y gano algo; pero ¿y el

día que me ponga mala? ¿y si me muero? Por Dios, señorita, entérese usted de que todo es verdad y por lo que más quiera usted en el mundo... haga usted que a la niña no le falte el día de mañana...

¿Para qué contarle a usted más?—continuó Manolita—. ¡Ya lo creo que me apiadé! ¿Sabe usted lo que hice? Durante tres o cuatro mañanas salí sola con el mayordomo, estuve haciendo el papel de agente de policía, dando propinas, hablando con quien Dios me dió a entender. Resultado: todo lo que me había dicho era la pura verdad, y averigüé más, mucho más, que ella no tuvo tiempo ni valor para decirme. Mi futuro... un pillo en toda la extensión de la palabra. No sé lo que otras hubieran hecho en mi lugar; yo me negué a recibirle, ni oirle, ni hablarle, pero en absoluto; ni siquiera le escribí. Ruegos, súplicas, amenazas, todo fué inútil. Mi padre tuvo que entenderse con él. No he vuelto a verle sino en el teatro o en la calle, de lejos.

A la pobre muchacha le entregué dos inscripciones de la Caja de Ahorros, una a su nombre y otra a nombre de la niña por valor de una cantidad igual a todo lo que yo llevaba gastado para la boda. ¡Ah!, y aconsejé a la madre que nunca, en ningún caso ni por ninguna consideración, se casase con aquel hombre, ni tolerase que reconociese a la niña, fundándome en que más vale quedarse sin padre que tenerlo así, por

compromiso o a la fuerza. La campanada fué espantosa. Mis amigas me llamaron estúpida, papá se puso furioso, nadie aprobó mi conducta, ¡ni aun mi madre! Ha pasado tiempo, bastante tiempo, y ningún hombre ha vuelto a decirme «buenos ojos tienes». Conque, una de dos: o imaginan que la boda se rompió por algo... hablando claro, deshonroso para mí, o es que los hombres huyen de nosotras cuando ven que somos capaces de pensar y de tener la voluntad entera y firme.

Al concluir su relato Manolita, se llevó el pañuelo a los ojos y sonriendo amargamente me dijo:

—Vamos, con franqueza, la verdad, ¿no vale más estar soltera que haberse casado con semejante hombre?

Levantáronse los que estaban jugando, hízose la conversación general, y no pudimos hablar más.

. . . .

Desde entonces, siempre que en bailes, fiestas o saraos veo a Manolita indiferente, altiva, fruncido el lindo entrecejo, esforzándose por aparecer desdeñosa y fría, pienso en el desprecio que han de inspirarle las gentes, y en lo que debe de sufrir; y me acuerdo de un cuento árabe donde se refieren las desdichas de un ángel que fué condenado por Mahoma a vivir entre leprosos.

CONFESIONES

I

Estaban citadas para salir juntas de paseo tres elegantes y ricas damas, íntimas amigas, de quienes en Madrid se cuentan muchas y sabrosas aventuras: Inés, condesa de la Mimosa; Clara, duquesa del Camarín, y Pepita Dádivas, sin título nobiliario.

La primera era morena, pálida, pequeñita, de semblante picaresco, alegre y viva de genio; la segunda, rubia, sonrosada, alta, algo gruesa y un poco melancólica; la tercera, de mediana estatura, trigueña, pelinegra, las facciones menudas y los ojos de mirar tan subversivo, que a entrar ella en la antigua Tebaida, de seguro que ningún anacoreta hubiese llegado a santo.

Se citaron para las cuatro en casa de Pepita, mas entre acicalarse, emperejilarse, mirarse y remirarse, Inés llegó a las cinco menos cuarto y Clara poco después. Pepita estaba a medio ves-

tir, de suerte que ambas asistieron a los últimos detalles del engalanamiento de su amiga, y hasta le ayudaron con exquisita complacencia; pero Inés, que tenía el escote algo huesoso, observó con envidia que el de Pepita estaba admirablemente formado, y Clara, cuyas piernas pecaban por flacas, vió disgustada que las de Pepita se asemejaban a las robustas, pero finas y elegantísimas, de aquella Diana Cazadora que pintó Pablo Veronés.

A las seis menos cinco estaban listas para salir. La carretela esperaba en la puerta de la calle, cuando de pronto se oscureció el cielo, cubrióse su limpio azul de nubarrones cenicientos y comenzó a llover con tal fuerza, que se frustró el paseo.

—¿Qué hacemos?

—Quedarnos.

—¿Y en qué vamos a pasar este par de horas que faltan hasta la de la comida?

—En lo de siempre: en hablar de las amigas y comentar piadosamente sus picardías.

—¿Y qué hemos de decir, si nada nuevo sabemos?—exclamó Ines—. ¿Vamos a hablar de lo de siempre? ¿De que Nieves tiene las citas con su amante en casa de la peinadora? ¿De que la Medinilla mandó a Paco a pagar una cuenta *de composturas* a casa del joyero, y él se encontró con que la tal cuenta importaba treinta mil reales? ¿De que a Elenita le han traído de París

camisas de dormir hechas de *surah* color de rosa con lazos color caña? ¿De que la hija de Margarita mete al novio en casa por la noche, ayudada del aya inglesa? ¿De que Manolito escamoteó en el tocador de Luz una sortija de brillantes y la empeñó en la calle del Lobo? ¿De que Antoñete ha enseñado en el Casino una media de la duquesa? ¿De que Anselmo ha declarado la otra tarde en casa de Pepa el sitio donde tiene Clarisa los dos lunares rubios? ¿De que Plácida ha pegado a Manolín delante de su marido sin que éste se sorprenda de la confianza? ¿De que...?

—Hija, calla ¡por Dios!

—Pues sabido todo eso, y mucho más de que nuestro impudor había de escandalizarse... ¿de qué hemos de charlar?

—¡Qué aburrimiento!

Inés se dirigió hacia el balcón para ver si escampaba; pero seguía lloviendo con gran fuerza, y las nubes se mostraban negruzcas y amenazadoras.

—Si tuvieseis valor—dijo Clara—podríamos pasar el rato agradablemente.

—Explícate.

—Muy sencillo: en vez de despellejar amigas y conocidas tratemos de nosotras mismas. Cada una sabe de las otras dos lo suficiente para comprometerlas: por tanto, es seguro que nunca hemos de reñir. Nuestra mutua discreción está

asegurada. Pero no sabemos todos nuestros pecadillos. ¿Queréis que nos confesemos?

—Hija—repuso Inés—, eso sería el cuento de nunca acabar.

—Además—añadió Pepita—, podríamos saber cosas que nos mortificasen: por ejemplo, haber logrado cualquiera de nosotras el amor de un hombre que otra no haya sabido conseguir.

—Todo se puede remediar.

—¿Cómo?

—Contando cada cual una sola aventura con la que no estemos relacionadas las otras dos.

—Muy bien.

—Perfectamente.

—Convenido.

Mandó Pepita que les sirvieran té con pastelillos y galletas, dió a los criados orden de que no entrase nadie, luego ella misma cerró como personaje de comedia todas las puertas del gabinete, cerciorándose de que la doncella no se había quedado tras ningún cortinaje, y por último, dejándose caer lánguidamente en una butaca, dijo como quien se dispone a oir grandes cosas:

—Inés, empieza tú, que eres la más joven. Y quedamos en que una aventura nada más, porque si no, llegarías tarde a comer con tu marido.

Inés habló de este modo:

—No ignoráis que soy noble, de la nobleza más esclarecida y acrisolada que hay en Espa-

ña. Desciendo de aquel Teodomiro que tan bravamente resistió a los musulmanes. En toda la Edad Media no se mezcló a la nuestra, sangre de pechero, ni de villano, ni de hebreo, ni de hidalgo de gotera, ni de bastardo, ni siquiera de fraile. En mi estirpe no ha habido brujo, encorazado, judaizante, hombre azotado ni mujer emplumada. Nuestra nobleza no tiene una sola mancha. Por papeles secretos del archivo de mi casa, sé que entre las hembras de la familia han menudeado las coquetas, alegres, fáciles, ligeras y en extremo débiles, pero todas lo han sido con verdaderos nobles y algunas con príncipes de sangre real: ninguna con advenedizos ni plebeyos neciamente mimados por la fortuna, que, además de ciega, es con frecuencia imbécil. Todo esto os digo para que no tachéis de ridícula, o disculpéis al menos, la costumbre que tengo de no conceder jamás favores amorosos a quien no sea noble. El genio, el talento, la laboriosidad, la riqueza bien adquirida, son a mis ojos altamente respetables; mas lo que yo estimo en el hombre, como primera y principal cualidad, es aquella cortesía y distinción, aquella culta delicadeza de modales que sólo poseen los criados en cunas aristocráticas y hechos desde pequeñitos a pisar alfombra espesa o pavimento de mármoles. No niego que sepan amar los hombres de bajo origen, y aun quiero creer que su lenguaje sea más sincero que el de los no-

bles, pero nunca tendrán la atildada cortesanía del que ha comido las primeras sopas en vajilla blasonada. No lo dudéis; por mucho talento que tuvieran Jovellanos, Aranda y Campomanes, a nacer yo en su época, me hubieran de seguro agradado más los hijos de aquellas familias que en tiempo de Carlos IV conservaban algo de la amable galantería que su antecesor Felipe V aprendió en Versalles, y con la que desterró la antipática austeridad de los Austrias. Y basta de prólogo. Lo importante, para que apreciéis mi aventura, es quedar convencidas de que nunca he soportado caricias democráticas. Mi amor es un santuario en el cual, como en ciertas antiguas órdenes militares, sólo entran los que prueban la limpieza de su sangre... Y siendo así, juzgad ahora de mi desesperación.

Hace poco menos de un año me cortejó el hijo de un duque cuya estirpe es tan antigua y noble como la mía. Me galanteó como un cortesano de Luis XV, me escribió sonetos como un Villamediana, se permitió atrevimientos de abate linajudo... y me rendí.

—Así acaban siempre tus campañas—dijo Pepita.

—Pues ese escaramuzar del principio es lo que más me gusta en guerras de amor—añadió Clara.

—Me entregué—prosiguió Inés—con la seguridad de que el vencedor era digno del vencido,

y luego de tomada la fortaleza de mi hermosura al cabo de dos meses, supe que el conquistador no era noble, es decir... lo era y dejaba de serlo; vamos, un conflicto espantoso.

—De modo que tu belleza es un palacio donde ha penetrado la canalla.

—Casi, casi. Supe que mi amante es hijo de su madre la duquesa, pero no del duque que está casado con ella: la duquesa, según parece, no fué en su juventud tan escrupulosa como yo; tuvo amantes indignos de su clase, y mi favorecido es el fruto de una de esas lamentables transacciones con la plebe. Sí; el hombre a quien me entregué, suponiéndole noble, lo es legalmente, pero no en realidad, pues aquella paternidad es falsa. Resulta, por lo tanto, que el hecho y el derecho están en abierta oposición, y yo inconsolable.

—Pero el día en que muera el duque heredará el título su hijo y quedará remediado el mal.

—Esa no será herencia, sino usurpación.

—¿Y qué piensas hacer?

—He aconsejado a mi amante que ceda a su hermana el ducado que ha de heredar, y que obtenga otro título expedido a su favor: de esta suerte será noble por sí.

—Eso es difícil de lograr.

—Te equivocas. Ya tengo sobornados, con aquel pago que ningún caballero rechaza, a

todos los jefes de origen noble que hay en el Ministerio de Gracia y Justicia y en el de Estado; pero ahora está estancado el asunto por culpa de un subsecretario inconquistable... ¡tiene setenta y cinco años!

—¿Y qué remedio?

—Estoy procurando que le sustituyan por un joven, para lo cual he tenido que hacer concesiones a mucha gente.

—De modo que para borrar la culpa de haber caído en brazos de un hombre ¿tienes que resignarte a ser de otros muchos?

—¡Así es! Por eso conviene que escarmentéis en mi aventura. No es lo malo pecar, sino pecar mal. En amor los errores son como las mentiras, que unas se enlazan con las otras... Quien comete el primero no sabe cuál será el último.

—¡A buena hora sale la moral!—exclamó Clara.

En seguida dijo Pepita:

—Ahora tú, Clara.

La cual habló de esta suerte:

—Como tú eres apasionada de la nobleza y del lustre de la sangre, yo lo soy del arte, y del talento en que toma origen. No hay amor más dulce en los preliminares, más expresivo al medio del poema, más poético en el desenlace que el amor de los artistas. ¿Cómo se ha de comparar la galantería artificiosa, superficial y puramente imitativa y retórica de los nobles, con la

galantería sincera, honda, sentida y naturalista de los artistas? Por supuesto, que este modo de pensar no es nuevo en los anales de mi casa.

Una de mis abuelas fué amada por Van Dyck, en Amberes; otra por Rubens, en París; otra por don Diego Velázquez, en Madrid. ¿Dónde habéis visto semblantes de hombres más hermosos ni fisonomías más expresivas? Acordaos del Van Dyck que está retratado con el duque de Bristol, del Rubens que está en uno de aquellos cuadros donde él mismo pintó las bodas de María de Médicis, del Velázquez que a sí propio se copió en las *Lanzas*, y decidme si hacéis memoria de figuras más gallardas. ¡Ah! Se me olvidaba añadir que para la *maja desnuda*, de Goya, sirvió de modelo una parienta mía. En cuanto a mí... he sido la medalla de honor de los grandes artistas de nuestro tiempo. Apenas se cubre de gloria un pintor o un escultor, hago que me le presenten y poco a poco, hablando hoy de los griegos del tiempo de Pericles, mañana de la Italia del Renacimiento, cuándo de la época romántica, cuándo de los ideales nuevos, voy apoderándome de él hasta que un día llegamos a tratar del tipo de la Venus helénica, y entonces, para demostrar que la belleza de la forma es eterna en la Naturaleza, y que lo que hace falta es artista capaz de comprenderla, sacrifico mi pudor y procuro que surja la inspiración en el corazón del artista. Lo que no hago

jamás es entregarme a un pintor malo, ni a un escultor mediano: mi amor es el premio del verdadero mérito. Por esto recibí grandísima pena el verano pasado con la aventura que os voy a narrar en pocas palabras; que las verdaderas desdichas se han de expresar con sobriedad.

Marché a pasar el agosto a mi casa de campo, cuyas alamedas, como sabéis por haberme favorecido con vuestra compañía varias veces, son tan frondosas que no llegan a la tierra los rayos de sol, y cuyas praderas se dilatan hasta la ribera del río, que en algunos sitios forma claros y tranquilos remansos. En uno de ellos tengo costumbre de bañarme, pero no me baño ridículamente vestida de lana oscura, ni de bayeta blanca como algunas señoras que así profanan las olas del mar, no; me baño esplendorosamente desnuda. Voy hasta la orilla con mi doncella, que me despoja de las ropas, dejándolas entre el césped para que se perfumen con el aroma de las florecillas campestres; permanezco un rato tendida sobre la yerba a modo de bacante fatigada; me entretengo en ver cómo los claros de sol y las manchas de sombra jaspean y atigran mi blanco cuerpo, y luego despacito, paso a paso, voy penetrando en las serenas aguas que me rodean, abrazan, ciñen, lamen y acarician, mientras me estremezco de placer al contacto de sus besos fríos.

Por último, cuando me falta pie, comienzo a

nadar, y os aseguro que debe de ser cosa admirable, para vista desde la orilla, el contorno de mi figura deslizándose bajo la linfa de las aguas, en tanto que mi cabellera queda flotando ondulante y suelta sobre la superficie como una madeja de oro destrenzada por el viento.

Ahora, escuchad y tenedme lástima. De esa suerte me solazaba una mañana, cuando oí ruido entre unos árboles cercanos; dirigí hacia ellos la mirada y observé que tras un añoso tronco había un hombre: me acerqué cuanto pude, y vi que tenía en las manos una de esas maldecidas maquinillas de hacer fotografías instantáneas. En una palabra, aquel hombre me estaba acechando para retratarme desnuda al salir del agua. ¡Juzgad de mi...!

—¿Turbación?—dijo Pepita.

—¿Indignación?—preguntó Inés.

—No—siguió diciendo Clara—; sorpresa fué la que experimenté. Pero ¿qué había de hacer? ¿decir a la doncella que llamase a un guarda? No: en vez de un hombre me hubiesen visto dos. Y lo peor no era que al salir me retratara: lo verdaderamente triste era que si yo me asustaba o temblaba como azorada, palpitarían las líneas de mi cuerpo, la prueba fotográfica saldría borrosa y mis formas serían vilmente calumniadas. Por mí misma no me hubiese importado: mas en aquel momento me juzgué depositaria de la belleza eterna, y me horroricé ante

la idea de parecer fea. No; yo no podía salir del río como una mujer vulgar; debía salir, y salí, como una diosa.

Me armé de valor, comencé a nadar hacia la ribera, asenté los pies en las menudas arenas, enderecé el cuerpo, erguí la cabeza, me retorcí y escurrí el pelo, que soltó un chorro cristalino; saqué el pecho del agua y lentamente avancé hacia el lugar donde me esperaba la doncella con una sábana desplegada. Hasta tuve la abnegación de permanecer unos segundos con los brazos en alto y la cabeza caída hacia atrás como si pretendiera suspenderme de una rama mientras el sol me cubría el cuerpo de ardorosos besos.

¿Para qué he de cansaros más? Dí tiempo, a fin de que Venus no tuviera una imagen que fuese una ofensa.

Mas, ¡oh dolor!, al día siguiente supe que el hombre que se había metido en mis tierras con la condenada maquinilla fotográfica, y que tan atrevidamente me había retratado, era un pintor... pero un pintor malo, adocenado, clasicote, incapaz de comprender y expresar la verdadera belleza. Y aquí empezó mi calvario. Hice que me lo presentaran, le convidé a pasar varios días en mi compañía, sostuve con él conversaciones que me convencieron de su inferioridad, y después de innumerables sacrificios le dí a entender que le amaría si me regalaba el retrato que de mí había hecho.

¡Cuánto sufrí soportando las majaderías de aquel mal llamado artista! Por fin, a fuerza de astucia, supe que no había sacado más que una prueba y logré que me la diera a cambio de un beso, pero ¡ah! luego... me acordé de que tenía el *cliché* y podía hacer cuantas quisiese. Entramos en negociaciones... y ¿sabéis qué condición puso para entregarme el *cliché?*

—Me la figuro—dijo Inés.

—Y yo—añadió Pepita.

—Habéis acertado. ¡Tuve que sucumbir! Aquel hombre pasó conmigo una noche entera desde que la luna comenzó a subir por Oriente al caer la tarde hasta que el sol ofuscó con sus brillantes llamaradas el tembloroso parpadear de las estrellas. Al amanecer estaba yo más llorosa que Lucrecia después de la osadía de Tarquino, más pensativa que Judit antes de cortar la cabeza a Holofernes, más amargada que Susana cuando observó que eran viejos los que la vieron bañarse. Como yo cumplí mi obligación, él cumplió la suya entregándome el *cliché:* lo cogí, lo miré al trasluz y lo arrojé contra el pavimento, donde se hizo añicos.

Esta ha sido la única vez que me he entregado a un hombre incapaz de comprender y apreciar la belleza, y os aseguro que la aventura me dejó tal acibaramiento en el alma, que desde entonces consagro mi vida a recorrer el mundo en busca de grandes artistas, de almas

escogidas, que borren de mi boca el sabor de aquellos besos, por los que me consideré profanada.

—¡Pero hija!—exclamó Inés—, debes de hacer un consumo atroz de celebridades. Y dinos, ¿abundan tanto los artistas verdaderamente ilustres?

—No; escasean bastante, pero también me consagro a... genios ignorados.

—Ahora te toca a ti, Pepita—terminó diciendo Clara.

Pepita se pasó las manos por entre los hermosos rizos castaños, se miró a hurtadillas al espejo, y alzando lánguidamente al cielo los ojos, como quien recuerda venturas pasadas, empezó su relación de este modo:

—Tú, Inés, te muestras débil y amorosa con los hombres de sangre azul; tú, Clarita, con aquellos escogidos por la inmortal diosa Belleza para ser sus intérpretes en la tierra. No os enfadéis conmigo... pero ambas me parecéis miserables exclusivistas que regatean sus favores. Vosotras buscáis los cultivadores del amor entre los escogidos de la Fortuna, y entre los elegidos del Arte. Yo soy más compasiva, más cristiana. Dijo Nuestro Señor: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Yo, imitándole como debe ser imitado, y considerando que los hombres son niños grandes, digo: «Haced, Señor, que los hombres se me acerquen»; y si no lo

hacen voy a buscarles. Amor no es juguete del espíritu, ni mucho menos antojo de la sensualidad: no es privilegio de los que nacen en lecho de oro ni de los que saben trocar el mármol en forma humana, sino don que el cielo nos hizo a nosotras, mujeres, para que lo repartamos pródigamente entre los hombres sin distinción de jerarquías, ni estirpes, ni prosapias, ni siquiera facultades o ingenios. El tosco patán que guía las cansadas mulas en la soledad del campo, el pescador que zurce las redes en la playa o arriesga la vida en la inmensidad del mar, ¿acaso no son dignos del supremo obsequio que obtienen los señoritos almibarados y los escritores cursis? ¡Oh amigas!, yo me propongo demostraros que el verdadero amor, como el oro más puro, puede hallarse en la más arenisca e ingrata tierra, y que los labios al parecer más torpes son a veces los que dejan caer en nuestros oídos las palabras más tentadoras y dignas de ser escuchadas.

La primera tarde que llueva y no podamos salir, os contaré la peregrina y por nadie conocida historia de la mejor aventura de mi vida. Entretanto sabed que, como el Rey de reyes quiso nacer en humildísimo establo, así el Amor ha querido mostrárseme rodeado de pobreza.

Inés, Pepita y Clara se despidieron hasta otro día, estrechándose amistosamente las manos, pero sin que los labios de una tocasen en la

cara de otra. Eran mujeres ilustradas y sabían que el beso no es tesoro para malgastado entre hembras.

II

Pocas tardes después, impacientes por escuchar el ofrecido relato de la aventura de Pepita, acudieron a su casa Inés y Clara, y sentadas cómodamente cada una en una butaca, comenzó a hablar de este modo la primera:

—Tú—dijo dirigiéndose a Inés—buscas amantes entre la nobleza, y tú—por Clara—prefieres a los artistas. Yo he sido, soy y espero seguir siendo, si Dios me conserva la vida y este poquito de hermosura que me ha dado, partidaria acérrima del amor por el amor mismo, sin privilegios, exclusivismos ni desviaciones. Me parece que preguntar a un hombre de qué familia procede o inquirir sus facultades artísticas antes de hacerle feliz, es como exigir la cédula personal a un mendigo antes de socorrerle.

No; la limosna y el amor deben ser otorgados sin tardanza ni demora. Y, sobre todo, el tiempo que permanecemos privadas de caricias es per-

dido para el placer, como para la salvación el que dejamos transcurrir sin ejecutar obras de misericordia y caridad.

Pero dejémonos de digresiones.

Aunque habéis tenido la delicada atención y la caritativa hipocresía de no aludir jamás a ello en presencia mía, no ignoráis que he sido unos cuantos meses, varias semanas o algunos días, no lo recuerdo bien en este momento, amante de Pepe Rumblares. Una noche, después de terminada mi tertulia, se quedó hablando conmigo largamente, me contó sus desdichas amorosas, se hizo muy tarde, nos engolfamos en la conversación, pasaron insensiblemente las horas y empezó a amanecer. Figuraos cuál sería mi asombro cuando por entre las rendijas de los balcones comenzó a penetrar en aristas de luz el resplandor del día.

Era imposible permitir que aquel hombre saliera entonces de casa; ya sabéis lo maliciosas que son las gentes: en cuanto ven a un buen mozo salir a deshora de casa de una mujer bonita, todo el mundo piensa mal.

—Quedémonos hablando tranquilamente—le dije—; de cuando en cuando llamaré a mi doncella con cualquier pretexto y creerá que estamos tratando algún negocio; luego almuerzas conmigo, y pasado el medio día te marchas. A nadie le sorprenderá que una señora tenga un convidado a almorzar.

Tal fué mi propósito, pero el diablo dispuso las cosas de otro modo.

A Pepe debió de ocurrírsele que era ridículo el permanecer toda la madrugada a mi lado en la situación de quien tiene exquisita fruta al alcance de la mano, sin valor para cogerla; acaso comprendió que, siendo la ocasión tan propicia, era casi una grosería no galantearme, y poco a poco se me fué aproximando, hasta que, sin darme cuenta de cómo ni cuándo, noté que me tenía cogidas las manos y que sus labios me prodigaban frases apasionadas. Pensadlo bien; ni él podía menos de hacer lo que hizo sin sentar plaza de tonto, ni yo podía gritar, ni dar un escándalo, ofendiéndole con un desaire en mi propia casa. Dicen que dar posada al peregrino y pan al hambriento son acciones gratas a los ojos de Dios. ¿No ha de serlo también, y acaso en mayor grado, el prodigar esa limosna del amor que los hombres nos piden con tanta monería y que a nosotras nos gusta tanto concederles?

En fin, no recuerdo bien todo lo que pasó luego; sólo hago memoria de que Pepe estuvo conmigo primero rendido y respetuoso, como caballero andante con su dama, y luego enamoradísimo y todavía más rendido que al principio. En cuanto a mí, procuré que fuese o creyera ser feliz mientras permaneciese en mi poder. Al medio día le dí bien de almorzar, y a las tres

de la tarde se marchó como si hubiese venido media hora antes a visitarme por mera cortesía.

De este desliz o capricho mío, disculpado por nuestra juventud, la gallarda presencia y el ingenio de Pepe, sólo se enteró mi doncella, quien a los pocos días tuvo que marcharse a su pueblo. Entonces recibí a mi servicio a otra muchacha; mas no estando segura de su discreción, me opuse a que Pepe continuase viniendo a verme, y él, que parecía muy entusiasmado conmigo, arregló las cosas de modo que pudiéramos seguir celebrando nuestras entrevistas en casa de una buena mujer que había sido peinadora de la hermana de mi amante. Pepe mandó amueblar primorosamente un gabinetito que nos cedió la ex peinadora, y allí, poetizado por el misterio, continuó el idilio.

Por fin, un día nos convencimos de que no congeniábamos: él es calmoso, cachazudo y apático; yo, viva, impaciente y nerviosa: le agradan los colores fuertes, y yo prefiero los tonos pálidos: por si mi ropa interior había de estar adornada con lazos rojos o pajizos, tuvimos una pequeña disputa y reñimos. Pero ¡qué ruptura tan razonable y deliciosa! Nos separamos con un fuerte apretón de manos, haciéndonos mutuas protestas de aprecio, como se despiden dos compañeros de viaje que han pasado juntos ratos agradabilísimos.

Pepe, que es generoso, regaló a la ex peinadora cuantos muebles, ropas, trastos y baratijas había llevado para alhajar el gabinete: y yo, que soy previsora, me entendí con aquella mujer complaciente para que en vez de desbaratar el nido, vendiendo a prenderos aquellos objetos llenos de recuerdos, lo conservase todo a mi disposición por si algún día lo necesitaba.

Pocos días después de entibiarse mis relaciones con Pepe, me acordé de que en un mueblecillo del gabinete me había dejado por olvido un tarjetero y dentro de éste un papelito en que estaban apuntadas las señas del domicilio de una modista a quien quería encargarle un traje. Y allá me fuí una mañana en busca del papel.

Como la ropa que me puse influyó seguramente en cuanto ocurrió después, os diré que llevaba vestido gris de lanilla, plegada con sencillez la falda, y liso el cuerpo, manto de velo, guantes avellanados largos... y para no ir sin nada entre las manos cogí el libro de misa. No podía estar más modesta: cuando al salir de casa me miré al espejo, parecía, salvo el libro, una modistilla que iba a recoger labor al taller. Bien calzada, eso sí, y la ropa interior finísima, según mi costumbre, porque nadie sabe lo que puede ocurrir.

La casa de la peinadora está situada en un barrio muy excéntrico, y como aborrezco los coches de punto y jamás utilizo el mío para

cierta clase de correrías, tomé el tranvía. Entrar en este democrático vehículo, tan favorable a nuestras conquistas, y observar que un muchacho joven y decentemente vestido me miraba, todo fué uno. ¡Pero qué modo de mirar! No dirigía hacia mí la vista como quien lo hace por costumbre de mirar a todas o por pasar distraído el rato, no: sus ojos decían claramente que yo le había impresionado de veras. ¡Y qué guapo! Parecía el prototipo de esos hombres que los pueblos suelen enviar a Madrid llenos de vigor y lozanía, y que Madrid, cuando no los devora, devuelve enfermos, pálidos y avejentados.

Llegamos al término de la línea, me apeé, y él se vino tras mí a respetuosa distancia.

De pronto, al atravesar un callejón muy poco transitado que hay cerca de casa de la peinadora, aquel hombre se me plantó delante cortándome el paso, y con voz trémula de emoción, me dijo:

—Señorita: llámeme usted atrevido, insolente, lo que usted quiera... pero yo no transijo con la idea de que se meta usted en un portal, desaparezca usted de mis ojos y no nos volvamos a ver nunca. Si es usted libre, permítame usted que solicite el honor de hablarla, de acompañarla un momento. Dicen que la felicidad no pasa más que una vez al lado de cada hombre...; déjeme usted que procure detenerla.

El alma se me inundó de simpatía, bajé los ojos lo más pudorosamente que supe, y le dejé hablar. ¡Qué cosas me dijo! Era estudiante, aún no corrompido por las hijas de las patronas, ni por las aventureras que nos roban esos corazones vírgenes. ¡Qué frases las suyas! Como el callejón estaba desierto, le alenté con mi actitud de compasiva tolerancia y accedí a que me acompañara hasta donde vivía la peinadora. En la puerta le dije que se retirara, quedando citados para el día siguiente a la misma hora, en el jardincillo de una plaza, donde nos haríamos los encontradizos.

¿Quién acudió antes a esta segunda entrevista, él guiado por la impaciencia o yo arrastrada por la novedad? No lo sé; lo que os aseguro es que ninguno de ambos tuvo que esperar. Dimos un largo paseo por las afueras de Madrid y empezaron las confidencias: sinceras las suyas, falsas las mías.

Me dijo que estaba terminando la carrera, que no había tenido amores en la corte, que yo le habia enloquecido desde el momento en que, la víspera, puse el pie en el travía, y que estaba dispuesto a someterse a todo género de pruebas con tal que yo le permitiera esperar, etc., etc. Ya sabéis lo que dicen los pícaros hombres en casos análogos. Sí, pero ¡cómo lo decía! Lo que más me gustaba en él era la sinceridad con que hablaba: el alma se le salía por los ojos. Le

dije... en fin, comencé a dejarme seducir... ¡Pobre Manuel! Os aseguro que le he querido de veras todo lo que yo soy capaz de querer.

¡Qué trabajo le costó mi conquista! ¡Con qué delicia fuí cediendo lentamente, poco a poco, para que resultasen mayor su triunfo y más intensa mi felicidad! Sí: no os riáis, burlonas; verdadera felicidad, porque aquel hombre imaginaba que yo era una pobre muchacha, me quería por mí misma, ignorando que soy una señora de la buena sociedad, que posee rentas cuantiosas, quintas de recreo, y que cuenta los aderezos y los trajes por docenas. Otros hombres me han solicitado por vanidad, por poseer una flor cara, por alcanzar una fruta colocada muy en alto, pero aquél me quiso creyéndome pobre, humilde, sin más atractivos que mi gracia y mi belleza. El recuerdo que de Manuel conservo es un recuerdo de verdadero amor: cuando llego con la mirada del pensamiento al fondo de mi memoria, me parece que veo sucias y estropeadas muchas flores de trapo, emblemas de diversas aventuras, y sobre todas ellas otra flor natural ajada, seca y marchita, pero que aún guarda algo del perfume con que se embriagó mi alma y se deleitaron mis sentidos.

Los primeros días no hicimos más que dar paseos por las calles. Todo su empeño era que nos viéramos bajo techado... y el mío también; pero yo traté de dilatar el cumplimiento de

nuestros deseos, porque jamás he gozado tanto como oyendo aquellas largas y turbadoras descripciones que me hacía de su amor, pintándomelo de mil modos siempre nuevos. Estoy plenamente convencida de que era sincero. No maquinó mi conquista, no me sedujo con premeditación y alevosía, no fraguó nada contra mí: su ardorosa impaciencia, su afán por estrecharme en los brazos y cubrirme de caricias, no fueron deseo impuro, voluntariamente avivado por la imaginación, no; yo le había enloquecido. Aun sabiendo que mi primer beso podía serle mortal, hubiera venido a buscar la muerte en mis labios, con la avidez con que otros buscan la salud en un brebaje misterioso. Sólo de su pasión estoy orgullosa: las demás que he inspirado han sido comedias mejor o peor representadas: aquélla fué un pedazo de la realidad.

Seis meses duró el poema de nuestro amor, que ambos leímos deletreándolo verso por verso, estrofa por estrofa, para que durase más... y algunos cantos los leíamos muchas veces... ¿Y sabéis cuál era el lugar de nuestras citas? ¿Pensáis que le llevé al gabinetito de casa de la peinadora? No: yo le dije que podríamos vernos en el camarín que la señora a quien servía tenía alhajado y dispuesto para sus aventuras; pero Manolo rechazó enérgicamente la proposición y hasta llegó a decirme que no quería manchar

mi cuerpo dejándolo reclinarse en los mismos muebles envilecidos por una de esas grandes damas cuyo corazón es posada donde sólo duerme quien paga caro.

Nuestras entrevistas se verificaron en su casa; porque, haciendo en obsequio mío un sacrificio, albuiló un modesto cuarto, tomó una criada, y juntos compramos mueble por mueble y trasto por trasto. No llegó a costarle todo arriba de cuatro mil reales; pero os juro que viéndoselos gastar, me sentí más orgullosa que si el príncipe de Gales derrochase por mí todos los tesoros de la India. Por supuesto que yo asistía a las citas modestísimamente vestida, y sin embargo, la maldita ropa fué causa de nuestro rompimiento: sí, una prenda de vestir tuvo la culpa. Me dan ganas de llorar... Dejad que recuerde mi paraíso perdido... Otro día os contaré cómo el lujo fué la ocasión de que se rompiera el encanto.

III

—Pues bien—continuó diciendo Pepita la primera tarde que se reunió con sus amigas—, el amor de Manolo me hizo completamente feliz

durante algún tiempo; y lo perdí por mi desordenado amor al lujo. Y francamente os confieso que consideré la ruina de aquel amor como una de las mayores desdichas de mi vida; tanto, que para consolarme de ella tuve que aturdirme simultaneando otros devaneos en busca de impresiones nuevas que borrasen su recuerdo. Pero esto no hace al caso. Ahora sólo quiero narraros cómo amé a Manolo y fuí de él amada, y de qué modo le perdí: advirtiéndoos que si mi narración os parece en algunos puntos novelesca es porque yo no puedo ni quiero impedir que al evocar ciertos recuerdos se me llenen de poesía la imaginación y la memoria. Harto sabeis que las sensaciones amorosas tienen acaso su mayor encanto no en ser sentidas, sino en ser recordadas. Los buenos manjares se olvidan en cuanto saboreados; los días hermosos, al caer la tarde...; los favores, luego de recibidos: solo el amor deja recuerdos duraderos. Mentira parece que un beso cuyo chasquido es cosa de un segundo, se arraigue tanto en la memoria y se posesione tanto del pensamiento...

—Pero hija—interrumpió Inés—, ¿nos estás contando tus amores o vas a hacer aquí un curso erótico? Porque te advierto que a tus lecciones, aunque admirables, al fin puramente teóricas, preferiríamos disfrutar la tarde libre para prácticas.

—Tienes razón. Procuraré en adelante evitar

digresiones, pero, a lo menos, tolerad que de cuando en cuando desahogue mi pena.

Ya os he indicado que el lugar de nuestras entrevistas era modestísimo, casi pobre, pero esto mismo aumentaba el encanto, porque nada nos distraía del objeto principal: los ojos no se paraban en muebles costosos, ni el tacto en telas delicadas, ni el olfato en perfumes esparcidos por la estancia; así que las miradas, manos y respiraciones de cada uno se consagraban exclusivamente a deleitarse en el ser amado. ¡Oh deliciosa sencillez! Una mesa cargada de libros sobre los cuales yo al entrar solía dejar los guantes y el velo; un sofá tapizado de paño basto que a mí me parecía recubierto por riquísimo tejido oriental; un gran balcón que daba al jardín de una casa viejísima y silenciosa, y en aquel jardín una fuentecilla cuyo surtidor producía un ruido monótono y continuo que me recordaba ciertas noches pasadas en Granada con quien ahora no nombro por no profanar estos recuerdos. Junto a esta habitación había una alcoba: la cama, una percha, un aguamanil, nada más. Ya sabéis lo que es una alcoba de estudiante.

—Yo, no—dijo Clara.

—Yo, sí—murmuró Inés.

—Acudía a las citas—prosiguió Pepita—vestida con exagerada modestia, y había dicho a mi amante que estaba colocada de primera don-

cella en casa de una señora de tan rígidas costumbres, que de fijo me despediría si llegase a enterarse de que tenía novio. Esta supuesta dependencia en que yo fingidamente vivía, me daba entera libertad de acción. ¿Quería pasar un rato en brazos de Manolo? Pues no tenía más que avisarle, o irle a buscar sin previo aviso, diciéndole que hurtaba el tiempo a un recado de mi ama. ¿Quería permanecer muchas horas a su lado? Pretextaba que me habían dado permiso para ir a cuidar de una tía enferma. ¿Me agradaba, por el contrario, estar unos días sin verle? Con escribirle cuatro palabras estaba despachado el asunto. Por último, le hice creer que mi señora era extremadamente devota y que me permitía frecuentar la iglesia cuanto se me antojaba; así que unas veces por misas, otras por novenas, cuándo por trisagios, cuándo por rosarios, raro era el dia que no pasaba con mi amante tiempo bastante para convencerle y convencerme de que estábamos en ese período brioso del amor en que se derrocha el tesoro de la juventud. Nosotros lo gastábamos como los antiguos monarcas asiáticos esparcían el oro y las riquezas, sin hacer cuentas ni echar cálculos, un beso era el prólogo de ciento, una caricia la precursora de otras mil. Desengañaos: los hombres ricos que se rellenan de trufas y beben a pasto Borgoña no son tan obstinados y valerosos amantes como aquel estudiantillo que no

debía de comer en su modesto pupilaje más que sota, caballo y rey.

Cuando el tiempo era hermoso, solíamos dar largos paseos por las afueras; yo, arrebujada en un mantón, liado el velo a la cabeza como una costurerilla, y él, gallardamente embozado en una capa nueva que se compró para ir decente conmigo. Estos paseos eran una delicia, porque estaban salpimentados por la necesidad del misterio. Salíamos en las primeras horas de la tarde, nos íbamos por las rondas, regresábamos por calles excusadas y rodeábamos cuanto yo quería para no pasar por sitios donde pudieran conocerme; bastándome para cambiar el itinerario que yo dijese a Manolo que por cerca del lugar donde estábamos vivía tal o cual amiga de mi ama...

¡Ah! Se me olvidaba advertiros que oculté a Manolo mi verdadero nombre, o mejor dicho, se lo atribuí a mi supuesta señora, diciéndole que ésta era doña Josefa Dádivas, y que yo me llamaba Elvira: mezcla de capricho y exceso de precaución que no dió buenos resultados. Lo que os aseguro es que, entretanto, Elvira se divertía de lo lindo.

Esta fué la época en que recordaréis que estuve un poco alejada de fiestas y saraos. ¡Qué más fiestas que sus brazos, ni qué mejor sarao que sus halagos! Os confieso, sin embargo, que aquellos goces no eran puros...

—¡Nos lo figuramos!—exclamó Inés.

—No me has entendido. Puros eran, porque puro es cuanto nace v brota del amor cuando no lo bastardea el interés ni hay perjuicio de tercero. He querido decir que no eran aquellos placeres enteramente sinceros: yo procuraba excitarlos rodeándome de cierto misterio, cuando creía que del exceso de las expansiones podía venir el hastío; así, por ejemplo, en cierta ocasión hice creer a Manolo que mi señora estaba enferma y permanecí doce días sin verle.

—Bueno, hija, bueno; no nos digas lo que ocurrió el día número trece.

—Lo que has de decirnos es cómo te componías para que él no te buscase durante esa y parecidas ausencias.

—Ya os lo he indicado: diciéndole que mi ama era opuesta a consentir novios, que yo no quería perder mi colocación, y que nos era, por lo tanto, forzoso tener paciencia. Afortunadamente, nunca infringió mis órdenes; me acompañaba hasta donde le permitía, iba a buscarme donde le ordenaba...

—¿Y no temiste que te viera un día en un teatro o en un paseo y te reconociese?

—No, porque pasear no paseaba sino conmigo, y en cuanto a teatros, no tenía dinero de sobra. Todos sus ahorros los consumía yo. Y os aseguro que lo poco que conmigo gastaba me envanecía y deleitaba más qne cuanto han

derrochado por mí otros hombres. (Al llegar aquí Pepita se quedó un punto pensativa y luego murmuró:) ¡Los hombres! ¡Gracias a Manolo les conozco bien!

—¡No te entiendo!—dijo Clara.

—Pues es muy sencillo. Como yo tenía cierto y seguro el amor de Manolo, oía con entera frescura de ánimo cuanto los otros me decían, y así podía estudiarles a fondo. No les necesitaba para nada, porque oro me sobra y amor me daba Manolo cuanto había menester: de modo que les volvía locos, coqueteaba, afectaba tristezas, melancolías, celos, arrebatos, desfallecimientos, cuanto se me antojaba, a fin de trastearles bien; y si alguno de estos experimentos dejaba en mi espíritu sed de halagos, no tenía más que escribir a Manolo diciéndole: «Cuento con permiso hasta tal hora, porque mi ama tiene junta de beneficencia», o novena, o lo que me daba la gana.

—¡Chica, qué envidia!

—No quiero molestaros más. Aquello era la perfección suma del amor. Libertad completa: ni él me estaba sujeto ni yo dependía de él: no teníamos que guardar consideraciones a la familia, ni que pensar en la riqueza, ni que esperar del trabajo. Yo estaba enamorada más que de él mismo de la facilidad con que podíamos amarnos, y a Manolo le sucedía algo análogo; lo que adoraba en mí no era yo misma, sino el ser más

limpia, elegante y aristocrática que las otras mujeres que podían estar a su alcance. Yo amaba en él la libertad, él en mí la finura.

—¿Y os perdió....?

—¡El lujo! Una tarde salió Manolo de paseo acompañado de un amigo suyo que era tenedor de libros en casa de... no os lo podéis imaginar... en casa de Mademoiselle Agláe, la francesa que me surte de ropa interior. El amigo tuvo que subir a recoger unos papeles que se le habían quedado olvidados y, como hacía frío, dijo a Manolo que en vez de esperarle en el portal subiera también, porque le despacharían en seguida. Hiciéronlo así, y, ¡oh desdicha!, encima de un mueblecillo había un corsé que yo tenía encargado y que aquella noche me debían entregar. Manolo lo estuvo mirando detenidamente, lo vió empaquetar, y oyó la orden que dieron a una muchacha para que me lo llevase. Claro está que al escuchar las señas de mi casa prestó atención. Indudablemente pensó que el corsé era para mi señora, y deseoso de adquirir datos acerca de ella entabló conversación con Mademoiselle Agláe.

Ya sabéis que yo había dicho a mi amante que mi ama se llamaba como yo en realidad me llamo, añadiendo que era vieja y fea; Mademoiselle Agláe coincidió, como era natural, en el nombre, pero le dijo que era joven y bonita. Por aquí le entró sin duda la desconfianza que

posteriormente le hizo averiguar la verdad.

—Cuenta, cuenta.

—Concluyo. Una noche estuve en un baile y llevé puesto aquel corsé: al llegar a mi casa, terminada la fiesta, mientras me estaba desnudando la doncella, me fijé en un calendario de pared, y recordé que a la mañana siguiente tenía cita con Manolo. Me acosté preocupada, dormí intranquila, madrugué mucho, me vestí aprisa, y por un error de la doncella me puse el mismo corsé que había llevado al baile...

Media hora después—recuerdo que era una preciosa mañana de primavera—estaba paseándome por cerca del río con mi Manolo. Me preguntó si tenía libre la tarde, le dije que sí y nos fuimos a su casa... a nuestro cuartito...

Desde aquel día observé que tenía menos confianza en mí y hasta se me antojaron menos expresivos sus besos. Ya no parecíamos la pareja formada por la alegre chicuela y el regocijado estudiantillo.

Al cabo de un mes, durante el cual Manolo anduvo continuamente caviloso, recibí la carta que os voy a leer, advirtiéndoos primero que el pobre muchacho tenía aspiraciones de escritor, lo cual presta a sus frases cierto aire novelesco.

Pepita se dirigió a un *secretaire* de ébano con incrustaciones de bronce, abrió un cajoncito y sacó la epístola. La desdobló lentamente y leyó, sintiendo en algunos instantes que los ojos se le

llenaban de lágrimas, pero no de esas amargas y acres arrancadas por los grandes infortunios de la vida, sino de aquellas otras dulces y refrigerantes que parecen ser como rocío renovador de gratos y apacibles recuerdos. La carta decía así:

«Nos conocimos en un coche del tranvía; símbolo de que había de ser corto el viaje que hiciésemos juntos. ¡Sin embargo, llegué a soñar que no nos separaríamos nunca! Sí, juntos comenzamos a leer y saborear el poema eterno en que colaboran la juventud y el amor. Ahora resulta que yo lo leía sinceramente, que lo deletreaba por vez primera, mientras tú, aunque te hacía de nuevas, ya lo sabías de corrido. Has representado tu papel tan bien, que si te dedicaras al teatro ganarías mucho dinero.

»He creído ser dueño de una mujer deliciosamente inexperta, a quien yo iba aleccionando poco a poco, cuando en realidad he sido juguete de una señora caprichosa. He confundido lo que tú sabías con lo que yo pretendía enseñarte. En una palabra, sé que no eres criada de una señora, sino señora verdadera. Sin duda, harta de ser amada por vanidad, has querido ser deseada por ti misma. Pero esto aumenta mi pena, porque supuse haber hecho una conquista y veo que el conquistado he sido yo...

»Una tarde, no quiero contarte detalles, vi en cierta casa comercial un corsé lujosísimo, de

esos que sólo pueden usar las mujeres que nacen muy ricas o las que se enriquecen vendiéndose, y supe que lo había encargado *tu señora...* Luego, otra tarde, y también ahora omito detalles que no se habrán borrado de tu memoria, yo mismo te aflojé los cordones de aquel corsé. Es decir, una de dos: o eras criada infiel, ladrona, que por lasciva coquetería se ponía las prendas de su ama, o no eras doncella de servicio como me habías dicho. Instintivamente me incliné a suponer lo segundo.

»Comencé a estudiarte y observarte. Pronto me convencí de que no habías nacido para servir a nadie, sino para ser de todos servida. En tus manos no hay señal de trabajo, ni en tus dedos picadura de aguja. En vano procurabas hablar, aunque amorosamente, con cierta incorrección de lenguaje; de cuando en cuando me decías frases impropias de una criada... y, sobre todo, tus caricias eran mimos aristocráticos. No era posible que durase mucho tiempo el engaño.

»Alzate la falda, Pepita o Elvira, como tú quieras; álzate la falda, mírate los pies, y dime si son de los que van callejeando en cumplimiento de recados ajenos o si son pies de gran señora sólo hechos a pisar alfombras. Además, yo no ignoraba que el medio de conocer, sin posible engaño, la condición de cualquier mujer consiste en fijarse en la naturaleza de los perfumes que usa.

»La de gustos groseros y origen bajo se delata por la intensidad y fuerza penetrante de los aromas, esencias y pomadas que gasta; mas la fina, elegante y de aficiones delicadas no usa olores fuertes ni embriaga el olfato con drogas. Pues bien, tú sólo hueles a limpia, y si trascienden tus ropas y tus carnes no es a nada de lo que puede comprarse, sino que despiden aquel aroma único en el mundo que exhalan las que no envilecen con afeites la hermosura que Dios les dió. Mil veces, con la cabeza hundida entre tus cabellos, y hasta entre tu pecho, procuré respirar algo que no fuese emanación de ti misma, y jamás noté que te perfumases.

»A poco de observarte con cuidado, me convencí de que me engañabas. ¿Tú pobre, tú humilde, ganando el pan a costa de tu trabajo? No; ¡qué has de ser pobre! Cuando te sientas en lugar incómodo lo extrañas, y en cambio te dejas caer lánguidamente en lo mullido y blando, como acostumbrada a que hasta las cosas inmateriales te reciban con amor. ¡Qué has de ser humilde! Tus ojos están hechos a vencer. Cuando suplicas, parece que mandas. ¡Tú ganar el pan a costa del trabajo! Esta sí que es mentira insostenible. No sabes hacer nada sino despertar deseo de caricias y devolverlas con creces. Acuérdate: una tarde, estando solos en mi casa, me fingí malo; quisiste prepararme una taza de tila, y mientras lo procurabas te observé. Derramas-

te el alcohol de la maquinilla, se te olvidó el azúcar y echaste las hojas después de puesta el agua en la taza. ¡Buena doncella para una señora algo achacosa! La tila me fué amarga...

»El encanto estaba roto. No eras la muchacha enamoradiza, dulce y mimosa que imaginé haber rendido; eras la dama que, desesperanzada de hallar verdadera pasión en torno suyo, pretendía creársela artificiosamente. ¿Me equivoco? ¿Estabas harta del amor de los grandes y los poderosos?

»Has sido acaso como aquella riquísima princesa de los cuentos árabes que poseía collares de todas las piedras preciosas que hay en el mundo, y que envidió la modesta gargantilla de cuentas de cristal que llevaba al cuello una pastora. Aquí el objeto de tu capricho soy yo, pero objeto vivo, hombre de carne y hueso. Afortunadamente, me queda un resto de razón y te dejo.

»Tu corsé de raso azul celeste con lacitos de color de caña me da miedo. Tú has nacido para ir en coche; yo, para verte pasar a pie. Las sonrisas que mi amor te arranque no serán dádivas, sino limosnas; y el amor puede vivir hasta de locura, pero no de caridad.

»Adiós, pues, y ojalá nos quede de nuestra pasajera ilusión ese recuerdo imborrable que dejan tras sí los placeres cortos, incapaces de engendrar hastío. Cuando nos citábamos te esperaba en mi cuarto trémulo e impaciente; llegabas, te

cogía en los brazos, casi te levantaba del suelo, y a través del velo te cubría de besos, dejándote el tul pegado al rostro: ¡aquello era amor! ¡Lo de ahora es comedia! Me despido de ti para siempre, y con todo respeto te beso los pies.»

—Y aquí acaba la carta—dijo Pepita arrugándola y haciendo un mohín de disgusto.

—¿No habéis vuelto a veros?—le preguntó Inés.

—Nunca.

—No lo sientas—añadió Clara—porque debía de ser un espíritu grosero: ¡disgustarse por verte lucir un corsé lujoso!... ¡vaya un delito!

—No, no era grosero—replicó ella—, sino delicadísimo.

—Di tonto y acertarás. Yo he leído en las historias que hubo en otros tiempos hombres bastante simples para renunciar a cetro y corona, mas nunca vi que existiera ninguno que huyese de su dama por verla bien engalanada. Por supuesto, que no volverás a pensar en él.

—No debes perder el tiempo con semejante necio—añadió Inés.

Fué cayendo la tarde, hízose noche y se separaron las tres amigas. Pepita quedó algo triste; Inés y Clara salieron conversando entre murmuradoras y burlonas.

—Inés, ¿sabes lo que te digo?

—De fijo que pensamos igual.

—Chica, yo no podría soportar a un hombre así...

—Ni yo tampoco, hija mía.

—Adiós, monísima.

—Abur, hermosa.

IV

De allí a pocos días, una mañana, la doncella de Pepita, que le era muy fiel, dijo a su ama:

—Señorita, valga por lo que valga, quiero contarle a usted una cosa. Ayer, cuando fuí de parte de usted a llevar el encargo que me dió para la señorita Inés, me preguntó con gran interés que cómo se llamaba de apellido y dónde vivía... don Manolito.

—¡Caramba!

—Pues falta lo mejor: esto me llamó mucho la atención, pero todavía me chocó más... que fuí a casa de la señorita Clara, con el otro recado... y a vuelta de muchos rodeos y reservas me hizo la misma pregunta.

—¡Qué curiosas! ¿Y se lo dijiste?

—Sí, señorita. Comprendo que hice mal, pero por eso mismo se lo digo a usted; a ver si hay modo de remediar mi ligereza.

. . . .

Transcurrió una semana, y una tarde fué Pepita a casa de la mujer a quien compraba toda su ropa blanca, que era la misma que le hacía los corsés; confióle varios encargos y luego ella, llevándosela a un rincón para no ser oída de otras parroquianas que allí había, le dijo así:

—Señorita, usted me ha favorecido mucho y me ha dado mucho a ganar... es usted muy buena conmigo... Y voy a permitirme hacerle una pregunta, para vivir precavida; porque ¡es tanta la gente que me debe dinero!

—Hable usted, que responderé con toda franqueza.

—Pues bien, dígame usted: la señorita Clara y la señorita Inés, sus amigas de usted, ¿están mal de dinero? ¿Están tronadas?

—No; las dos son muy ricas y de las que pagan con toda seguridad: puede usted estar tranquila.

—Pues no entiendo su capricho.

—Explíquese usted.

—Nada; que hace cuatro días vino doña Inés, y con gran sigilo me encargó que le hiciese un corsé sin adornos, modestísimo, vamos, como si fuese para una modistilla. Y lo gracioso del caso fué que al poco rato de marcharse llegó doña Clarita, y...

—No siga usted—interrumpió Pepita—; y le encargó a usted otro corsé sin adornos, lo mis-

mo que el anterior, sin cintas, lazos ni puntillas, como el que quería doña Inés.

—Cabal—repuso la lencera.

Pepita se quedó unos instantes como abstraída, profundamente pensativa, y por fin dijo:

—Cumpla, cumpla usted los encargos. — Y mentalmente agregó: «yo haré que los corsés sirvan para sus criadas».

. . . .

Pepita citó a Manolo, le descubrió la doble conjuración que contra él se tramaba, y terminó diciéndole:

—Me parece que vas a ser objeto de un doble experimento. Ya estás sobre aviso... y ahora, adiós para siempre.

—¿Te vas sin querer recordar nada de lo pasado?

Y fué tal el acento de amargura con que lo dijo, que Pepita, hondamente conmovida, repuso:

—Calla, tontín. ¿Pues a qué he venido sino a que me perdones?

El perdón debió de ser sinceramente pedido y otorgado, porque hoy Pepita vive muy retraída: no asiste a bailes ni saraos, ni va al teatro.

En cambio el tirador de la campanilla de casa de Manolo está pulido y abrillantado por el uso.

CASO DE CONCIENCIA

I

Don Diego Fermosella era un caballero madrileño, honrado y rico: sus rentas ascendían a más de quince mil duros anuales. Vivía lujosamente, estaba viudo, y tenía dos hijas, una de veinticuatro y otra de veinte años.

Teresa, la mayor, era en extremo religiosa: no pensaba más que en huir del pecado y procurarse la salvación eterna, imaginando que los modos de lograrla eran la pureza de costumbres y la oración continua.

Alardeando de despreciar modas y galas, vestía humildemente, descuidaba mucho el aseo de su persona, le tenía sin cuidado comer mal, y no le importaba un bledo que otras mujeres, sin exceptuar a su hermana, gozasen fama de elegantes, mostrasen ingenio y fueran agradables a los ojos de los hombres. En lo tocante al amor,

ya por frialdad de temperamento, ya por completa sumisión a los preceptos que glorifican la castidad, no transigía con la idea de que una pasión mundanal y terrena pudiese distraerla de más altos pensamientos. Se levantaba antes del amanecer, oía la misa del alba en una capilla próxima a su casa, y luego, encerrada en su cuarto, pasaba toda la mañana en lecturas piadosas. Decían las criadas que hasta solía quedarse como extática y arrobada, según pintan a ciertas santas muy favorecidas del Señor. Al medio día almorzaba sola con objeto de disfrutar mayor independencia en la observancia de ayunos y vigilias, en que era para consigo muy dura, y por la tarde recibía algunas visitas de clérigos y hermanos de cofradías. Limosnas hacía pocas, pero con gran frecuencia regalaba a la parroquia ropas de sacristía, ramos de altar y cera.

Nunca faltaba a las cuarenta horas, por lejano que estuviese de su barrio el templo en que se celebrasen, y al caer la tarde tornaba a casa para comer con su padre y su hermana, siendo frecuente que los diálogos entre los tres se agriasen porque casi nunca pensaba ella como don Diego y Luisa. Después de la comida leía en el *Año Cristiano* la vida de cuantos santos se conmemoraban al día siguiente, y luego, vuelta al rezo y la meditación y los arrobos, hasta que se acostaba sin que jamás turbasen su sueño quehaceres domésticos, labores, disgustos, ni aun

aquellos vagos anhelos de amor que anidan en el corazón de la mujer.

Los gustos y las costumbres de Luisa eran opuestos, y la vida que hacía, diferente. Se levantaba a las nueve, preguntaba lo que habían de darles de almorzar, cuidando de que nunca faltase algún plato del agrado de su padre; almorzaba luego con él, le leía un periódico mientras tomaba café, y nunca le dejaba salir de casa sin ponerle la corbata, mirar si llevaba bien planchada la camisa y cerciorarse de que iba bien abrigado. Esto a pesar de vivir casi en la opulencia, lo cual prueba que, a ser pobre, aún fuera más trabajadora y hacendosa. Después se vestía elegantemente y esperaba que alguna amiga, con quien la víspera se hubiera citado, viniese a buscarla para ir en coche de paseo. Su diversión favorita era el teatro; pero si su padre, por mal humor o achaques de los años, no quería salir de noche, se quedaba en casa gustosa jugando con él al *ecarté* o tocando el piano para entretenerle. En tales casos el buen señor daba señales de sueño a cosa de las doce, y entonces Luisa, después de dejarle en la cama, se recogía a su cuarto, invirtiendo un par de horas en escribir a alguna amiga que estuviese ausente, o en leer novelas de costumbres contemporáneas, sin que le agradasen las groseras por demasiado libres, ni se escandalizaba por ver reflejadas con cierta decente claridad las cosas de la vida: ni le

gustaba lo lascivo ni le divertía lo hipócrita.

Ambas hermanas eran bonitas, pero de opuestos tipos. Teresa, morena, pequeña y gruesecilla. Luisa, rubia, esbelta y delgada. Ninguna tenía novio. La primera, porque amor y pecado eran a sus ojos la misma cosa; la segunda, porque no había encontrado hombre que supiese apreciar todo lo que ella era capaz de sentir.

Una noche don Diego volvió a casa más temprano que lo que acostumbraba, quejándose de gran dolor en los costados y de extraordinaria pesadez de cabeza. Al día siguiente fué preciso llamar al médico, y cuatro días después murió de pulmonía.

En sus últimos momentos tuvieron las dos hermanas un altercado violento. Teresa intentó que se administrase la unción al enfermo cuando aún estaba en pleno uso de sus facultades; Luisa no lo consintió hasta haberse persuadido de que el pobre señor no podía enterarse de lo que hacían con él.

—¡Quieres que se condene!—decía Teresa muy enojada.

—Lo que quiero es que se muera tranquilo—respondía Luisa con gran entereza.

Por fin, cuando don Diego hubo perdido por completo el sentido, permitió que viniese un clérigo y administrase al moribundo *sub-conditione.*

Teresa, luego de muerto su padre, rezó mucho, y pagó muchas misas por cuenta propia, pero

fuera de esto su dolor fué tranquilo y resignado. Concluído el novenario no perdió novena, triduo, gozos, rosario ni función de iglesia a la cual consideró que podía asistir. Luisa renunció a diversiones, galas, paseos, gastó en limosnas buena parte del dinero que tenía reservado para adornos y trajes, y de acuerdo con su hermana trató de poner orden en los asuntos y negocios del difunto, con objeto de que ambas supiesen pronto a qué atenerse respecto de los bienes de fortuna que constituían su herencia.

II

En tan triste pero necesaria tarea estaba ocupada una tarde, cuando la doncella entró a decirle que don Agustín, antiguo y buen amigo de su padre, deseaba verla.

Entró don Agustín, hombre viejo, prudente, discreto, serio, y dijo a Luisa:

—Es preciso que llames a tu hermana: lo que tengo que comunicaros es grave y ambas debéis oirlo.

Vino Teresa, sentóse junto a Luisa y comenzó así don Agustín:

—Sois buenas, listas, conocedoras de lo que

es el mundo; sabéis, sobre todo, que la realidad se impone en las cosas de la vida, y que las situaciones cuanto más claras y despejadas son mejores. Voy, pues, a deciros sin rodeos el motivo de mi visita... Vuestro padre ha muerto a los sesenta y tantos años: enviudó muy joven... Vosotras erais muy niñas. A raíz del fallecimiento de vuestra madre hizo testamento, del cual tengo copia que os entregaré. Claro está que vosotras sois sus herederas. Hasta ahora todo va bien. Pero os he dicho que enviudó muy joven. Pocos años después conoció a la mujer... (aquí se dibujó un doble gesto de sorpresa en los rostros de ambas hermanas), una mujer soltera, de treinta años, buena, cariñosa, digna de ser amada... en fin, vuestro padre tuvo relaciones con ella, relaciones íntimas, ¿lo entendéis?

—¡Ave María Purísima!—exclamó Teresa tapándose el rostro con las manos.

Luisa preguntó:

—¿Y dice usted que esa mujer era digna de ser amada?

—No me cabe la menor duda.

—Pues ¿cómo, entonces, no se casó con ella?

—Por vosotras: no quiso, mil veces me lo dijo, que tuvieseis madrastra.

—¡Hizo bien!—interrumpió duramente Teresa.

—Por lo menos hay que agradecérselo—añadió Luisa.

—Continúo—prosiguió don Agustín—y ahora

entra lo grave. De aquellos amores nació una niña.

—¡El dulcísimo nombre...!—exclamó Teresa.

—La noticia no es agradable; pero adelante —dijo Luisa.

—Una niña que hoy es mujer, tiene diez y nueve años, y es tan hermosa como cualquiera de vosotras.

—¡Qué vergüenza!

—¡Pobre muchacha!

—La madre de esa chica ha muerto hace un año. ¿Os acordáis de unas cuantas noches del invierno pasado en que vuestro padre dió en retirarse muy a deshora, casi al amanecer...? Bueno, pues entonces murió la pobre. A partir de aquella época, vuestra hermana... porque lo es...

—Sí... esa muchacha...

—Dice usted bien, hermana es. Siga usted.

—Vuestra hermana ha vivido en compañía de una tía suya por parte de madre.

—¿También ésa será parienta nuestra?

—Esa no—añadió Luisa con mucha calma.

—Haced el favor de no interrumpirme, porque no acabaríamos nunca. Diego le daba constante y puntualmente una cantidad mensual de dinero; lo bastante para que pudieran vivir con decencia... La chica es buenísima... pero vuestro padre no hizo más testamento que el otorgado a raíz de la muerte de vuestra madre.

—Bueno... ¿y qué?

—¡Calla, mujer!

—En una palabra, esa chica no tiene ya quien la socorra, se queda materialmente en la calle. Y yo vengo a decíroslo para que penséis en esto y decidáis lo que os parezca mejor.

—¿Y qué quiere usted que decidamos?

—Pues bien claro está. Si hemos de seguir siendo *dos* o vamos a ser *tres*.

—Por mi gusto hubiera dejado pasar algún tiempo sin hablaros de esto, pero es el caso que la tía con quien vive esa muchacha es pobre y además interesada. Ahora tiene la escama de que se va a quedar con la chica a su costa y... no quiere. Me ha llamado... y ya lo sabéis todo. En plata: que os ha salido una hermana que no tiene sobre qué caerse muerta, y que yo os lo vengo a decir para que resolváis lo que mejor os parezca. ¡Ah! Os advierto que, dada la situación, ella no puede *legalmente* reclamaros una peseta, ni molestaros para nada... pero a mí me parece...

Teresa se puso en pie, como dando por terminada la entrevista. Luisa, barruntando que había de tener una escena desagradable con su hermana, dijo del modo más amable que supo:

—Nosotras hablaremos... y háganos usted el favor de venir a vernos mañana.

Luego de marcharse don Agustín, Teresa se quedó apoyada de espaldas en un mueblecillo, mirando con gran ansiedad a Luisa: ésta perma-

neció sentada en actitud pensativa. Durante algunos minutos ninguna quiso ser la primera en hablar. Por fin dijo Teresa:

—Esto es horroroso... ¿qué te parece?

—No es un plato de gusto, porque al fin y al cabo es una persona a quien no conocemos; pero...

—Pero ¿qué?

—Hija... ¿qué quieres que te diga? Una de dos: o esa infeliz no es nuestra hermana, o lo es... y, la verdad, tal como se presenta la cosa, yo creo que sí. ¡Figúrate tú si estará enterado don Agustín! Y sobre todo, ¿qué más confirmación que ciertos recuerdos? Ahora comprendo por qué veía yo algunas veces a papá un bolsillo roto, un hojal deshecho, y luego me los encontraba cosidos sin saber quién había hecho el milagro... Ahora comprendo aquel empeño de estos últimos años en salir de noche, aunque hiciese mal tiempo... Ahora me explico de dónde debía ser una llave muy grande que le vi una noche en el armario...

—¡Sí: que se iba de con nosotras porque tenía otra hija: una hija adulterina!

—Adulterina, no.

—Para mí es lo mismo.

—No es eso lo que tenemos que discutir.

—Puede que quieras traértela a casa y dar un escándalo.

—En primer lugar, no veo eso del escándalo,

y en cuanto a lo otro... hoy por hoy, no. Ni podemos ni debemos traer a nuestro lado, así de golpe y porrazo, a una mujer cuyas condiciones de carácter ignoramos en absoluto.

—¡Ah! ¿Y más adelante sí?

—No lo sé ni lo puedo saber ahora. Lo que sé decirte es que si es hija de papá no podemos permitir que se muera de hambre...; al fin y al cabo, es una mujer que puede llevar nuestro nombre.

—¡Mal llevado!

—De eso no sabemos nada. Si es buena, con mejor o peor suerte... quieras o no... nuestra hermana es.

—Pues yo no tengo que ver con eso... A mí no me consta...

—Así no se resuelve nada. Di claramente lo que piensas.

—Pues... don Agustín nos ha venido con el cuento... ya lo sabemos: en paz. Ahora en nada tiene ya que meterse.

—¿Y nosotras?

—Tampoco.

—¿Es posible que discurras así?

—Entonces ¿qué quieres? ¿Que traigamos aquí a esa mujer, que Dios sabe lo que será, y que tú le des la mitad de lo tuyo y yo la mitad de lo mío... y vivamos juntas....? Vamos, no seas estúpida. Nuestro padre... me da vergüenza decirlo, ha olvidado lo que no debía, ha tenido

una chica... ¡buena sería la madre!, figúrate... y ahora nosotras, «¡hermana de mi alma!» ¿En qué cabeza cabe eso? Si quieres darle un socorro... bueno.

—¿Y si no lo pide?

—Mejor: entonces, nada.

—Ya te han dicho que ella no tiene *derecho*, ¿entiendes?, *derecho* a reclamar nada. Es cuestión de conciencia.

—¿De conciencia? Pues papá no hizo... ¿vamos a ser nosotras más que él?

—Papá tal vez no hiciese nada porque había que hacerlo por nuevo testamento, y ya sabes que las personas de muchos años sienten repugnancia de andar reformando últimas voluntades... pero papá iba a verla... ya has oído que no ha dejado nunca de atender a sus necesidades.

—¡Buena teja nos ha caído encima!

—Ya he dicho que no es plato de gusto, pero tampoco se trata de un perro ni de un mueble...

—Bueno, bueno; hablaré con el Padre Graciana... y veremos: yo no me atrevo a resolver nada... Es un verdadero caso de conciencia...

—¿Sí? Pues por eso mismo no necesito yo que nadie me aconseje. Resolverás lo que... te parezca: en cuanto a mí, ya sé lo que he de hacer.

—Me parece que lo estoy viendo. Una escena

de teatro o de novela. Irás a casa de esa mujer, que sabe Dios qué casta de pájara será, y te echarás en sus brazos, y os comeréis a besos... y *tableau.*

—Mira, nena; no tengo ganas de reñir contigo. Piensa y decide lo que te acomode. Yo haré lo mismo... y Cristo con todos, como decían antiguamente.

Teresa salió del gabinete dando un portazo, sin contestar a su hermana: nerviosa, irascible, casi hablando sola, corrió a encerrarse en su cuarto, y mucho antes de la hora en que tenía costumbre de hacerlo llamó a la doncella y se fué a la iglesia. Volvió tarde, y Luisa tuvo que esperarla para comer hasta entrada la noche. Durante la comida apenas hablaron, y al terminar dijo Teresa:

—Ven a mi cuarto.

Entraron, cerró la puerta y, encarándose con su hermana y dando gran importancia a sus frases, habló así:

—Ya sabía yo que lo que pensabas era un disparate. Se lo he contado todo al Padre Graciana. ¡No ignoras quién es el Padre Graciana!

—¿Y qué te ha dicho?

—Que lo primero es persuadirnos, convencernos de que esa mujer es hija de nuestro padre.

—En eso no anda descaminado.

—Luego, averiguar si su madre era soltera o

no, porque dice que la cosa variaría mucho.

—Eso no lo veo tan claro.

—¿Por qué?

—Porque si la madre era soltera y nosotras tenemos voluntad de hacerlo, podemos favorecer a la chica.

—¿Y si la madre estaba casada? Pero de esto no hay que hablar. Bien claro dijo don Agustín que la madre era soltera y que soltera murió.

—Es que si hubiese sido casada no teníamos obligación de hacer nada..., ni una sed de agua!

—Bonita caridad.

—¡Pues lo ha dicho el Padre Graciana!

—¡Pues aunque lo diga el Preste Juan de las Indias! ¿Qué culpa tenía la chica? Pero repito que eso es hablar en balde, porque la madre no estaba casada. ¿Qué más?

—Que cuando nos cercioremos de ello, sin verla ni hablarla, ayudemos a la muchacha a vivir para que no se pierda; que busquemos una señora piadosa, de buenas costumbres, para que viva en su compañía; que no la desatendamos... y, sobre todo, que lo hagamos sin dar un cuarto al pregonero, es decir, sin escándalo, para que nadie sepa que papá... en fin, por el buen nombre de papá.

—¿Y nada más?

—Que lo mejor de todo... pero esto saldría caro... que lo mejor sería dotarla para que se metiera monja.

—¿A ti qué te parece todo eso?

—Bien, muy bien.

—Pues a mí, mal, muy mal.

—¿Presumes de saber más que el Padre Graciana?

—No: ya te he dicho tres veces que no quiero que riñamos. Pero eso de socorrer así, *socorrer* a la chica, me parece humillante: yo, en su situación, primero me ponía a fregar suelos... Y siendo hija de mi padre, ella probablemente pensará lo mismo. En cuanto a lo de buscar señora para que viva con ella, eso es ponerla de criada... nada... nada... clarito. Y lo de que se meta a monja, no saliendo de ella la idea, si no tiene vocación, francamente, me parece una barbaridad. Para concluir: ¿qué quieres que hagamos?

—Lo que me ha aconsejado quien sabe más que nosotras: que don Agustín le entregue lo que sea nuestra voluntad: yo he pensado que diez duros al mes; y que le insinúe lo de entrar en religión, a ver cómo cae la cosa, y si no cuaja... aguantarnos... seguir dándole los diez duros al mes... Es una obra de caridad.

—¡Buena caridad nos dé Dios! Repito, por centésima vez, que es o no es nuestra hermana. Si lo primero, no hay caridad que valga: en tal caso se llama deber, justicia, tómalo por donde quieras; y si lo segundo, no hay para qué meternos a caritativas ni reconocer una obligación

en que no estamos. No nos salgamos de la cuestión. ¿Es hermana nuestra? Sí. ¿Tiene derecho a pedir algo? No. ¿Qué hacemos? ¿Prescindir en absoluto de ella? ¿Darle una limosna? ¿Tratarla como hermana? Este es el caso.

—Ya veo que no tienes miedo al escándalo. Puede que seas capaz de ir a buscarla y traértela a casa... y que se enteren hasta los criados de que papá... hizo lo que no debía.

—¡Dale bola! Ponte en razón, mujer. Hoy las muchachas no nos educamos en plena ignorancia de ciertas cosas, ni eso es posible. Con las visitas, las murmuraciones, las criadas, el teatro, tenemos bastante... en fin, ya lo sabes, somos buenas, no faltamos a nuestros deberes, pero demasiado sabemos todos que los niños no se encargan a París... Piensa que cuando debió de suceder eso papá sería joven. ¿No ha sido luego toda su vida bueno y cariñoso con nosotras hasta la exageración? ¿Nos ha descuidado, nos ha arruinado? Nada de eso. Ha querido o ha tenido relaciones con una mujer... que no debía de ser mala porque no le ha dominado en perjuicio nuestro... y ahora resulta que tenemos una hermaua. Por última vez, ¿qué hacemos?

—Ya lo he dicho: diez duros al mes: aquí paz y después gloria.

—¿Los tomarías tú en su caso?

Teresa calló sin acertar con la respuesta; Luisa acabó diciendo:

—¡Qué habías de tomar, mujer! ¡Pues bonito genio tienes!

—¡Mira, Luisa, no me importunes más! Jamás nos pondremos de acuerdo. Tú quieres que todo el mundo lo sepa. ¡El escándalo! Lo peor de todo, según dice el Padre Graciana. Vaya, hemos concluído. El mes que viene, don Agustín la llevará cinco duros de mi parte... y tú haz lo que te acomode, pero no des escándalo ni la traigas aquí para nada, porque no estoy dispuesta a tolerarlo.

Dicho lo cual, con gran energía, dejó a su hermana con la palabra en la boca, y se retiró a su cuarto.

La misma tarde en que sostuvieron este diálogo, Luisa mandó a llamar a don Agustín y celebró con él una larga entrevista.

III

A la mañana siguiente salió temprano acompañada de su doncella, en quien tenía confianza, y tomando un coche de punto, dijo al cochero un nomrbe de calle y un número. Veinte minutos después se apeaba sola del simón ante una casa situada en un barrio nuevo y alejado

del centro de Madrid. Entró en un portal, y a la pregunta que hizo a la portera oyó esta respuesta:

—Segundo interior, izquierda.

Tiró del cordón de la campanilla, y a los pocos segundos se abrió la puerta, apareciendo en ella una muchacha de veinte años, pequeñita, morena, gruesecilla... parecidísima a Teresa, pero más guapa. Luisa, al verla, quedó un punto suspensa, asombrada, pensando: «¡Válgame Dios, qué cosas... ni que se hicieran adrede: igualita que la otra!»

La desconocida vestía humildemente. Luisa iba también puesta con extraordinaria sencillez. Entre ambas se entabló el diálogo siguiente:

—¿Tiene usted la bondad de decirme si se llama usted Juana?

—Servidora.

—¿Me conoce usted?

Juana calló un momento, miró fijamente a su interlocutora y en seguida, abriendo por completo la puerta, repuso:

—Tenga usted la bondad de pasar.

Entraron a una salita exenta de lujo, y sentáronse frente a frente en dos butacas: Luisa tendió en torno suyo la vista, y lo primero con que tropezaron sus miradas fué con un retrato de su padre puesto sobre una consola. Juana dijo:

—Sí; la conozco a usted porque... ¡tenía un deseo tan grande de conocerlas a ustedes! Se lo

dije a papá muchas veces, y, por fin, hace dos años, me dejó ir con una amiga mía a una galería alta del teatro Real. En un entreacto subió él... pero antes de que subiese ya las había yo descubierto a ustedes. Estaban ustedes con él en un palco... yo desde arriba les veía mal; y luego, poco antes de concluir la ópera, me bajé con mi amiga a una de las puertas del vestíbulo y allí, a la salida, les vi a ustedes perfectamente... Por eso la conozco a usted... y también a su hermana. Después de esto, hace más de dos años, no he vuelto a verlas. ¡Ah, sí!, un día, en la calle, al paso.

—¿Y presume usted a lo que yo vengo?

—Francamente... no, señora. Sé que son ustedes hermanas mías, pero que no tengo derecho a exigirles nada... por lo tanto, ¡paciencia!; pueden ustedes hacerme mucho bien... o nada; porque daño no creo que me lo quieran hacer.

—Ninguno: al contrario. Vengo a lo siguiente. Usted es hermana nuestra y nosotras no podemos permitir que, muerto nuestro padre, carezca usted de todo; pero es el caso que Teresa y yo no estamos... no me gusta mentir... no estamos enteramente de acuerdo sobre lo que debemos hacer respecto de usted. En vista de esto, es necesario que, *por ahora*, tenga usted paciencia, que luego todo se arreglará.

—¿Me permite usted que le diga una cosa?

—Hable usted con la misma franqueza que lo hago yo.

—Pues hasta hoy no les he importunado a ustedes para nada.

—Bueno... veo que es usted un poquito altiva, como nosotras, pero conste que todavía no hace falta que salga el orgullo a plaza. Escuche usted: Teresa tiene un carácter muy raro, pero es buena, y estoy segura de que yo la convenceré y entonces será otra cosa. Por ahora... no se avergüence usted; la verdad, ¿cuánto le daba a usted mi padre al mes?

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Dígamelo usted.

—Cuarenta duros.

—Bueno, pues mi hermana y yo le pasaremos a usted mensualmente igual cantidad.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo que no?

—No; conozco que usted obra por cuenta propia. ¿No acaba usted de decirme que su hermana no está conforme con usted?

—Nuestra diferencia de opiniones no es acerca de esto; ni hoy puede usted saberlo todo. No responda usted a mi buen deseo con...

—¿Soberbia? De ningún modo. Lo que me den ustedes para vivir no me puede humillar porque... somos hermanas.—Y al decir esto miró fijamente a Luisa. Esta repuso:

—No crea usted que lo pongo en duda. Por

consiguiente, de hermana a hermana, ¿acepta usted los cuarenta duros? Y yo le prometo a usted que...

—No siga usted. Si lo que ustedes me ofrecen es una cantidad mensual para que les deje tranquilas... piensen ustedes que nada he exigido, nada quiero; yo me las compondré como pueda. Si usted habla por sí sola y espera lograr que doña Teresa llegue a mirarme sin antipatía, entonces... eso es mucho, demasiado, no necesito tanto. Lo que quiero es que lo que me den ustedes no sea... así para quitarse un estorbo de encima, sino que se lo den a su hermana.

—¿Tiene usted queja de cómo me he presentado a usted ni de lo que le he dicho?

—¡Ninguna!

—Entonces no vaya usted a estropearlo todo con suspicacia o delicadeza mal entendida. Aquí tiene usted (*sacando del tarjetero dos billetes de banco*) cuarenta duros. Y ahora... lo demás corre de mi cuenta. El tiempo hace milagros... y mi hermana no es mala. Yo lo arreglaré todo. ¡Ah!, el mes que viene no le enviaré a usted el dinero; vendré a traérselo yo misma; y si usted no pone obstáculo vendré antes a verla a usted; quiero que nos conozcamos; de esto depende todo.

Luisa se puso en pie dando por concluída la visita; Juana, con los ojos prontos al llanto, dijo sin poder ni querer disimular la emoción:

—¡Qué buena debe usted de ser! De usted tomaré lo que quiera ofrecerme y en la forma que quiera dármelo. Sin rubor, sin vergüenza, sin humillación... ¿Es limosna? ¡Pues como limosna!

Y cogiendo a Luisa una mano, antes de que la pudiera esquivar, le dió en ella dos besos.

Cuando ya en la puerta de la escalera estaban despidiéndose, dijo Juana:

—Nunca olvidaré lo que acaba usted de hacer.

—Pues aún falta lo mejor.

—Adiós... Luisa.

—Adiós, Juana.

IV

Han pasado diez meses.

Lugar de la escena: la puerta de una iglesia.

Hora: la caída de una hermosa tarde.

Interlocutores: Luisa y el Padre Graciana, hombre de cincuenta años, de mirada inteligentísima, alto, delgado, de buen porte y finos modales, usa ricos manteos y los lleva con singular elegancia.

—Nada, nada, no hay por qué escandalizarse. Padre; no le propongo a usted ningún crimen

Es un negocio como otro cualquiera. Ni necesita pensarse.

—Lo que se le ocurre a una mujer... ni al mismo diablo.

—El diablo no da limosnas.

—Vamos a ver, vamos a ver, ya me conoce usted... conque hable usted claro.

—¿Usted es presidente de la comisión encargada de construir, administrar, etc., etc., el *Hospital del Santo Nombre*, verdad?

—Cierto.

—Bueno, pues una persona caritativa... doña Fulana de Tal... el nombre no hace al caso, le da a usted por mi conducto cinco mil duros para la obra del Hospital.

—Corriente.

—Poco a poco. Con una condición. Esos cinco mil duros le serán a usted entregados por mi mano el día en que usted convenza a mi hermana Teresa de que Juana debe vivir con nosotras, y de que debe tratarla exactamente lo mismo que a mí. En cuanto Teresa me diga «mañana la puedes traer...», esa persona piadosa que habla por mi boca le entregará a usted las veinticinco mil pesetas. ¿Conviene el trato?

—Pero hija, ¿usted cree que esto es una escena de novela?

—Yo no creo nada. Propongo... y usted decide. Piense usted en lo que representan cinco mil duros... La mar de sábanas y de mantas y

de tazas de caldo para los pobrecitos enfermos... y todo a cambio de un acto de justicia.

—Con su poquito de escándalo, porque se sabrá que su padre de usted...

—Esa es cuenta nuestra.

—¿No sería mejor convencer a esa persona piadosa de que diese ahora los cinco mil duros, y que luego yo, andando el tiempo, con prudencia y maña procurara persuadir a su hermana de usted?

—Imposible. La persona piadosa no cederá en nada ni se fía de nadie.

—¿Pero usted cree que yo soy tonto?

—¿Por qué?

—¡Porque la persona piadosa es usted!

—Bueno... pues soy yo... ¿y qué? ¿Dejarán de ser cinco mil duros?

El Padre Graciana se quedó un momento pensativo, haciendo como que se miraba las hebillas de plata que lucía en los zapatos. Luisa, dispuesta a no ceder, guardó silencio. Pasados unos instantes dijo el cura:

—Pues usted misma entregará esa cantidad a la Junta constructora.

—¿Cuándo?

—Pronto; el primer día que yo hable con Teresa.

—No; al día siguiente de venir Juana a vivir con nosotras.

—Desconfiadilla es usted.

—¿Trato hecho?

—Convenido... ¡Todos los caminos son buenos cuando llevan a socorrer al pobre!

—Pues no le entretengo a usted más. Ya lo sabe usted: usted habla con Teresa; ella, claro está, me lo dirá luego... y al día siguiente de venir Juana a nuestra casa le entrego a usted el dinero.

El Padre Graciana sonrió bondadosamente y dijo:

—¡Cuánto ganarían las buenas obras si pudiéramos contar con muchas personas tan inteligentes como usted!

—Gracias por la lisonja, padre; pero ¿le parece a usted que es mala obra evitar acaso que se pierda una mujer? ¿Y lo de gastar en caldos para pobres veinticinco mil pesetas? En fin; adiós, padre, y que cumpla usted lo pactado.

* * *

A los quince días, casi todos los periódic s de Madrid publicaron la noticia siguiente:

«Una señora piadosa, que no ha querido re»velar su nombre, ha entregado ayer al Exce»lentísimo Señor Presidente de la Junta cons-

»tructora del *Hospital del Santo Nombre* la can-
»tidad de veinticinco mil pesetas como limosna
»para los fines de aquel benéfico instituto. Ras-
»gos como éste no necesitan comentario.»

Septiembre de 1890.

LA MONJA IMPIA

I

En tiempo de la guerra de la Independencia, existía en tierra de Castilla una comunidad de religiosas tan poco favorecidas de Dios y de los hombres, que en muchas leguas a la redonda se les llamaba *las monjas pobres.*

Habitaban, lejos de poblado, un caserón ruinoso, transformado en convento, que tenía el ventanaje huérfano de vidrios, los tejados inseguros, las rejas desvencijadas y las techumbres llenas de goteras. Sólo la paciencia y el desprecio de la vida podían aposentarse en tan incómodo edificio. Para colmo de desdicha la tierra del huerto era ingrata y arenisca, la capilla oscura y húmeda, el agua del pozo amarga e insalubre. Los ornamentos, vestiduras y vasos que para el sagrado servicio poseía la comunidad, no los hubiera querido por viejos el más humilde clérigo de aldea.

Tan olvidadas tenía, en fin, el Señor a sus esposas, y tan miserable vida llevaban, que durante cierta visita pastoral tuvo el obispo de la diócesis que pasar casi de largo ante el convento, porque ni allí había cuarto donde albergarle decorosamente, ni siquiera leche con que hacerle chocolate. Su Ilustrísima descansó un momento a la sombra de las tapias del huerto, y luego siguió su camino alabando tan evangélica pobreza... y jurando que no volverían a pescarle por aquellos sitios.

A pesar de ser tan pobres, eran las tales monjas dueñas de una imagen de la Virgen, de plata maciza, que pesaba más de tres arrobas, y que a sus ojos valía un tesoro. Como escultura, era obra detestable, pero a ellas se les antojaba mejor que de Berruguete o Alonso Cano, admirando como prodigios de ejecución el feo rostro, lo duro del ropaje y las toscas y mal dibujadas manos. Tan hermosa la juzgaban, que durante algún tiempo hasta llegaron a esperar que además de bella fuese milagrosa. Espoleadas por su propio deseo, hicieron cuanto puede hacer la piedad monjil para ver cumplida su esperanza, pero no lo consiguieron.

Una vez, estando enferma la priora, bajaron con gran trabajo la imagen de su hornacina, y entre luces y cánticos la llevaron procesionalmente hasta la celda de la paciente, aplicándosela devotamente a las enflaquecidas piernas,

que era donde tenía el mal. La priora murió aquella misma noche.

En otra ocasión, como el agua del pozo se hiciese de día en día más amarga, determinaron endulzarla con ayuda de la Virgen, y atándola fuertemente con unas sogas, le dieron en el dicho pozo un baño de muchas horas. Toda la comunidad, por riguroso turno y dividida en grupos, tiró luego de las sogas; salió Nuestra Señora, abalanzáronse a ella las más ilusionadas, mojaron los labios en el agua que chorreaba, y sufrieron el horrible desencanto de notar que seguía tan amarga como si nada hubieran hecho.

Convenciéronse al fin de que no podían esperarse milagros, y de que la Virgen hacía de ellas tan poco caso como su divino Hijo; pero considerando que a pesar de todo era de plata, que pesaba la friolera de tres arrobas y que a cualquier desalmado podía ocurrírsele la idea de asaltar el convento para robarla, determinaron darle una mano de cal que ocultase la plata. Pensado y hecho. Con la misma escobilla y el mismo líquido que tenían para enjabelgar paredes la pintaron y repintaron media docena de veces hasta dejarla igual que monigote de yeso y terminada la operación volvieron a ponerla en la hornacina que antes ocupaba.

II

Llegó hasta aquellos campos el estruendo de la guerra y los pueblos tocaron a somatén. Los frailes de un monasterio cercano organizaron una partida; los mozos de la comarca, en su mayor parte ganaderos y vaqueros, formaron un escuadrón. En la ciudad vecina las mujeres y los niños hacían hilas, y los viejos, cartuchos; las sábanas finas se transformaban en vendas; los perdigones de caza, en balas de fusil.

Por fin se supo que los *franchutes* estaban en territorio de la provincia y que no tardarían en asomar por donde menos se les esperase.

Las monjas pobres decidieron también ser agradables a los ojos de Dios y útiles a la patria. Su primer acuerdo fué rezar por tandas, día y noche, rogando al Señor que no se les ocurriese a los soldados del rey intruso pasar por cerca de su convento; el segundo, determinar que si se acercaban los invasores, todas ellas saldrían en procesión denodadamente hasta la puerta del zaguán, presididas por la priora y cantando salves, dispuestas a dejarse matar antes que consentir en ver su casa profanada. Y, por último, no fiándose de la mano de yeso que ocultaba el precioso metal, y sabiendo que

los franceses eran codiciosos e impíos, resolvieron bajar a la Virgen de su hornacina y enterrarla en un rincón del huerto.

Pasaron días y más días sin que nadie apareciese por aquellas lomas, hasta que una tarde se oyó lejano retumbar de cañonazos y nutrido fuego de fusilería. Entonces las monjas más atrevidas subieron al palomar, convertido en campanario, y allá muy lejos, en la última línea del horizonte, vieron nubes de humo, el viento les trajo olor a pólvora, y a los rayos del sol poniente distinguieron unas líneas brillantes y movibles que debían de ser filas de bayonetas en que la luz reverberaba.

Al otro día se oyó más próximo el fragor de la batalla, que fué muy reñida, y no ya desde el palomar, sino hasta desde las ventanas del convento pudieron apreciarse los movimientos de las tropas. Una hermana afirmó que veía huir a los franceses, y la priora, sin más averiguación, dispuso que se encendieran todas las velas y cirios de la casa y que se cantase un himno de gracias al Señor.

III

Pasada la media noche comenzaron a escucharse palabrotas, ternos y juramentos proferidos junto a las tapias del convento. Bajó al zaguán la tornera y abriendo el enorme portón de ingreso vió a la luz de la luna el cuadro más horrible que podían contemplar ojos humanos. En el pequeño llano que se dilataba a uno y otro lado de la entrada del santo asilo, había paradas tres carretas llenas de heridos, y, bajo cada una de ellas, un charquillo de sangre: eran como tres montones ambulantes de hombres medio despedazados, de entre los cuales se alzaba un continuo rumor formado de ayes, quejas, lamentos, imprecaciones y rugidos.

—Hermana—dijo uno de los carreteros, a quienes los demás parecían reconocer por guía—, hay que socorrer a esta gente.

—Aquí no pueden entrar hombres.

—Lo que es éstos... ¡vaya si entran! ¡Y que bajen pronto por ellos, o prendemos fuego al convento! Además... como si no fueran hombres. ¿No ve su merced que vienen desangrándose?

Infringióse la regla, bajó toda la comunidad, y entre carreteros y monjas se acomodó a los heridos lo mejor que se pudo. Los que estaban

más graves ocuparon las celdas, otros quedaron en el zaguán, otros en el refectorio, y hasta hubieron de dejarse algunos tendidos en las losas de los claustros, corredores y pasillos. Pero en el convento no había médico ni botica, ni medio alguno de aliviar a aquellos infelices, muchos de los cuales, atormentados del dolor, ponían el grito en el cielo diciendo blasfemias que escandalizaban a las religiosas. Con llevarlos allí, sólo se consiguió que, si habían de morir, muriesen bajo techado en vez de expirar a campo raso.

Pretendió la priora que los carreteros avisasen al alcalde del pueblo cercano para que enviase médico y remedios, pero el que hacía de jefe se negó a ello alegando que al rayar el alba, él y sus compañeros tenían que iucorporarse al batallón de voluntarios a que pertenecían. Y sin más conversación se largó con sus subordinados, sus bestias y sus carros.

Entonces, confusa y apenada la pobre mujer, llamó a las hermanas que consideraba más listas y les consultó lo que debía disponer en tan apurado trance. Una dijo que lo mejor era encender una gran hoguera para que, atribuyendo su resplandor a incendio, acudiera en su socorro la gente comarcana. Otra propuso que la más animosa montase en el pollino que en la cuadra tenían para traer provisiones de la ciudad y, yendo a ella, diese aviso a las autorida-

des. Otra aconsejó que se arrodillaran todas en la capilla y estuvieran cantando salves hasta que Dios les inspirase resolución acertada.

De pronto se adelantó del grupo Sor Gervasia. Era joven, bonita y de mirada muy inteligente; bastaba verla una vez para adivinar en ella ese tipo de monja lista, vivaracha y alegre que suele haber en todos los conventos y que acaba por escaparse del claustro, morir de tristeza o suicidarse.

—Madre—dijo encarándose con la priora--, si se me deja hacer lo que yo quiera se salvan los más de los heridos.

—¿Qué intentas?

—La Virgen no ha querido hacer aquí milagros, porque esta miserable casa es indigna de ella y nosotras grandes pecadoras. Pero el corazón me dice que si yo la llevo a la ciudad, si logro que me dejen ponerla en un altar de la catedral y allí, bajo aquellas bóvedas tan hermosas, en aquel templo tan lujoso y tan rico, tan digno de ella, si allí mismo le rezo una salve en nombre de la comunidad, nada más que una salve... vamos, estoy segura de que salimos con bien. Hasta puede que haga el milagro que otras veces nos ha negado.

—¡Qué milagro ni qué niño muerto, si ni siquiera ha querido endulzarnos el agua del pozo!

—Eso debió de ser porque nosotras no lo merecemos, pero estos hombres están heridos del

hierro y despedazados del plomo porque se han batido en defensa de su Dios y su Patria.

La discusión fué borrascosísima.

Varias monjas declararon que antes de consentir en que saliera de allí Nuestra Señora preferían dejar morir sin alivio a toda aquella gente; otras temían que Dios les castigase por aquella falta de misericordia; algunas se esperanzaron con la posibilidad del milagro. Entretanto los heridos, atormentados del dolor, vociferaban tales juramentos, votos y blasfemias que traían escandalizada a la comunidad.

—¿Oís cómo rugen y reniegan?—dijo entonces Sor Gervasia—; ¿escucháis cómo se están condenando por culpa nuestra? Y lo malo es que no sólo irán ellos de patitas al infierno, sino que también iremos nosotras por no haberles socorrido cristianamente, por tolerar que estén diciendo esas palabrotas tan feas y por no hacer caso de la idea que a mí me ha sugerido la mismísima Virgen.

Todavía duró un poco la discusión, pero fueron tan persuasivas las frases de Sor Gervasia que al fin se salió con lo que deseaba, previo solemne juramento de que regresaría con la Virgen en el plazo más breve que le fuese posible.

Media hora después estaba la santa imagen desenterrada, metida en un serón y cargada a lomos del pollino. Cogióle Sor Gervasia del ronzal, y a buen paso, la mujer delante y detrás

el burro, tomaron el camino de la ciudad, mientras a su espalda quedaban los heridos rugiendo de dolor y las monjas roídas de curiosidad, porque ni una sola podía barruntar lo que su compañera proyectaba.

IV

Transcurridas seis horas de angustiosa espera, las monjas más impacientes, que desde lo alto del palomar miraban hacia la carretera, vieron venir en dirección al convento y envuelto en una nube de polvo un carricoche del cual tiraban dos poderosas mulas, y dentro de él cuatro hombres, otro que guiaba, y una mujer a quien en seguida conocieron por las blancas tocas que el viento agitaba en torno de su cabeza.

En menos de un cuarto de hora llegó el vehículo al portón; apeóse Sor Gervasia, imitáronla los tres hombres y, en seguida, el que hacía de cochero bajó del pescante una caja, tamaña como un mediano cofre.

—Hermana, ¿qué gente es ésta?—preguntó la priora.

—Estos—repuso Sor Gervasia, señalando a los dos mejor trajeados—son médicos cirujanos

los otros dos y el que guiaba son sus ayudantes, y en esa gran caja que llaman botiquín traen instrumentos y herramientas de sanar, aguas, ungüentos, emplastos y cuantos remedios han menester los que sufren.

—Todo eso está muy bien, pero ¿y la Virgen? ¿y el pollino?

—El burro, hartándose de pienso en la cuadra de la posada; Nuestra Señora, en un altar de la catedral, en medio de un bosque de velas rizadas y lujosas como aqui nunca las ha tenido, y cuidando de ella un señor canónigo, grande amigo de mi familia. Podemos estar tranquilas. No los he traído ahora por no perder tiempo, porque la imagen pesa mucho y el pobre animal anda despacio.

—¡Valiente imprudencia!

—No hay cuidado. Uno de los médicos tiene que irse pasado mañana de madrugada en el carricoche, porque ha de procurarse más medicinas que hacen falta; yo me marcharé con él y a la tarde regresaremos con las drogas, Nuestra Señora y el borrico.

—Quiera Dios que no tengamos que sentir.

Aquellos dos días que pasó la Virgen *fuera de su casa*, como decía la priora, estuvieron las monjas alarmadísimas; por fin, al día tercero, Sor Gervasia partió de madrugada con el médico, como tenía dicho, y volvió, según había ofrecido, trayendo la imagen y el jumento.

El burro fué a descansar al establo, y cerrada la noche, para mayor cautela, las monjas volvieron a enterrar la Virgen en el mismo rincón del huerto de donde a regañadientes la sacaron. Mentira les parecía tenerla de nuevo en su poder. Tan contentas estaban, que en acción de gracias cantaron una solemne salve.

Los heridos llevados al convento eran cuarenta y ocho. De ellos murieron siete, y no podían menos de morir según llegaron de desangrados y rotos. A éstos se dió cristiana sepultura. Los cuarenta y uno restantes se curaron. Aquellos cuya convalecencia aún exigía grandes cuidados marcharon a la ciudad haciéndose lenguas de la admirable caridad de *las monjas pobres.* Los que sanaron por completo volvieron a empuñar las armas, porque aún había plaga de franceses en España.

Y así tornó a quedar tranquilo el convento, que a muchas monjas les pareció más triste y más sombrío que antes.

V

Pasados algunos años, y terminada la guerra, uno de aquellos heridos hizo a la comunidad una cuantiosa donación, merced a la cual se

restauró el convento. Rehiciéronse las techumbres, aseguráronse las rejas, pusiéronse vidrios en el ventanaje y se adornó lujosamente la capilla. Por último, se tomaron a servicio hortelano y mandadero.

Entonces, considerando las monjas que su casa era digna de Nuestra Señora, y que además no parecía fácil que se arriesgase nadie a robarla viviendo allí continuamente dos hombres, determinaron proceder a su exhumación entre letanías, salves y otras devociones. Pero fué el caso que la imagen salió de su enterramiento que daba pena mirarla. Tenía las depresiones y los huecos llenos de tierra, las piedras la habían arañado por todos lados, y la capa de yeso con que tiempo atrás se ocultó la plata estaba tan manchada, que la Santísima Virgen parecía tener puesta una camisa muy sucia. Por todo lo cual, se dispuso que un habilidoso artífice la descascarillase y puliera, dejándola brillante y limpia, con el propio color del precioso metal, a fin de que luego, y con la solemnidad posible, fuese colocada en el altar mayor de la capilla, para donde se había construído un soberbio retablo.

Vino, pues, el artífice, hízosele entrega de la imagen, y lo mismo fué comenzar el hombre su trabajo que soltar el trapo dando las más francas y ruidosas carcajadas que jamás resonaron en aquel sagrado recinto.

En un rincón del templo, Sor Gervasia temblaba como azogada.

—¿Por qué ríe tan fuerte, hermano?—preguntó la priora.

—¿No decían que la Virgen era de plata?

—¿De qué ha de ser? ¿Si sabremos nosotras lo que tenemos en casa?

—Sí, ¿eh? Pues esa escultura, que como obra de arte no puede ser peor, dicho con el debido respeto, no vale nada porque es de plomo, y no así como se quiera, sino plomo de aleros y de juntar vidrios, del más vulgar y barato.

Decía verdad. Acercáronse las monjas, siguió el hombre quitando yeso de la estatua hasta dejar un buen trozo al descubierto, y quedó demostrado que no era de plata brillante, blanca y limpia, sino de plomo negruzco, mate y sucio.

La priora, estupefacta y aturdida, no paraba de gritar:

—¡Era de plata, era de plata!

—Sí sería, y a buen seguro que valdría un dineral; pero ahora.., como no quieran sus mercedes aprovecharla para fundirla y poner canalones en los tejadillos... —Y añadió:—Sin duda que aquí ha habido una sustitución, un robo bien disimulado.

Al escuchar esto, la priora miró a las monjas, las monjas miraron a la priora, y movidas instantáneamente a la misma sospecha, todas se volvieron, echando llamaradas de ira por los

ojos, hacia el sitio donde estaba Sor Gervasia desencajada y temblorosa.

Lo que allí pasó fué horrible. Primero, gritos, preguntas e insultos; después, improperios, pellizcos y empujones; por último, cada hermanita ideó un castigo distinto. Una quería que fuese condenada a pan y agua hasta que declarase; otra, no darle de comer en ocho días más que abadejo y queso rancio, sin permitirle gota de bebida; otra, apalearla con cirios; la más fogosa, propuso enterrarla viva en la misma fosa donde estuvo sepultada la estatua.

Ya comenzaba la priora a temer que, desconociéndose su autoridad, sucediese allí algo terrible de lo cual sólo ella sería responsable, cuando Sor Gervasia, sacando a la desesperada fuerzas de flaqueza, comenzó a repartir empujones y puñadas hasta lograr que dejaran espacio libre en torno suyo.

—Sí—dijo en seguida con voz entera y animosa. que dominó el tumulto—. Yo, yo vendí en la ciudad la Virgen de plata y en su lugar mandé hacer la de plomo. Con el producto de la venta pagué a los médicos que traje, alquilé el carricoche en que vinieron y compré las medicinas que hicieron falta. ¿Merezco castigo? Que vengan a imponérmelo las madres de aquellos hombres que entraron aquí medio muertos y salieron con bríos para seguir batiéndose. ¡Y mucho cuidadito con hacerme daño, porque alguna lo pagará caro!

Dicho lo cual, se desciñó rápidamente de la cintura el largo rosario de cuentas tamañas como nueces, lo retorció a modo de zurriago y quedó en actitud tan amenazadora que no hubo monja capaz de adelantar paso ni proferir palabra.

VI

Visto lo nuevo del caso y lo extraordinario del delito, la priora dió parte al señor obispo.

Sor Gervasia fué sometida a un proceso eclesiástico y expulsada de la comunidad.

Se la condenó a salir del convento cubierta la cabeza de un velo negro, descalza, llevando en la mano una vela apagada. Y salió al campo por aquella misma puerta que se abrió para que entrasen los heridos.

Un pariente que tenía en la ciudad la recogió y dió hospitalidad. Al cabo de dos años fué amada por un hombre joven, trabajador y honrado: y correspondiendo a su pasión, se casó.

Como en los cuentos para niños, fueron felices, tuvieron hijos y vivieron muchos años.

Todo lo cual hizo exclamar a la priora cuando lo supo:

—¡Ave María Purísima! ¡Bien decíamos nosotras que aquella desgraciada no había nacido para servir a Dios!

Julio de 1890.

UN SABIO

Don Luis Romillo era riquísimo. Siendo niño, sus padres le enviaron a Méjico, donde permaneció bajo la guarda de un tío materno que le colocó de dependiente en una gran casa comercial, de la cual, por honrado, trabajador y listo, llegó a ser socio andando el tiempo. Luego, el tío le dejó al morir por heredero de su cuantiosa fortuna, y él entonces, cansado de vivir lejos de la tierra que le vió nacer, dió la vuelta a España, fijando su residencia en Madrid. Las primeras semanas de su estancia en la corte, habitó en una fonda, pero quejoso pronto del mal trato que le daban, adoptó la resolución de poner casa: lo cual hizo, a pesar de su riqueza, con gran modestia, no por tacañería, sino por ser hombre de pocas necesidades y naturalmente enemigo de la ostentación.

En un principio no se trató con los demás inquilinos; vivía servido por un matrimonio en que marido y mujer eran viejos; no recibía visitas, se retiraba temprano, y cuando se encontraba algún

vecino en la escalera se limitaba a saludar cortésmente sin procurar conversación con nadie.

Una noche, al volver del teatro a la una de la madrugada, hora para él inusitada, halló en el descansillo del piso en que vivía a sus dos criados hablando con una mujer joven y bonita, que con lágrimas en los ojos les daba gracias por cierto favor que de ellos había recibido. Al ver a su amo los sirvientes, dejándole paso, cortaron rápidamente el diálogo, y la mujer llorosa echó escaleras arriba.

Lo primero que se les ocurrió a los criados cuando su señor les preguntó quién era aquella señorita fué disfrazar la verdad; pero, estrechados por él, tuvieron que confesar el motivo y la ocasión de lo sucedido. La señorita que había visto don Luis—porque, aunque humildemente vestida, tenía aspecto de señorita—vivía en el último y más barato de los cuartos de la casa en compañía de su madre, anciana y achacosa. Eran muy pobres y no tenían más recursos que la exigua viudedad de la vieja y lo poco que ganaba la hija bordando. La tienda para donde ésta trabajaba había quebrado; hacía dos meses que no le daban labor, y, limitadas las infelices al puñado de duros de la viudedad, apenas tenían para comer. Mientras les quedó algo que empeñar fueron pasando, pero luego enfermó la madre, hubo que llamar al médico y éste recetó medicinas caras. La criada de don Luis sabía

todo esto porque las conocía de verlas cuidar unos tiestos con que adornaban sus ventanas, y de conversar con ellas algunas veces sobre si tales o cuales plantas podían o no crecer en macetas y debían regarse mucho o poco. De estos diálogos pasaron a mayores confianzas, y por último, la joven llegó a tener con la criada toda la intimidad que puede haber entre una mujer fina, aunque pobre, y otra de más baja condición.

Ello fué que una tarde doña Juanita—que así se llamaba la muchacha—pidió una taza de caldo para su madre a la criada de don Luis y en días posteriores favores análogos, hasta que por casualidad se enteró aquél, gracias al encuentro en la escalera al volver del teatro.

Sabedor de la triste situación de las desdichadas mujeres, don Luis ordenó a sus sirvientes que las favoreciesen en cuanto fuera posible, y que no les negasen los pequeños auxilios que pidieran: después de lo cual pasó algún tiempo sin volver a pensar en el infortunio que tan cerca tenía, hasta que una tarde vió a Juanita asomada a una ventana.

Estaba flacucha y casi anémica por la poca alimentación, malamente vestida, sin la menor gala ni adorno, entristecida y melancólica por su mala suerte; pero tenía los ojos hermosísimos, la boca preciosa, el pelo brillante y negro como el azabache, la tez muy fina, las facciones muy delicadas y el cuerpo airoso y bien propor-

cionado. Mirándola no quedaba duda de que a los tres meses de alimentarse bien, pasear, estar tranquila y no trabajar, aquella muchacha se pondría bellísima: era planta nacida en mala tierra, crecida sin sol y sin agua, pero que un jardinero inteligente podía, con poco esfuerzo, cultivar y desarrollar hasta convertir su debilidad en fortaleza y su ajamiento en lozanía.

A la tarde siguiente de verla en la ventana don Luis se presentó en casa de Juanita y sin ambages ni circunloquios le preguntó si quería encargarse de bordar una gran cantidad de ropa blanca que necesitaba. La chica respondió afirmativamente con el contento que es de suponer, y don Luis le rogó entonces que, pues él vivía solo y no sabía hacer cierto género de compras, adquiriese por su cuenta tantos juegos de sábanas y de almohadas, tantos pañomanos, tantos manteles y servilletas... en fin, un dineral en lencería. Añadió que, como lo quería bordado con exquisito primor y delicadeza, y además en muy corto plazo, convendría que buscase alguien que le ayudase, organizando un pequeño obrador. Inútil es decir que tales encargos fueron acompañados de lo necesario para el gasto y jornales, y que por lo tanto cesaron de repente los apuros de Juanita y su madre.

De allí en adelante, Juanita bajó con frecuencia a casa de don Luis para darle cuenta de las sumas recibidas y de lo que adelantaba el traba-

jo, y él subió alguna vez al sotabanco, donde continuamente estaba bordando Juanita, la cual, dicho sea de paso, modestamente vestida de negro y rodeada de tanta ropa blanca, estaba encantadora.

La transformación de la chica fué rapidísima: sus mejillas adquirieron un tono suavemente carminoso, se le enrojecieron los labios, adquirieron redondez sus formas, se le levantó el seno; en fin, se puso codiciable, como dice el *Cantar de los Cantares*.

Lo malo fué que su cambio de situación, las mayores comodidades que gozaba, el mejor vestir y las visitas de don Luis fueron base de infinitas y bajas murmuraciones. La portera, los criados, los vecinos, todos creyeron que el señor mayor se cobraba los beneficios gozando los encantos de Juanita, lo cual era una solemnísima mentira, porque ni a él se le ocurrió semejante vill nía, ni las pobres mujeres lo hubieran aceptado.

Los propósitos de don Luis eran otros. Estaba enamorado de ella, pero su proyecto consistía no en seducirla, sino en tomarla por propia y legítima mujer, y lo que andaba haciendo era facilitarse medios para verla frecuentemente, observarla, convencerse de que era buena y luego declararle su amor y pedirle su consentimiento para hablar con su madre y formalizar las cosas. Su error consistió en imaginar que la gratitud

podría convertirse en amor, y sobre todo fué torpeza ir continuamente a casa de Juanita y no darle nunca a entender que la quería. Era hombre acostumbrado sólo a negocios; jamás había procurado enamorar a ninguna mujer, y creyó que para Juanita sería cosa sencillísima y llana contestarle a tenazón cuando él le preguntase: «¿Quiere usted casarse conmigo?»

Y como lo hizo así, sucedió lo que tenía que suceder.

Una noche entró don Luis en el sotabanco, se sentó junto a la muchacha, y cogiéndole una mano, con gran sorpresa de su madre, habló de este modo:

—Juanita, es usted buenísima y primorosa; la considero a usted capaz de hacer feliz al hombre más exigente. Tengo cincuenta y dos años, buena salud y una renta de muchos miles de duros. ¿Quiere usted casarse conmigo? ¡Ah! No tengo mal genio.

La pobre niña soltó la aguja de las manos, dejó caer al suelo la labor, miró a su madre, que estaba estupefacta, y se echó a llorar como una Magdalena.

Aquella noche no hubo conversación ni respuesta posibles porque a Juanita le dió una congoja, a su madre un síncope, y don Luis salió en busca de su criada para que hiciese tazas de tila. Del misno brebaje tuvo él que tomar también, porque cuando salió a llamar a su casa volvió

en sí Juanita, y sintiendo que se ahogaba se aflojó el cuerpo del vestido y se desabrochó el corsé para respirar más a gusto. En seguida tornó a subir don Luis y, como la puerta del sotabanco había quedado abierta, entró sin llamar, sorprendiendo a la joven con algo más que la garganta al descubierto, y aquel algo era tan maravillosamente blanco, precioso y bien formado, que el pobre señor sufrió una conmoción indefinible: le flaquearon las piernas, palideció, tuvo que sentarse, y por fin, sin saber lo que hacía, cogió la taza de tila que aún no había tocado ella, y se la bebió lentamente, mientras la muchacha, confusa y avergonzada, se abrochaba el corsé y se echaba los botones volviéndose de espaldas.

Al día siguiente la madre llamó a don Luis y le dijo que su hija le aceptaba agradecidísima por esposo. A los dos meses, los novios tenían puesta una casa que era un encanto: les costaba doce mil reales al año y gastaron en alhajarla cinco mil duros.

Ya estaba todo preparado, y concluído en la vicaría el preciso expediente, cuando una tarde subió don Luis al sotabanco. Juanita y su madre no estaban, pero sí la portera, a quien ellas habían dado la llave para que subiese unos paquetes de encargos que debían de llevarles.

—Esperaré aquí—dijo don Luis.

La portera se bajó a su chiribitil, y él se quedó solo y sentado pasando la mirada sobre aquellos

miserables muebles que Juanita habría de cambiar pronto por otros lujosos y más en armonía con su peregrina belleza. Al cabo de un rato no se contentó el buen señor con mirar por distraerse, sino que se levantó y comenzó a examinarlo todo minuciosamente. Vió el pobre costurero ante el cual tanto había trabajado su futura, la mesa de comer que tan baratos manjares sustentó, la cama de la madre con humildísimas pero limpias ropas, en todo se fijó. Por último tuvo un capricho: ver la cama y el cuarto de su novia.

Era una alcobita donde no había más que la cama con colcha de indiana, un baulito sobre banquillos y una mesita; y, ¡oh sorpresa!, encima de la mesa una jícara con tinta, una pluma, una carpeta hecha con un periódico doblado, un sobre escrito y una carta sin concluir. El cajón de la mesa estaba abierto y en su interior se veían dos gruesos paquetes de cartas metidas todavía en sus conservados sobres y atadas con aquellas cintas de colores que habían venido sujetando en las cajas las ropas compradas para que las bordase Juanita.

Don Luis no se pudo contener: deslió uno de los paquetes, y pasó la vista por varias de las epístolas. Todas eran de la misma letra, ¡letra de hombre!, tenían igual firma, empezaban y concluían con palabras de amor, promesas de caricias, esperanzas de besos..., y estaban dirigidas a Juanita. Ciego de cólera cogió, por último, la

carta que estaba sobre la mesa, la escrita por ella. Le faltaba el final; pero lo que decía aunque truncado, bastaba para dejar pensativo a cualquiera. El párrafo más importante era éste:

«No te canses, no me escribas, ni me mortifiques, ni aumentes mis penas repitiéndome que »me quieres con toda tu alma, como yo te quiero a ti. Me caso para que mi madre muera tranquila, en buena cama y bien cuidada en vez de »morir en un hospital, porque mis ojos cegarán »a fuerza de llorar y trabajar, y no podré mantenerla si vive, ni enterrarla si muere. Y nunca, »nunca, nunca, pienses que seré capaz de engañar a don Luis. No le amo, porque te quiero a »ti, ¿lo entiendes?; pero aunque me hagan trizas »el cuerpo y me consuman el alma, jamás seré »mala para con el hombre que me da su nombre. Te devuelvo...»

No había escrito más.

Por eso estaban las cartas de *él* cuidadosamente atadas en paquetes para devolvérselas.

Don Luis se sentó en el baúl de Juanita, dejando caer la cabeza sobre el pecho; sintió que le rodaban por las mejillas dos lágrimas como dos guisantes, y luego, de pronto, se levantó, se enjugó el llanto con una punta de la colcha de indiana y dejándolo todo con sumo cuidado, según lo encontró, salió de la alcoba y se bajó a su casa; mas antes de salir se fijó en el sobres-

crito que estaba preparado para aquella admirable carta.

La noche que pasó don Luis no tuvo nada de envidiable; pero era tan bueno que en vez de rabia se le entró al alma una melancolía tranquila que le desalteró el espíritu sirviéndole de calmante. Por la mañana al vestirse se vió el cuerpo flacucho, usado, vencido del trabajo, agobiado por los años, y acordándose de aquella blancura deliciosa que contempló un momento cuando la congoja de Juanita, sonrió tristemente, murmurando:

«¡Ya es tarde!»

Al día siguiente la chica y su madre no recibieron la acostumbrada visita de don Luis; al otro, tampoco; por fin, al cuarto se les presentó un amigo enviado por él para decirles que el pobre señor había emprendido un viaje muy largo, dejándole encargo de entregarles un rollo de papeles y una carta. Los papeles eran títulos de la Deuda que representaban una renta más que bastante para vivir con comodidad, sin pensar en lo por venir. La carta decía:

«Juanita: Eres demasiado buena, como yo he »sido demasiado tonto imaginando que me po»días querer. Para tu virtud y tu hermosura no »hay en el mundo más que un premio: el amor. »¡Lo único que yo no podría darte! He averi»guado que tu novio es listo, trabajador y hon»rado; además es joven y guapo. Sólo os faltaba

»para ser felices un poco de dinero; yo os lo re»galo. Recíbelo sin humillación, igual que yo he »aceptado, sin rebelarme contra ella, la lección »que en tu alcoba me deparó la casualidad, que »por esta vez merece nombre de Providencia. »¡Cómo ha de ser! Pasados algunos meses os »escribiré, y si tenéis un hijo vendré para apa»drinarle.»

Juanita se casó con su novio, que, a pesar de la posesión, la quiere cada día más, y antes de cumplirse el año de la boda tuvo un niño tan guapo como ella y que se parece mucho a su marido.

Hasta pasados cuatro años no regresó don Luis a Madrid, pero volvió cuiado de aquella pasión, peligrosa por lo tardía.

Hoy, cuando el tiempo está hermoso, se le ve ir hacia el Retiro a las horas de sol llevando de la mano, primorosamente vertido, al chiquitín, que le llama abuelo, y cuyos padres, aunque parezca mentira, son agradecidos. Si alguien le pregunta quién es aquel niño, responde:

—Es mi heredero.

Y luego en sus tranquilos monólogos de hombre prudente se dice pensando en lo pasado y relacionándolo con lo presente: «Juanita es un ángel... pero ¿hubiera podido serlo casada conmigo?»

DOÑA GEORGIA

—Mañana—me dijo Pepe—tengo que ir a Valdelosfresnos para ultimar un arriendo de tierras. Estaré allí cosa de dos días; anda, ¿quieres venirte conmigo? Verás mis *estados:* dehesa, huerta, jardín y casa; es decir, la casa en un antiguo apeadero de caza de Felipe IV, un edificio enorme y destartalado que yo poco a poco voy modernizando con muebles cómodos, pero sin quitarle el carácter de su época.

No lo pienses tanto—añadió viéndome perplejo—; te ofrezco cuarenta y ocho horas de aire puro, buena cama, comida sana hecha por la mujer de un guarda que conserva la tradición de nuestros guisos castizos, y una chimenea descomunal donde si hace frío echaremos ramas de roble con sus hojas secas para que el chisporroteo mate el antipático silbido del viento.

Me sedujo lo de comer a usanza antigua en un apeadero de caza de Felipe IV, y repuse:

—Con muchísimo gusto, acepto.

—Pues a las nueve en la estación.

—¡A las nueve!

—En punto, y no faltes.

Me aterró la perspectiva del madrugón, pero ya no había remedio.

Al llegar a casa, encargué al criado que me preparase el maletín con lo indispensable para una ausencia de dos días, dispuse que me despertasen oportunamente y me acosté intranquilo, desasosegado y nervioso, casi casi como supongo yo que se acostarían Colón la víspera de embarcarse en Palos y Federico el Grande la noche que precedió a Rosbach.

*
* *

A la hora fijada, todavía soñoliento y embrutecido por el sopor que me producía la falta del completo reposo, llegué al andén de la estación dònde Pepe me aguardaba con su perro de caza y los billetes tomados. Al verle con aquellos cartoncitos en la mano, prueba de la fe que dió a mis palabras, sentí vergüenza por la vacilación pasada. Además, el airecillo de la mañana, que se me antojó ser el primer suspiro del día, me causó agradabilísima impresión, la cual se acrecentó observando que Pepe llevaba una cestita que trascendía a exquisitos fiambres y por entre cuyas tapas de mimbres asomaban los robustos cuellos de dos botellas de Borgoña. Por último,

el perro, que andaba de un lado para otro meneando el rabo, saltando y olfateándolo todo, especialmente la cesta, parecía invitarme a gozar la hermosura del día y las delicias del campo, haciéndome saborear de antemano con la imaginación la suculencia del almuerzo. Subimos al vagón, silbó la máquina, crujieron los herrajes y a los pocos minutos ya parecían, vistos desde la ventanilla de la izquierda, el Retiro una mancha verde y Madrid un montón de cascote.

—Antes que se me olvide — dijo entonces Pepe—te quiero advertir una cosa. En el caserón que tenemos en Valdelosfresnos vas a ver el más raro tipo de mujer que darse puede; una señora muy viejecita que no quiere residir en Madrid, y a quien he alquilado las habitaciones de la planta baja, donde vive con dos criadas. Paga bien, no estropea nada, y hasta nos es útil, porque en cada viaje mío me pone al corriente de cuanto han hecho colonos, arrendatarios, guardas y gañanes. Se llama doña Georgia, nombre que debieron de ponerle en tiempo del más melenudo romanticismo. Es instruída y discreta; pero si nos coge algún rato por su cuenta la oirás tronar contra todo *lo del día.* No le gustan más casas que las construídas con piedra berroqueña, no lee más poetas que los del siglo de oro, prefiere una buena silla de postas a un tren expreso, y cuando por distraer sus ocios se

sienta ante su piano, tan viejo como ella, lo más moderno que toca es algún fragmento de las primeras óperas de Bellini. En vano le he traído las mejores novelas últimamente celebradas y las partituras de las óperas que alcanzan más justa boga; dice que ya no hay amena literatura y que el arte muere por falta de poesía. Yo no estoy conforme con nada de esto, pero oyéndola me distraigo, y te confieso que algunas veces sus ideas resultan verdaderamente originales. Su fisonomía, su continente, hasta sus ropas, todo su aspecto le prestan cierto sabor vetusto, semejante a las impresiones que despierta en el ánimo la lectura de una novela de hace ochenta y tantos años... que serán los que ella tenga.

—Es decir, que vas a presentarme una contemporánea de Napoleón I y de Godoy.

—Sí, una personalidad de que no es posible formar idea sino conociéndola.

Al cabo de una hora, se detuvo el tren en no recuerdo qué estación, nos apeamos, montamos en un coche viejisimo con que un criado había salido a esperarnos, y a los tres cuartos de hora estabamos a la entrada del corralón que circuía la casa.

Daban sombra espesa al edificio los más soberbios tilos que he visto en mi vida; oíase continuo el rumor que producía el chorro de una fuente inmediata, y por entre los troncos del arbolado se descubría parte de la fachada del an-

tiguo apeadero de caza de Felipe IV, cuyas rejas estaban medio cubiertas por plantas trepadoras de ramaje oscuro, esmaltado por los tonos brillantes de las flores. Ante la puerta, y sentada en una silla baja, estaba doña Georgia, que era rugosa, delgada y pequeñita; casi la maga de un cuento para niños. Junto a sí tenía un costurero que parecía arrancado a una lámina de las obras de Madama Stael.

Lo primero que me causó asombro fué verla hacer calceta sin antiparras, gafas ni otro artificio con que pudieran ayudarse sus ojos; luego observé que éstos debían de haber sido bellísimos, pues aunque amortiguado su brillo por los años y ajada la tersura de los párpados, conservaban cierta animación y viveza encantadoras. Vestía traje de tela oscura, tan antigua como ella, adornado con bordaditos menudos hechos con abalorios, y sobre los hombros un chal verde-mirto con puntos rojos, todo ello muy usado, casi raído, pero limpísimo. Por bajo de la falda asomaban sus pies pequeños, calzados con zapatos de paño, y caído junto al costurero había un grueso cayado que usaba para apoyarse al andar. Encima del costurero, en un cestillo de mimbre, tenía el ovillo del hilo, el palitroque de hacer media y una caja de rapé con una miniatura en la tapa. Pero lo que más me sorprendió fué la papalina que llevaba puesta, porque yo había leído, no sé dónde, que

esta clase de tocado mujeril nunca llegó a generalizarse en España, y que sólo la usaron entre nuestras abuelas las señoras muy principales, de donde inferí que doña Georgia debió de ser en sus buenos tiempos persona de muchas campanillas, al menos de desahogada posición. Mi amigo la saludó cariñosamente y ella contestó con afabilidad; yo le hice una respetuosa inclinación de cabeza y entramos en la casa. En el zaguán me dijo Pepe:

—Luego te presentaré.

* * *

La presentación se verificó por la tarde, a tiempo que doña Georgia salía a dar como paseo la vuelta de la casa, doblemente apoyada en el cayado y en el brazo de una criada; yo, deseando aprovechar los instantes para hablar con ella, y por saber si su conversación correspondía a la inteligencia que revelaban sus ojos, le rogué que aceptara mi brazo en sustitución del de la doncella. Tomólo en seguida, y ajustando mi paso al suyo, andando muy despacio por bajo los frondosos tilos, hablamos de esta suerte. Y aquí quiero decir que la voz de doña Georgia era de un timbre tan juvenil y dulce que no parecía salir de su envejecido cuerpo, sino que semejaba acento de mozuela fresca y vivaracha.

—¿Conque es usted literato, eh? Pepe me ha dicho que viene usted a pasar aquí dos días como quien, hastiado de lo falso, anda en busca de lo verdadero. Hace usted bien; donde hay mucha gente todo es farsa. Madrid... la corte... todo, todo mentira. Perdone usted esta franqueza a que me dan derecho mis ochenta años... pero no hay verdad sino aquí, en el seno de la Naturaleza... porque le advierto a usted que para mí el hombre, la mujer y cuanto es obra suya... todo es puro artificio y mera falsedad. Yo establezco absoluta separación entre la especie humana y la Naturaleza externa. Cuantos seres tienen voluntad y entendimiento se agrían y ensoberbecen. La razón es el eterno insurrecto. Luzbel era espíritu puro, y se sublevó contra Dios; pero nadie sabe que los vegetales ni las bestias infrinjan la ley de la vida a que les sujetó la omnipotencia divina. El pensamiento humano tiende a lo maravilloso, es enemigo de la verdad, y cuando crea engendra falsedades..., y las peores de todas son las que más deleitan, las que constituyen eso que llaman ustedes arte y literatura. Esta es teoría mía, exclusivamente mía, no leída en parte alguna. La verdad es Dios, y lo que al quedar hecho por *Él* carece de voluntad para modificarse o pervertirse. Lo real y positivo, exento de torpeza y error, sólo radica en la Naturaleza, independiente y bravía: por eso vivo aquí lejos de las gentes. Mi bello ideal sería rodearme de ob-

jetos o seres sin albedrío, sujetos a realizar inconscientemente el fin para que fueron creados...

Doña Georgia me causaba indecible sorpresa. Jamás había yo escuchado tan rara y barajada colección de ideas atinadas y disparates.

—Mucho le choca a usted todo esto—prosiguió—, mas no le quepa a usted duda: son verdad el placer que causa a la vista la galanura de los campos, el temor sagrado que inspira la inmensidad del cielo, el regocijo que despierta la gratitud de la tierra cuando por cada grano vuelve una espiga, y esta delicia de ensanchar las fauces para que llegue hasta el pulmón el aire cargado de oxígeno, y lo es también el profundo sueño con que aquí termina la placidez del día como muerte tranquila tras vida honrada...; pero en los grandes centros de población, donde no impera Naturaleza, sino el hombre, no hay anchurosidad para los ojos, que tropiezan con casas feas; el cielo está empañado con el humo de las fábricas; el suelo es polvo de grandezas caídas o barro en que resbala la virtud desdichada; el aire lleva de unos aposentos a otros los gérmenes de las enfermedades, y tras la agitación febril del día el sueño es a la noche desasosegado, inquieto, pavoroso, como el estado de la conciencia después de haber delinquido...

No había medio de meter baza. Doña Georgia hablaba sin esperar ni pedir respuesta, mas yo no me enojaba por ello, pues no era mi deseo

darme a conocer, sino estudiarla, observándola como pudiera examinar un cuadro viejo o un documento antiguo.

—Literato... literato...—continuó diciendo con cierta entonación casi despreciativa—. Tampoco—añadió—hay ya literatura, porque falta sinceridad a los que escriben, y sin ella no existe poesía. ¿O es usted de los que creen posible la literatura divorciada de la poesía, poniendo empeño en persuadirnos de que no cabe en la verdad encanto ni dulzura, de que todo lo real es doloroso y amargo? ¿Conciben ustedes que puedan servir de base al arte dos principios opuestos como no recuerdo en qué antigua religión de Oriente? ¿Piensan ustedes que hay dos mundos antagónicos, uno en que lo malo siempre es cierto, y otro en que lo bueno es constantemente verdad? ¿Imaginan ustedes que en la realidad no hay poesía? El crimen, la pena, el error, el vicio y la desgracia, pasan hoy por cosa cierta y evidente; el bien, la alegría, la verdad, la virtud y la dicha, tiénense por mentira. El arte de hoy es un arte negro, pavoroso: los antiguos eran más realistas: junto al infortunio de Admeto, ponían la ternura de Alcestes; junto al sufrimiento de Eneas, la piedad de Anquises; al extraviado Ulises no le faltaron esposa que le aguardase bordando y perro que expirase de gozo al verle regresar. Hoy pintan ustedes con asfalto; pretendiendo interpretar la Naturaleza,

la calumnian, porque ella, siempre sabia, produce la belleza por contrastes. El sol hace brillar como si fuera de plata fundida los bordes de la más atenazada nube; en el fondo de la sima más espantable no faltan nunca granos de arena relucientes como piedras preciosas, y la más enfurecida ola es la que arroja a la playa mayor número de nacaradas conchas. Veo que sonríe usted burlonamente, pero estoy persuadida de que tengo razón. Harto sé que ahora califican ustedes de *cursi* todo lo que entusiasma o conmueve: la libertad, el patriotismo, el amor, cuanto lleva en sí germen de poesía.

Aquí me permití interrumpir a doña Georgia, no por el gusto de contradecirla, sino dándole motivo para que siguiese exponiendo aquellas ideas, unas desprovistas de fundamento, otras tan atinadas.

—Usted—dije—cree que vivimos en pleno convencionalismo, y no acepta la tendencia basada en reflejar lo más amargo y negro de la vida para que lo evitemos.

—Exactamente—replicó—; porque la vida no es toda sufrimiento ni toda regocijo, como no es el rosal todo flor ni todo espinas, y la literatura no debe inspirarse premeditadamente en un solo aspecto de la existencia humana, sino reflejarla entera, variada hasta lo infinito, al igual de aquellos panoramas en que por arte de magia el príncipe indio de la leyenda veía surgir

ante sus ojos en abigarrado tropel la dicha, el dolor, la desesperación y la fe, la caridad y el egoísmo, el apocamiento y el valor, la mezquindad y la grandeza, tal como andan desparramados por la mano de Dios sobre el haz de la tierra... La vida es un río, cuya corriente, serena o enturbiada, arrastra juntamente inmundicias que recoge de la orilla y limpias guijas que ruedan por el fondo, y entre las cuales alguna vez van granos de oro. ¿Por qué han de labrar ustedes un arte formado sólo de lo impuro y grosero, estatua de barro con ropajes de andrajos, sin primor ni joya que la embellezca y adorne?

Empecé escuchando a doña Georgia sin conseguir evitar que en mis labios se dibujara una sonrisilla burlona y, poco a poco, iba comprendiendo que no le faltaba razón en alguna de las cosas que decía.

De pronto, sin cuidarse de lo que yo pensase, dió nuevo rumbo a sus ideas diciéndome:

—En mi vida, que pudiera servir de base a una novela, hay un episodio donde están íntimamente confundidos mucho de lo bueno y malo que cabe en el corazón humano. ¿Quiere usted que se lo cuente?

Sentóse doña Georgia en una silla de tijera, que a prevención traía la doncella que nos iba siguiendo, y comenzó su narración de este modo

*
* *

—Por dar fin a un pleito de familia, mis abuelos casaron a mi madre con un deudo suyo que casi le doblaba la edad. El primer año de matrimonio fué venturoso, a pesar de aquella desproporción, pero a poco de nacer yo mi padre perdió todo su caudal y desapareció de Madrid. Vivimos unos cuantos meses con el producto de la venta de las alhajas de mamá y de varios objetos artísticos, hasta que, pasado algún tiempo, empezamos a recibir cartas de mi padre y en ellas, periódicamente, una modesta cantidad de dinero; la estrictamente necesaria para vivir sin trabajar. Puede usted suponer que la primera disposición de mi madre fué alquilar una habitación más barata que la que hasta entonces disfrutábamos. Así transcurrieron diez años; yo creciendo sin padre, y mi madre malgastando lo mejor de su vida en forzosa viudez. De pronto, sin haber recibido aviso ninguno, sin que lo justificara por parte de mi madre la menor culpa, volvieron a faltar las cartas y el dinero que en ellas enviaba mi padre. Juzgando por los muchos años que debía tener, supusimos que habría muerto, pero no logramos saberlo con certeza. Nuestras indagaciones no dieron más resultado sino saber que había desaparecido de la ciudad chilena desde donde antes nos escribía: ni los cónsules ni los banqueros a quienes encargamos su busca, pudieron averiguar otra noticia. En tal estado las cosas, el dueño de la casa donde vivíamos, hom

bre joven, rico y de alma nobilísima, se prendó de mi madre y pretendió enamorarla; mas ella le rechazó sin alentar su esperanza y hasta quiso que nos mudáramos de domicilio; pero nuestra situación llegó a ser tan apurada por entonces, que aun para ese mezquino gasto faltó lo necesario. Don Juan—que así se llamaba el caballero enamorado de mi madre—aprovechó las circunstancias, y a fuerza de ingenio, paciencia y sinceridad acabó por convencerla de que era profundo el cariño que la profesaba. Caí gravemente enferma y tal fué entonces la conducta de don Juan, se mostró tan bueno y generoso, que la entereza de mi madre, movida del agradecimiento, fué transformándose en vivísima simpatía: este apacible sentimiento se trocó poco a poco en otro más vehemente... En fin, sirvan de disculpa a la falta de mi madre su hermosura, su juventud, la noble conducta de don Juan, cuya generosidad no fué astucia, sino resultado del amor que sentía, y por último la completa ignorancia de lo que a mi padre pudo haberle sucedido en tanto tiempo. A todo esto había yo cumplido quince años.

Don Juan vivía en el piso principal de la casa; nosotras en el segundo, pero hacíamos vida en común. Jamás vi, sin embargo, nada que al recordarlo andando el tiempo, me haya parecido indecoroso; mas, a pesar de mi edad, la vida cortesana me había enseñado lo bastante para po-

der apreciar lo falso e ilegal de semejante situación. Harto sabía yo que mi madre estaba en relaciones amorosas con aquel hombre, y muchas veces me entristeció la mancha que oscurecía nuestra vida; pero apenas me asaltaban tales ideas, apenas juzgaba culpable a mi pobre madre, consideraba que la conducta de don Juan durante mi grave enfermedad fué la ocasión de que flaquease y se rindiera su virtud. Por otra parte, si don Juan mostraba amor a la que me había llevado en su seno, a mí me cobró un cariño verdaderamente paternal. Acaso no pueda justificarse nunca ni por nada el adulterio, mas si alguno en el mundo ha tenido disculpa, fué aquél... Yo era, en el más alto y noble sentido de la palabra, el confidente de mi madre y de don Juan. No había pena, esperanza, dolor ni alegría que no me confiara cada cual por su lado, como si mostrándome el vivo afecto que se profesaban y poniendo empeño en descubrirme hasta lo más recóndito de sus almas, quisieran atenuar a mis ojos su amoroso delito. De vez en cuando, se entristecían y malhumoraban, por un desaire de una familia amiga, o por cualquier otra inevitable consecuencia de aquella existencia irregular y censurable; pero todas sus penas se disipaban ante el cariñoso afán que ambos ponían en evitarse mutuamente los disgustos. De pronto todo cambió... Mi madre procuraba aparecer tranquila y sonriente mientras Juan estaba

a su lado, pero en viéndose sola, porque también a mí se me ocultaba, no cesaba de llorar. El, como hombre, sabía fingir mejor, pero yo me persuadí pronto de que padecía mucho moralmente: aunque estaba con mi madre tan rendido como antes, apenas paraba en casa, como si temiera que el rostro delatara sus cavilaciones. Por fin, una tarde que salimos solos de paseo, Juan me dijo poco más o menos estas palabras: «Tu padre ha muerto: lo sé hace dos meses y no me atrevo a decírselo a tu madre... Os queda una gran fortuna. No ignoras que, por encargo mío, un empleado del Ministerio de Estado, a quien me une estrecha amistad, ha procurado constantemente averiguar su paradero. Pues bien; el cónsul de Valparaíso ha remitido la partida de defunción y una copia de los documentos recogidos en su domicilio por las autoridades del país, de los cuales se desprende que poseía grandes riquezas, y que, atormentado en sus últimos días por el remordimiento del abandono en que os dejó, hizo testamento en regla. Y no creas que la herencia es cosa de poco más o menos; sois poderosas, dueñas de una de esas fortunas que sólo en América se pueden hacer rápidamente. Además, la documentación está tan completa y tan claros los negocios que tenía pendientes, que acaso en el correo próximo empecéis a recibir cuantiosas sumas... Ya comprenderás que tengo forzosamente que separarme de vosotras... Si tu

padre hubiese muerto pobre, a estas horas se lo hubiese dicho yo a tu madre pidiéndole que nos casásemos en seguida; mas esa fortuna con que la suerte os favorece labra mi desdicha. Todo el mundo creería que me casaba por interés... Tal vez me importase poco la maledicencia de las gentes; pero ¿y si llegase un día en que, trastornada por la riqueza, lo pensara *ella* también?» Los ojos de aquel hombre se arrasaron en lágrimas, me estrechó contra su pecho... y yo lloré también, no por la muerte de mi padre, sino por la amargura del amante de mi madre. Comprendí que tenía razón: ¿cuál es el alma que no se tuerce y malea con los halagos de la fortuna? Durante muchos días no dejé de pensar en el caso sin que se me ocurriera remedio a mal tan grande y que venía envuelto en tanto dinero...

Mi madre seguía también melancólica y ensimismada. Una noche que nos quedamos solas en casa, me confió la causa de su pena: «Sabe—dijo entre sollozos y suspiros—que tu padre ha muerto y que, aborreciendo a última hora todo el daño que nos hizo, ha testado a nuestro favor. Dolida de lo mal que se portó con nosotras, esperaba yo su muerte para legitimar el amor que me une a Juan, y tenía pedido a persona de toda confianza, relacionada con una casa de banca que negocia con América, que no dejase nunca de hacer gestiones para averiguar el paradero de tu padre. Esa persona me ha traído la nueva: la

muerte es indudable; ahí tengo guardada en un mueblecillo la partida de defunción y con ella las pruebas irrecusables, claras y terminantes de que somos inmensamente ricas. Y ahora temo si será locura procurar mi casamiento. Juan me ha querido mientras ha podido suponer que yo le amaba libremente, con esa libertad creada por lo anómalo de mi situación; yo era libre, pero no podía unirme a él; era suya, mas podía negarme a serlo el día que quisiera; ahora, si me caso, le perteneceré de derecho, y quizá el amor que le lisonjeó cuando luchaba con obstáculos no le parezca deseable pudiendo legitimarlo. Tal vez al ganar un esposo, pierda un compañero cariñoso y rendido. Además, ¿no supondrá que la oferta de mi mano, y con ella la de mi fortuna, es el pago de los beneficios que le debemos? ¿No tendrá motivo para creer que me impulsa antes la gratitud que el amor?»

Doña Georgia refería esto con la mayor naturalidad, como si hablase de gentes a ella extrañas: era tan viejecita y lo veía todo tan lejos, tan esfumado entre las sombras de lo pasado, que narraba lo honroso y lo desfavorable a su propia madre cual si estuviera relatando un cuento.

—Así transcurrieron—continuó—unas cuantas semanas hasta que me convencí de que la situación era absurda y peligrosa. Entonces, conociéndoles como les conocía, segura de que ellos no habían de poner remedio, lo puse yo.

Muchos recursos imaginé, mil novelescos artificios se me vinieron al magín para poner término al conflicto, y al cabo adopté el que me pareció más enérgico y seguro. Una mañana les rogué que almorzásemos los tres juntos, cosa que no sucedía desde que les acometió la tristeza; y de sobremesa, cuando Juan se levantó para marcharse, dije: «Quédate, tenemos que hablar.» —Y poniéndome muy seria continué: —«Tengo diez y siete años, pero lo anómalo de nuestra situación me ha aguzado el ingenio y la malicia, que si hasta hoy me han servido para comprender que no podía menos de aceptar lo irregular de la posición que en la sociedad ocupamos, hoy tienen que serme de mayor utilidad. ¿Imagináis que no pensaba en el remedio del mal que nos aflige? Nunca he deseado la muerte de mi padre, a quien puedo decir que no he conocido por culpa suya; mas, sin desearla, desde que tuve uso de razón formé inquebrantable propósito de no aceptar ni sancionar con mi presencia cuando él muriese esta vida, que había de llegar a ser insostenible honradamente; me escogisteis por confidente de vuestras penas, y al aligerar vuestro dolor diciéndome lo que sufríais, cargasteis mi alma con las angustias de ambos. Acepté la comunicación de la tristeza, me resigné a presenciar el amor culpable pero desgraciado; ahora me niego a ser cómplice del amor propio que os impulsa a re-

chazar vanidosamente lo mismo que deseáis. Y si no fuera ese vuestro deseo, consideraría feo delito voluntario lo que hasta hoy juzgué falta aminorada por la pasión y facilitada por las contrariedades de la suerte. Tú, madre mía, resígnate a ser querida con el tranquilo afecto que se siente hacia lo propio, sin pretender inspirar el nervioso anhelo de quien goza lo ajeno; y tú, Juan, si antes diste ocasión a que las gentes creyeran que por ser rico te quería una mujer abandonada, aguántate ahora si alguien murmura que la amante próspera paga su deuda trocando al enamorado espléndido en esposo enriquecido... Todo lo tengo dispuesto—añadí—; elegid: casarse o perderme, porque saldré para siempre de esta casa, y reflexionad que mi partida será ante el mundo la condenación de vuestra conducta, pues la conciencia pública dirá que la hija que supo doblegarse a transigir con la fatalidad, se resistió a pactar con la vergüenza.»

Me levanté para salir del comedor, pero antes que llegase a la puerta, mi madre y Juan, conteniendo el deseo de arrojarse uno en brazos de otro, se tendieron mutua y simultáneamente las manos. Al mes estaban casados. Yo bien sabía que con un poco de hipocresía y lo ricos que eran, la sociedad les disculparía siempre. ¡Figúrese usted! Entre la fortuna de Juan y el oro que nos mandaban de América, había para

redimir todas las situaciones falsas, todos los amancebamientos de Madrid...

—Entonces...

—Les casé porque se amaban.

Me quedé atónito.

—Y ahora, señor mío—prosiguió doña Georgia—, haga usted el favor de decirme si este episodio de mi vida, con ser enteramente verídico y por ende bueno para una novela, no está impregnado de poesía; puedo decirlo, pues no es cosa inventada por mí. ¿A qué vendría, en quien literalmente lo narrase, el empeño de ennegrecer las tintas oscuras, que por cierto en el cuadro no faltan? Recuerde usted conmigo los elementos que han entrado en el relato. Mujer joven mal casada, esposo y padre culpable del más injustificado abandono, hombre que enamora a la abandonada, adulterio, inmoralidad de los adúlteros en hacer a una niña confidente y casi cómplice de su pasión; llegado el momento propicio a la reparación de tanto daño, explosión de un doble y bastardo amor propio, ciega estimación de sí mismos, que les impulsaba a perseverar en el delito como saboreando su enervante aroma; y por último yo, aquella niña a quien la propia picardía y lo anormal de la situación habían ensanchado la malicia, convirtiéndome en remediadora de la culpa, no por la repugnancia que la culpa misma inspirase, sino dominada y seducida por el misterioso in-

flujo del amor, que me hizo discurrir y hablar en nombre de la moral para remediar el mal que hizo la pasión...

Así anda todo en la vida mezclado, confuso, revuelto: no hay sentimiento puro que no se tizne con algo de egoísmo, ni alma tan cerrada al bien que en algún instante y por algún misterioso camino no perciba el resplandor de la conciencia. ¿Por qué, señor literato—terminó doña Georgia—, insisten ustedes en divorciar la literatura de la poesía, cuando en la vida no son absolutamente incompatibles lo real y lo poético? Acuérdese usted de lo que antes le dije: el mismo río cuya superficie se cubre con sucio manto de madejas de légamo, arrastra en su fondo arenas de oro; y las nubes negras, pavorosas, suelen mostrar los bordes festoneados de oro por los rayos del sol.

Calló doña Georgia, y entrándonos en el zaguán de la casa dimos por concluído el paseo. Ella estaba cansada; yo, pensativo en lo que su narración me sugería, no encontraba palabras para expresar el desorden de mis ideas. Creí al principio ver en aquella señora un tipo risible y acabé por convencerme de que en muchas cosas tenía razón...

*
* *

A la tarde siguiente me despedí de ella prometiendo volver a verla. Luego, cuando, cerrada la noche, volvíamos camino de Madrid, recordé a la viejecita con cariñosa simpatía, diciéndome:

«¿Será verdad que estamos, aun los más sinceros, contribuyendo a crear una literatura exclusivista, de escuela y, en una palabra, amanerada y falsa?»

. . . .

Avanzaba el tren rápidamente, quedaba muy lejos Valdelosfresnos y todavía me parecía escuchar la argentina voz y tener ante los ojos la figurilla de doña Georgia, apergaminada, escéptica y desengañada, pero con las pupilas irradiando luz y el alma empapada de saludable y consoladora poesía.

VIRTUDES PREMIADAS

Le conocí hace algunos años en aquel café de Bayona donde, desde hace medio siglo, entre conspiraciones e indultos, refrescan y se aburren los emigrados españoles. ¡Cuántas sonrisas de alegría o incredulidad han reflejado aquellos espejos! ¡Cuántos suspiros de desaliento se han estrellado en los bordes de aquellas tazas! ¡Qué de hombres se han despedido ante aquellas mesas soñando despiertos con la esperanza para verla luego destruída y frustrada más acá de los Pirineos!

Se llamaba don León María de Regio, pasaba de los cincuenta, y en sus buenos tiempos debió de ser un real mozo. Era de estatura más que mediana, de pocas carnes, rostrilargo, las facciones angulosas, la mirada noble y franca, como su carácter. Llevaba el pelo, ya canoso, cortado a modo de cepillo, y bigotes blancos, que bajo el labio superior amarilleaban por el abuso del tabaco, retorciéndose luego hacia los lados en guías recias y largas. Como tenía poco

dinero no iba elegante, pero lo era. En su aspecto dominaba ese aire marcial de los soldados viejos que, poniendo empeño en demostrar que lo han sido, parece, aunque anden solos y aburridos, que caminan al frente de un batallón. Vestía modestamente, llevando siempre las botas lustrosísimas, y la ropa raída, más de puro cepillada que del uso. Gustábale que sólo por el traje se conociese que era hombre acostumbrado a la pólvora y al mando, y a semejanza de los oficiales franceses cuando van de paisano, su prenda preferida era la levita negra, larga, abotonada hasta el cuello, sin que jamás se le olvidara ponerse en el ojal alguna de las seis o siete cintas que tenía derecho a lucir, no debidas a complacencias de amigo ni siquiera a trabajos oficinescos, sino ganadas en los campos de batalla. Sus prendas morales le hacían primero simpático y luego digno de respeto. La dulzura, la bondad y la paciencia estaban tenazmente arraigadas en su corazón; era tan valiente como el que más, y tan caballeroso como Don Quijote, a quien en lo físico se asemejaba mucho. Respecto a penetración e inteligencia no tenía gran cosa que agradecer a la naturaleza ni a sus padres, porque era tardo en comprender, desmemoriado, terco y de cortos alcances. En la virtud militar de la obediencia podía comparársele a los mejores. Aquel artículo de la ordenanza que dice con hermoso laconismo: «el

oficial encargado de defender un puesto lo hará», parecía escrito por él; pero en cuanto a iniciativa e impulsos propios era lo que se llama un pobrecito. Sólo en una ocasión, hallándose al frente de un destacamento, en marcha nocturna, se arriesgó a ordenar el ataque. Vió un edificio que le pareció fortín construído por los liberales a la ladera del camino, y dispuso la embestida: cuatro horas estuvo haciendo fuego, hasta que al clarear el día comprendió que sus tropas se habían pasado la noche acribillando a balazos la ermita de San Pedro de Churritolaetagueta. Los proyectiles, que penetraron hasta el altar, astillaron puertas y ventanas, destrozando la sagrada imagen y dejándola a fuerza de agujeros como si el santo acabase de sufrir viruela negra. Mohino y confuso siguió la ruta que le estaba marcada, pero a las pocas horas quedó sinceramente persuadido de que los liberales habían huído a los primeros disparos, y al frente de sus tropas entró en el pueblo cercano más satisfecho que Napoleón en El Cairo.

Era católico apostólico romano, y el exceso de la fe le hacía intolerante, único lunar que afeaba aquellas virtudes de dulzura, bondad y paciencia. Su madre, devota con ribetes de beata, fué una de tantas ignorantes para quienes judío y malvado, hereje y criminal, son palabras sinónimas, y a él tampoco se le alcanzaba más. Pasados los cuarenta fué a Roma por

contrata, en tren de peregrinos; vió al Padre Santo en una solemnidad de gran espectáculo, y se quedó asombrado ante los esplendores del fausto católico, a pesar de lo cual siguió creyendo a pie juntillas en la *paja del Vaticano*, mostrándose siempre dispuesto a romperse el alma con quien negase que el pobrecito Papa estaba cautivo y aherrojado. Era carlista: primero, porque lo fué su padre, y segundo, porque ignoraba lo que representa la monarquía absoluta en la historia de España. Su entusiasmo carlista nacía también de una buena condición: el espíritu de lealtad. El culto a la desgracia y la simpatía hacia el vencido, tenían para su alma hermosa prestigio incomparable. El que a él se le antojaba *Rey* desposeído y desterrado, le parecía cien veces más digno de respeto que un soberano poseedor del trono y cercado de aduladores.

El padre de don León se portó como un héroe durante la primera guerra civil: llegó a general, consejero áulico de don Carlos, y poco antes de caer herido de muerte en el sitio de Bilbao, junto a Zumalacárregui, obtuvo la gracia de alférez para su hijo. Al hacerse la paz de Vergara tenía ya éste el grado de capitán. No quiso entonces acogerse al convenio, y emigró; pero a los pocos años volvió a España, fijando su residencia en Madrid.

Como por las glorias de su padre era don

León muy considerado entre los parciales del carlismo, alternaba con gentes de privilegiada posición social, y gracias a unos cuantos miles de duros que le dejó un tío materno, tenía más de lo que para sí necesitaba, dada la modestia de sus aspiraciones.

Harto de patronas y pupileras, allá por los años de cuarenta y tantos, puso casa; mas convencido pronto de que un hombre solo siempre es víctima preferida de sisonas y ladrones domésticos, pensó en casarse. Cortejó a una muchacha bonita y pobre, que vió el cielo abierto, y tras un noviazgo muy corto la hizo su legítima esposa con las tristes formalidades de costumbre. Tuvo luego, en el espacio de dos años, un niño y una niña; después, con ocasión de un malparto, su pobre mujer enfermó y murió, repitiéndose entonces en el viudo un fenómeno mucho más vulgar de lo que parece.

Don León, que fué pretendiente tibio y novio desapasionado, había llegado a enamorarse perdidamente de su mujer y al verla muerta la lloró con toda su alma: hasta tuvo ideas de suicidio, pero pasada la primera y más brutal arremetida del dolor reconcentró en sus hijos aquel tesoro de cariño. En otras circunstancias hubiera llegado a ser un tipo como el *père Goriot* de Balzac: en Madrid, dadas sus condiciones de carácter y la vida que hacía, cometió infinitas torpezas en la educación de sus hijos. Al chico

le puso de medio interno en un colegio dirigido por un fraile exclaustrado que no enseñaba sino a media docena de muchachos de familias linajudas y ricas, cuyos padres, seguros de lo por venir, se cuidaban poco de que aprendiesen o dejaran de aprender. Gracias a la rentita que le proporcionaban los que debieran ser discípulos, iba el ex frailuco tirando cuesta arriba por el áspero camino de la vida, mientras los mozalbetes pasaban la más grata existencia del mundo mascullando algo de latín, rezando mucho, desgastando las baldosas de la escuela a fuerza de jugar al trompo, y divirtiéndose en clase más que fuera de ella. De Geografía sabían que el Ebro desemboca en los Pirineos; de Historia, que el apóstol Santiago bajó en un caballo blanco para tomar parte en la conquista de Granada, y de Geometría, repetían con su maestro que la *circunferencia es una línea recta que envuelve y da vuelta al círculo.*

A la niña la metió de educanda en un convento donde pasaba lo más del tiempo entre salves y letanías, sin aprender otra cosa que un centenar de palabras francesas mal pronunciadas, y media docena de labores monjiles.

Lo peor fué que ambos hermanos, él en el colegio y ella en el convento, contaminados de condiscípulos linajudos y *hermanitas* hipócritas, cobraron una vanidad insoportable.

Fué aviejándose don León, hiciéronse la niña

pollita, el chico mozo, y aquí comenzó el padre a padecer.

Luisita no pensaba más que en lazos, moños y perendengues; la mayor delicia de Carlitos era lucir corbatas nuevas y alquilar caballos en que ir de paseo a la cola de quien los tenía propios; ella no cuidaba de la casa ni atendía a su pobre padre, y a él jamás se le pasó por las mientes que debía trabajar.

Comía don León peor que en sus épocas de pupilaje; planchábanle mal las camisas; botón caído era cosa perdida, y de puro desfilachados, llevaba con flecos los puños y bocamangas, a pesar de lo cual pagaba, no sólo con mansedumbre, sino hasta con cierta satisfacción, cuentas relativamente exorbitantes de trajes y perifollos para Luisita, de sastres y camiseros para Carlitos.

Este último, a poco de cumplidos los veintidós años, puso los ojos en una señorita huérfana de madre, rica, e hija única de un ex ministro liberal de gran influencia. Los padres de los novios no vieron el noviazgo con gusto: don León, porque el hombre que querían hacerle tragar como consuegro era de los que habían votado el matrimonio civil y la exclaustración de *las pobres monjitas;* y el ex ministro liberal, porque, dada su envidiable posición, esperaba emparentar con persona más pingorotuda que un *titulado* capitán carlista.

La travesura del joven salvó todos los obstáculos. Sobornando a una criada logró entrar varias noches en casa de la novia, con escándalo de la vecindad—donde había dos o tres señoras casadas que hacían cosas peores—y una madrugada, al volver el papá de la tertulia progresista, sorprendió a los tortolitos en diálogo tan íntimo, que no hubo más remedio sino casarlos, ayudando al novio con un empleo según costumbre. La casa se la puso don León.

Al año siguiente le tocó el turno a Luisita. Cansada de ser ama de llaves, como ella decía aunque de nada cuidaba, se dejó cortejar por un hombre relativamente viejo, y de tanta desenvoltura hizo alarde, tales imprudencias cometió representando el papel de novia entusiasmada, que también fué preciso casarla más que a paso.

La sacudida moral que con estos disgustos experimentó don León fué tremenda, y además, guiado de torpe amor propio y mal entendido cariño, gastó tanto en poner casa y regalar a sus hijos, que sufrieron sus intereses gran quebranto.

Todavía resultó daño más lastimoso la horrible soledad en que vino a quedar; porque ya no era el solterón alegre y libre, obligado a luchar sólo con criados infieles y dueñas de hospedaje, sino el pobre viudo que tenía el alma llena de recuerdos, y el infeliz padre brutalmente

abandonado por sus hijos. La indiferencia de Carlos y el egoísmo de Luisa estallaron a poco de hacer hogar aparte.

Llegó en esto la época más agitada de la revolución de Septiembre, surgió la segunda guerra civil y alzarónse en armas los facciosos al mismo tiempo que, según frase de don León, *se desbordaba la hidra demagógica.*

No hay modo de expresar el movimiento de simpatía con que acogió las correrías de los primeros cabecillas que se echaron al campo. Recrudeciósele el entusiasmo por *la santa causa* y en aquellos meses en que la Bolsa bajaba un entero por día, él, imaginando inmediato el triunfo del *Señor,* jugó continua y desatalentadamente al alza. Cinco liquidaciones bastaron para que las noticias falsas y las esperanzas mal fundadas, cien veces más engañosas, diesen al traste con casi todo su peculio. Entonces, un poco aguijoneado por la necesidad, y un mucho espoleado por la exacerbación del fanatismo político, se le metió en la cabeza la idea de que no podía permanecer inactivo ante los desórdenes de la revolución y los esfuerzos que para salvar a la patria hacían sus correligionarios. La conducta de sus hijos, cada día más despegados e ingratos, acabó de trastornarle. Cuando iba a comer a casa de Carlitos, lo cual acontecía de tarde en tarde, su nuera, la hija del ex ministro liberal, solía decirle: «Ya sabe usted

que tenemos gente; no vaya usted a cometer imprudencias; aquí no se puede defender a esos bandidos que andan por el Norte.» En cuanto a Luisita, no había miedo de que le convidase: con las cinco o seis pesetas que hubiera de gastar en el agasajo, tenía ella para media semana de costurera o peinadora.

Tan solo, empobrecido, abandonado y triste llegó a verse, que determinó marcharse de Madrid. ¿Y dónde había de ir sino a los lugares en que estaba trabada la batalla entre los defensores de la Religión y los sectarios de la odiosa libertad de cultos? Porque para don León la libertad de cultos era la suma, compendio y cifra de todas las calamidades que habían caído sobre España.

Por fin, cuando aquella brava y arriesgada correría del famoso cabecilla carlista, que alzando gentes en el Norte llegó hasta cerca de la provincia de Almería, don León creyó inmediato el día del triunfo, y juzgó conveniente aprovechar la oportunidad, no por codicia ni esperanzado en su propio medro, sino ansioso de contribuir al triunfo de la legitimidad. Reunió casi todo lo que le quedaba y jugó de nuevo al alza, pero la Bolsa dió un bajón espantoso, y el infeliz incauto, luego de religiosamente pagado lo que había perdido, vió con terror que sólo le quedaban unos cuantos miles de reales.

Con sus hijos no podía contar. Carlitos le llamó imbécil, Luisita se echó a reir oyéndole contar sus desventuras; y ambos, temiendo que les pidiera dinero o que quisiese irse a vivir con cualquiera de ellos, dieron en recibirle con despiadada frialdad. Además, Luisita tomó la costumbre de salir de compras y paseos precisamente a las horas en que su padre solía ir a verla; y la nuera, con consentimiento de Carlitos, si tenía visita le mandaba esperar en el cuarto de la costura, diciéndole cínicamente: «Ande usted, que los vejetes se rejuvenecen donde hay chicas.»

Ni cresos arruinados ni conquistadores vencidos sufrieron tanto como él con tales infamias. Recogióse a la triste soledad de su casita, ya desamparada de los muebles buenos, que hubo de malvender, y comenzó a subir la cuesta del martirio. Lo primero que hizo fué despedir a la única criada que tenía y acostumbrarse a madrugar. Casi al amanecer, medio muerto de vergüenza, bajaba a la calle por una copa de leche y tres buñuelos con que hacerse y tomar chocolate; luego se arreglaba la cama, cepillaba las ropas y daba betún a las botas. Su comida era un miserable cocido espumado por la portera. Un solo resto de pasadas grandezas se obstinó en conservar: la costumbre de ir diariamente al café de Platerías, donde se reunían unos cuantos carlistas para comentar *sotto voce*

las noticias de la guerra. Eran media docena de ilusos que hablaban como si el Pretendiente estuviese a las puertas de Madrid, discutiendo con tal entusiasmo, que ni siquiera se fijaban en que el pobre don León no tomaba café más que un par de veces por semana.

A consecuencia de una discusión muy agria que tuvo con aquellos amigotes sobre si en Luchana, cuando la otra guerra, cargó o dejó de cargar a tiempo un batallón de ligeros, sufrió un ataque al hígado que le postró ocho días en cama, pasándolos en tal abandono y escasez, que no pudo mandar a la botica por las drogas que caritativamente le recetó un médico de la vecindad. Entonces, una de aquellas noches, aterrado ante la idea de morir solo como un perro, pensó que valía más ir a buscar la muerte bravamente, combatiendo por su Dios, su patria y su Rey. Y lo que nació casi en forma de delirio, acabó por parecerle alto y nobilísimo propósito. Además, ya que sus hijos se avergonzaban del padre empobrecido, sería cosa de ver la cara que pusiesen cuando leyeran en los papeles que el coronel o brigadier don León de Regio había derrotado tantos o cuantos batallones liberales.

¿Coronel o brigadier? ¿Y por qué no? Harto sabía que los carlistas dispensaban grandes honores y acogían con los brazos abiertos a los veteranos de la primera guerra. ¿No llevaba el

glorioso apellido de su padre? ¿Pues qué menos que coronel?

Pocos días después, con dinero que le facilitó su confesor, se trasladó a Lisboa, de allí por mar a Burdeos, y luego por tierra a Bayona, donde la Junta organizadora de las fuerzas reales le confirió inmediatamente y en nombre del *Rey* el despacho de coronel. A la semana siguiente andaba tiroteándose con las columnas liberales en los campos de Guipúzcoa.

No tuvo el Pretendiente soldado más bravo, ni más leal, ni tampoco más torpe. Tales cosas hizo malamente, y otras buenas dejó de hacer, que hubieron de quitarle el mando, mas por no mortificarle, y en respeto al nombre que llevaba, le nombraron brigadier, haciéndole ayudante del *Rey*.

Terminada la guerra, antes a fuerza de oro que por fuerza de armas, como entonces se decía, las manos de don León no se mancharon con el dinero alfonsino. Fué de los últimos facciosos que salieron de España.

Una noche, más negra que la tristeza de sus almas, él y dos coroneles llegaron, guiados por un montañés leal, a la raya de Francia, y allí, en la encrucijada que formaban dos caminos, primero que dejarse desarmar por los gendarmes de la República francesa, todos tres sacaron los revolvers, dispararon al aire, resonando en sus oídos el fragor de los tiros como la salva

funeral de la causa perdida, y se los regalaron al guía. Luego, desenvainando las espadas y metiendo la punta entre las hendiduras de las peñas, hicieron saltar las hojas y arrojaron a un barranco las empuñaduras, mientras por las mejillas les corría, deshecha en lágrimas, algo así como rabia de valor frustrado y lealtad mal empleada.

¡Aborrecible causa y admirables soldados!

. . . .

. . . .

Poco tardaron en atarazarle el alma las amarguras de la emigración. Ya no era como en su juventud, cuando no quiso acogerse al convenio, el desterrado voluntario, casi rico y arrogante mozo que en tertulias y saraos traía encantadas a las damiselas francesas con el doble prestigio del valor desgraciado y la figura gallarda; sino el anciano pobre, achacoso, desengañado y vencido. Calles de Bayona y riberas del Adour, ¡cuántas veces le visteis pasear triste y solo, saboreando entre afligido y orgulloso su estéril lealtad!

Diariamente leía *en los papeles* que sus antiguos compañeros de armas se iban sometiendo a don Alfonso. ¡Cuán pocos eran los que, como él, se resignaban a ser cortesanos de la desgracia! Mas no era la suya resignación, sino convencimiento de haber cumplido como bueno. Cuantos menos leales iban quedando, mayor

entusiasmo sentía él por la causa del *Rey*. Funestos para la patria y para la Religión le parecieron los días de la República, pero aún le enfurecía y encorajaba más la restauración alfonsina; porque de los excesos de la demagogia algo provechoso podía resultar: las gentes cansadas tendrían que volver los ojos al verdadero Dios y al Rey legítimo, pero de la corrupción mansa, de aquellos gobiernos que compraban cabecillas carlistas demoralizando el partido, ¿qué se debía esperar? Unos emigrados aceptaban la legalidad, reconociendo cobarde y miserablemente por superiores a los mismos contra quienes habían combatido; otros, fingiendo protestar de los hechos consumados, paseaban en coche por las calles de Bayona y recorrían tiendas engalonando y feriando a sus mujeres con el fruto de la bien pagada traición. Del temple de don León había pocos.

Durante algunos meses vivió, aunque mal, de sus propios recursos: luego le otorgaron una pensión exigua, que aceptó gozoso, porque implicaba el reconocimiento de sus servicios: cada miserable franco, a él, por la grandeza de alma con que lo recibía, se le antojaba una onza de oro. Lo malo era que no pensaban lo mismo la dueña de la *maison garnie* donde vivía, ni el hostelero de la fonducha donde iba a comer. Quiso trabajar, pero ¿en qué? Para llevar correspondencia o libros de comercio no tenía

conocimiento de los negocios, ni siquiera buena letra. ¿Lecciones? ¿De qué? Sólo de lealtad podía darlas, y esas ¿quién las toma?

El primer invierno sintió amargura y soledad; al segundo le faltó cok para la estufa; al tercero penas y privaciones trajeron a la enfermedad de la mano. Entre la modorra que da la fiebre oyó pronunciar la palabra hospital, y entonces deseó morir. ¡Triste historia la de su vida! Los recuerdos gratos, ¡qué pocos! Las amarguras, ¡qué grandes! Niñez casi olvidada, juventud entrevista en la borrosa lejanía del tiempo... Algún amorío platónico y quijotesco, dos o tres conquistas en que el seducido fué él, y luego su mujer, su Luisa, el único ser que le había querido en el mundo... ¡Qué hijos!

Por desgracia suya, no murió entonces. Una mañana recibió la visita de un general carlista que tampoco había querido reconocer el gobierno de Madrid. Aquel hombre rico y generoso le dijo: «He sabido que está usted enfermo y en mala situación. Entre compañeros no debe haber delicadezas mal entendidas, ni amor propio... Conque, por lo pronto, aquí tiene usted dinero, mil francos, y luego..., créame usted, a España. Tan leal puede usted ser allá como aquí. Yo me encargo de que en Madrid le den a usted un buen empleo; en casa o empresa particular, por supuesto.» Quiso negarse a recibir el donativo y el consejo, pero su compañero de

armas le convenció con una bien intencionada y piadosa mentira, añadiendo: «No sea usted criatura. Vaya, las cosas claras... Allá *nos* hace usted falta. Vengo de parte de quien puede mandarle a usted.» No fué preciso más. Lo que no consiguieron el frío, el abandono y la pobreza, lo alcanzó el *nos* de aquella frase.

Apenas restablecido, convaleciente todavía, se acogió a uno de esos indultos que debilitan gobiernos sin extirpar rencores, y en un tren mixto, para que el viaje le costara menos, emprendió el regreso, mirando desde las ventanillas de un vagón de segunda aquellos campos donde sinceramente imaginaba haber realizado memorables proezas.

En el andén, entre la gente, vió don León dos muchachos que, abalanzándose al estribo de un vagón, bajaron a un viejo casi en brazos, aturdiéndole a besos y preguntas. A él no le espera nadie.

Hospedóse en una mala casa de pupilos y comenzó a vivir lo más económicamente que pudo, sin malgastar un real. Su protector le escribió que *esperase órdenes.*

Muchos días pasó dudando si debía ir a ver a Luisita y Carlos. Mal se habían portado, pero aún hallaba su imaginación de padre modo de atenuar tanta indiferencia y despego. Se le metió en la cabeza que Carlitos debía de estar mal aconsejado por su suegro, el ex ministro libe-

ral, y respecto de Luisa, ¿qué había de hacer una mujer casada sino obedecer a su marido? Además, en las almas buenas hace poca mella la ingratitud... Al fin y al cabo eran sus hijos. No pudo, no supo, no quiso dominar el ansia de verlos. Propúsose no solicitar ir a vivir con ninguno de ellos... pero si alguno se lo brindaba, ¡qué alegría! Casi concibió esperanzas.

A la chica pudo verla pronto, porque la pilló desprevenida, pero su hermano, avisado por ella, esquivó una semana el encontrarse con su padre. Al fin logró cogerles reunidos, mas la expansión de su ternura se estrelló contra una frialdad que no tuvo siquiera la hipocresía del disimulo. La entrevista fué corta. La niña dió a entender a su padre, en tono de chunga, que por fin había tenido que *hocicar* acogiéndose a indulto. Carlos le dijo ásperamente: «Me ha perjudicado usted mucho: mi suegro, que es la bondad en persona, quiso cederme el distrito, pero el gobierno no lo consintió, pretextando que mi padre era un carlistón furibundo y que sólo mi apellido me hacía sospechoso. Conque más claro, agua: usted tiene la culpa de que yo no haga camino.» Luego ambos convinieron en que papá estaba muy averiado y muy viejo. Don León comprendió que lo que ellos querían era no estrechar distancias, y sin quejas ni recriminaciones se despidió sonriendo cariñosamente, tomándolo todo en broma. Hasta fuera del portal no lloró.

Con los mil francos que recibiera en Bayona, quinientas pesetas más que le envió *el general* y el apoyo de cierta Junta secreta, vivió modestísimamente algunos meses, pero al cabo de año y medio murió su generoso protector y la Junta tuvo que suprimir por falta de fondos los donativos.

De sus antiguos amigos unos estaban en el destierro, otros habían aceptado la legalidad, y a éstos no quería él acercarse por considerarlo deshonroso; así que de ningún lado podía recibir auxilios. Su situación se hizo insostenible. Un día, al pagar a la patrona la quincena vencida, echó cuentas de lo que le quedaba, viendo que escasamente podría satisfacer otro par de meses de pupilaje. Al guardar aquel puñado de duros le temblaban los dedos como si estuviese azogado. Pasarían seis u ocho semanas, pero ¿y luego? No había que hacerse ilusiones: la miseria... la calle. ¡Quién sabe si hasta pedir limosna!

Tomaba ya su tristeza carácter de desesperación, cuando una tarde en el café—donde sólo iba de mirón, o como decía el mozo, de *calandria*—uno de los contertulios carlistas y neocatólicos le llamó aparte y, procurando dar a su rostro la expresión de quien juntamente hace un favor y teme ofender, le dijo de este modo:

—Hombre, la verdad, yo no me atrevía, pero me han dicho que su situación de usted no pue-

de ser peor. Espero que no se ofenderá usted. Quisiera poder proporcionarle cosa mejor... pero, en fin, ¿me promete usted no enfadarse? Bueno, pues yo tengo un destino para usted, es decir, me lo ha ofrecido un amigo mío, pero le advierto a usted que es un puesto... no sé cómo decirlo... vamos, de lo más humilde que hay.

—¿Decoroso?

—Hombre, a mí me parece decoroso todo lo que sea trabajar sin ofender a Dios ni al prójimo, ni ayudar a los liberales.

—¿Y qué destino es?

—Portero de la Academia Española.

El pobre don León se quedó aterrado; pálido y tragando con dificultad la saliva, repuso:

—¿Con uniforme y gorra de galones? Y tendré que ir de casa en casa avisando y llevando cartas?...

Dos lágrimas como dos gotas de plomo derretido se le asomaron a los ojos, comenzó a estremecerse nerviosamente y tuvo que sentarse para no caerse. Luego hizo un violento esfuerzo y poniéndose muy serio, como quien acaba de consultar con su conciencia, preguntó cándidamente:

—Y diga usted..., ¿esa colocación tendrá carácter político?

—No, señor.

—Entonces... ¿puede usted esperar cuarenta y ocho horas mi respuesta?

—No hay inconveniente.

—Pues pasado mañana le contestaré a usted.

Aquella misma noche escribió a su hijo la siguiente carta:

«Mi querido Carlitos: Me había propuesto no molestaros a ti ni a tu hermana, pero me veo en la precisión de hacerlo. Carezco de todo recurso: para este mes aún me quedan unas cuantas pesetas; el que viene me faltará qué comer, y, como puedes figurarte, la dueña de la casa en que vivo tardará poco en decirme que busque dónde estar. Un amigo me ofrece el destino de portero de la Academia Española. Puedes suponer, hijo mío, cuáles serán mis obligaciones. ¡Para esto he defendido a mi Rey en los campos de batalla! Ya no tengo nada que vender ni empeñar y me veo precisado a decir que sí, quedando muy agradecido. Sin embargo, como creo que esto puede desagradarte y que no te gustará ser hijo del portero de una corporación, sea la que fuere, te lo aviso por si quieres poner remedio a mi desesperada situación. Nunca exigiría de vosotros grandes sacrificios, ni tal vez estéis en posición de hacerlos, pero por si acaso hablas de esto con tu hermana, os advierto que yo me contento con que me señaléis al mes una cantidad muy módica; lo estrictamente necesario para poder vivir. En último caso, como, aunque muy bajo, el empleo no es indecoroso, aceptaré lo que me proponen.

»Dispensa que te haya molestado, y contesta

en seguida a quien tantas amarguras pasa sin guardaros rencor porque es vuestro padre amantísimo,

LEÓN DE REGIO.»

La epístola cayó como una bomba en casa de Carlitos, que, herido en la fibra de la vanidad, comenzó a echar por la boca demonios y maldiciones. Pero su enojo fué cosa de broma comparado con la indignación de su esposa. En cuanto a Luisita, al tener conocimiento del caso, exclamó con la mayor frescura:

—Vaya... pues yo le dejaba. Si a papá no le conoce nadie en Madrid.

Carlitos no quiso transigir, siendo de opinión que él y su hermana debían celebrar una entrevista con su padre para evitar un escándalo, a lo cual Luisa se negó rotundamente, añadiendo que ni ella tenía culpa si su padre fué un estúpido que se gastó el dinero en favorecer a los facciosos, ni quería pedir una peseta a su esposo. Carlos resolvió *arreglarlo* solo. Primero refirió el caso a su suegro, pidiéndole a regañadientes, porque aquello era malgastar influencia, una credencial para don León, y luego de obtener promesa de que sería complacido en la medida de lo posible, escribió a su padre lo siguiente:

«Estimado papá: Por sensible que le sea reconocerlo, ya comprenderá usted que únicamente suya es la responsabilidad de lo que

pasa. Ni Luisa ni yo somos culpables de que esté usted así. En cuanto a lo del destino que le ofrecen a usted, me parece indigno de una persona de su clase, y por respeto al nombre de la familia haré cuanto pueda para evitar semejante cosa. Lo que me extraña es que se lo haya usted dejado ofrecer. Afortunadamente, el papá de mi esposa se encarga de evitarnos ese bochorno y le proporcionará a usted un puesto más decoroso. En cuanto sepa algo sobre el particular se lo participaré a usted. Ahora le mando a usted diez duros. No me es posible hacer más porque estoy cargado de obligaciones.

»Supongo que no volverá usted a pensar en la denigrante proposición de que me habla, y crea usted que, a pesar de tantos disgustos, no deja de quererle su hijo

CARLOS.»

. . . .

Tan bueno era don León que, aun sintiendo el alma herida por la crueldad de aquella carta, murmuró:—«Pobrecillo, diez duros; tenía para una caja de puros.»

Aquellas cincuenta pesetas se fueron entre deudas pequeñas, menudencias y atrasos. A los quince días surgió de nuevo la falta de recursos. La patrona, imagen de la realidad, dijo a don León; «Lo siento, *mayormente* porque co-

nozgo que es usted una persona fina; pero... lo único que puedo hacer por usted es dejarle que se traslade al cuarto de junto a la cocina, el que no *tie* ventana, y allí dormirá usted el tiempo que quiera, *mas que sea* sin pagarme. En cuanto al *respective* de comer, aquí no *pue* ser, porque si usted no me da *na*, ¿de dónde quiere usted que yo lo saque? La caridad es caridad, pero con muchos huéspedes como usted, ¡buen pelo iba yo a echar!»

A la semana siguiente, cuando aún don León no se había trasladado al cuarto que no tenía ventana, llegó para él un sobre algo más abultado que de carta ordinaria. Dentro venía un pliego, y una tarjeta que leyó con asombro, murmurando: «¿Qué me mandará el suegro de Carlitos?»

La lectura del pliego le llenó de indignación y rabia. Leyó, volvió a leer, restregóse los ojos como hacen los cómicos malos cuando sorprenden en escena carta de mujer adúltera, y acabó por fijar la vista estúpidamente en el papel.

Era una credencial de oficial cuarto de la clase de quintos o sextos del Ministerio de la Gobernación, es decir, un nombramiento de escribiente. ¡Qué humillación y qué vergüenza! El hijo de un general que murió junto a Zumalacárregui, un consejero áulico del *Rey*, el hombre leal, pundonoroso y caballeresco que se había batido como una fiera en defensa de la legitimi-

dad, el que se había sacrificado por su Luisita y su Carlitos... nombrado escribiente, cagatinta de un ministerio. Peor, cien veces peor, que *lo otro*, porque al fin y al cabo, ya le habían dicho que la portería de la Academia no tenía color político. «Los hijos—pensaba él—pueden ofender a su padre... cosas de familia. Mas ¿quién tiene derecho a escupirme a la cara mandándome una credencial alfonsina?»

La sangre se le agolpó al cerebro, le temblaron las manos, y se le cayó al suelo el pliego maldecido. Al cabo de unos instantes, resistiéndose a creer lo que le pasaba, lo recogió y tornó a leerlo. No cabía dudar... Cuarto de la clase de..., haber anual mil doscientas cincuenta pesetas. ¡Cinco mil reales! La fecha del documento traía cuatro días de atraso.

Entonces le acometió una sospecha horrible. ¿Habría dado algún papel cuenta de aquello? Indudablemente. Ya lo sabrían sus compañeros de armas y sus contertulios del café de Platerías. Los diarios carlistas, que uno y otro día se burlaban de los que acosados por el hambre tomaban puestos en la Administración alfonsina, ¿cómo habían de dejar escapar aquello? ¡Nada menos que un ayudante del *Rey* convertido en escribiente de los liberales!

Fuera de sí, frenético, se lanzó a la calle. ¿Dónde podría leer los periódicos? En el café no, que allí estarían los amigos dispuestos a

mortificarle y zaherirle. Tras mucho cavilar se dirigió a casa de un cerero, donde por las noches se reunían algunos leales recalcitrantes. El amo no estaba, pero el mancebo le facilitó lo que iba buscando: seis u ocho números de *La Corona Real* y otros tantos de *Altar y Trono*. Comenzar a pasar por ellos la vista y leer lo que temía todo fué uno. Sí; allí estaban el cruel escarnio, la despiadada burla, en forma de un suelto que decía, con epígrafe y todo:

«UNO MENOS

»Tristemente impresionados, anunciamos a nuestros lectores que nuestro ex correligionario el brigadier don León de Regio, ayudante que fué del Rey Nuestro Señor (q. D. g.) en la última gloriosa campaña, ha sido nombrado para un cargo público por el Gobierno de la llamada restauración.»

Casi tambaleándose, loco de ira, volvió a su casa murmurando: «¡Un cargo público! ¿Por qué no dicen con sueldo de cinco mil reales, y todo el mundo comprenderá que tengo hambre? ¡Canallas!»

. . . .

—Don Luis debe de estar malo—dijo la criada que le abrió la puerta.

—Habrá oído tocar el himno de Riego—repu-

so un huésped joven, alegre y muy republicano, que, fuera de las discusiones políticas, hacía muy buenas migas con el *carlistón.*

Lo que estaba era herido de muerte.

Negóse a comer y, encerrándose en su cuarto, se acostó. No sentía dolores, sino atontamiento y pesadez cerebral, pareciéndole a ratos que un fuego interno le abrasaba, como si desde las entrañas le subiesen oleadas de sangre a la ca beza.

A media noche comenzó a delirar.

«Tantos años... abnegación y fidelidad... ¡Buen pago! Más hubiera valido morir en San Pedro Abanto, en Montejurra o en Lácar, cuando el otro tuvo que escapar a uña de caballo... ¡Periodistas!... ¿Dónde estarían cuando me andaba yo batiendo? ¿Qué sabían ellos por qué aceptaba el destino? Y aunque lo aceptase... ¿tenía obligación de morirme de hambre? ¿Por qué no organizan socorros los antiguos compañeros de armas o los comités del partido? El mismo Rey... no, el Rey no sabrá nada. Si lo supiera... ¿cómo había de dejarlo así? ¡Pero y los hijos! ¡Cría cuervos! Luisita, que de pequeña parecía un ángel; Carlos... los mismos ojos de su madre. ¡Mentira, mentira!»

Se apoderó de él una excitación espantosa y el delirio trajo a su mente el recuerdo vivo y fresco de las cosas pasadas.

Imaginó ver un campo extensísimo, limitado

por una serie de cerros surcados de zanjas y trincheras. Abajo, en el valle, por donde manso y sin ruido serpeaba un río de limpísimas aguas, avanzaban los batallones liberales. El acero de las bayonetas y las fundas de los roses brillaban al sol marcando el paso de las tropas. Ningún ruido turbaba el augusto silencio de la tarde. Ni coplas, ni toses, ni siquiera relincho de bestias hostigadas. Sólo de cuando en cuando se oía el rodar en hueco de los cañones al pasar las piezas sobre algún puentecillo. El cielo se oscurecía poco a poco, y el tono gris del suelo se iba confundiendo con el verde negruzco de los matorrales. De pronto sonaron horribles estampidos, y los cerros se cubrieron de humo que primero formaba líneas blancas, luego rastreaba adherido al monte, y por fin se disipaba en el espacio, dejando en el aire olor a pólvora. A los cañonazos de arriba respondieron abajo toques de cornetas, maldiciones, gritos desgarradores, ayes y lamentos. Luego, de aquellas mismas trincheras desde donde acababan de hacer fuego, bajaron a carrera tendida los batallones carlistas, y cayendo como un alud al valle, hicieron grandísimo estrago en los liberales. De éstos, unos consiguieron salir de la hondonada y huyeron a un tiempo mismo sorprendidos y desmoralizados; otros, resueltos a vender cara la vida, la perdieron matando; muchos cayeron prisioneros.

Cuando al clarear el nuevo día pasó por allí el Pretendiente, mandó llamar al general que había dispuesto la emboscada, y con él se presentaron varios jefes, uno de ellos don León de Regio...

Entre los latidos de la fiebre y las náuseas que le daba el recuerdo de la credencial alfonsina, creía escuchar las reales palabras. «Eres un valiente—le dijo el *Rey*—. Honras el nombre que llevas. No te olvidaré.»

A pesar de lo cual... nada. No, el Rey no tuvo la culpa. Después, marchas, contramarchas, descalabros, deserciones, derrotas, aquella tristísima noche en que al pasar la raya de Francia rompió la espada, y por fin las calles de Bayona, las trampas, los apuros, el café de los emigrados... ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas inútiles! Estaba visto, Dios no quería favorecer a los buenos.

. . . .

De repente, en un violento acceso del delirio, se levantó en camisa, y abriendo el maderaje del balcón, dejó que entrase la luz entre amarillenta y blanquecina del amanecer. En seguida se fué hacia una taquilla de cajonería tallada, único mueble bueno que conservaba, y sacando una caja que fué de habanos, la volcó sobre la estera de cordelillo, donde juntos y formando montón cayeron dos paquetes de cartas, un medallón con pelo de mujer, dos retratos de niños y

una cajita de cartón en que cuidadosamente conservaba las cruces ganadas en el campo de batalla...

. . . .

Nadie supo lo que allí pasó luego. Lo único cierto es que a la mañana siguiente no llamó, y que cuando la criada fué a llevarle como de costumbre agua caliente con que afeitarse, retrocedió aterrada desde la puerta pidiendo socorro a grandes gritos. Acudieron la patrona, sus hijos, los vecinos, cuanta gente había en la casa, y vieron uno de esos cuadros que el tiempo no consigue borrar de la memoria.

Don León estaba muerto, caído de bruces al pie de la taquilla y ya completamente frío: su desnudez era grotescamente impúdica: la expresión de su rostro, desesperada y angustiosa. La postura del cuerpo, que nadie se atrevió a mover, permitía conjeturar con grandes visos de probabilidad lo que allí debió de pasar. Delirante y turbada la razón, se levantó a buscar algo que su imaginación pidiese en los desvaríos de la fiebre. Abriría la taquilla, que aún conservaba puesta la llave, y luego...

¿Sacaría aquellos retratos de niños para besarlos o para maldecirlos? ¿Oprimiría contra su corazón el medallón que guardaba el pelo de la mujer querida?

Sin duda sufrió un momento de insensatez y locura, porque se había puesto, y aún conser-

vaba sujetas a la camisa con sus púas de acero, las cruces concedidas por acciones de guerra. Los colores vivos de las cintas y el brillo de los esmaltes parecían, resaltando entre el blanco huesoso del lienzo, flores arrojadas sobre un sudario.

Simultáneamente avisados por la patrona, llegaron casi al mismo tiempo el Juzgado de guardia y los hijos. Estos oyeron el relato de los huéspedes con el rostro muy pálido, pero sin verdadero dolor; Carlos se asomó hasta la puerta del cuarto sin adelantar un paso, como si entre el muerto y su conciencia se alzase un remordimiento inútil y tardío; Luisa no quiso ver nada.

Después llegó otro de los huéspedes, aquel joven que discutía de política con el pobre don León, y al ver al juez le saludó cariñosamente diciéndole:

—¿Pero eres tú el...?

Se conocían de mucho tiempo atrás. Estudiaron juntos siendo buenos amigos, y aunque separados por la vida de Madrid, siempre se conservaron cariño.

—¿Puedes tú enterarme de *esto?*—le preguntó el juez.

—Sí. La cosa es horrible. Ya sabes lo republicanote que soy, ¿verdad? Pues, chico, aunque ese don León era un carlista intransigente y fanático, me infundía respeto.

Dejando un alguacil junto al cadáver, pasaron a otra estancia y allí el huésped refirió a su antiguo condiscípulo cuanto sabía de aquel hombre y de su vida, largo y monótono drama en que tan ruin papel hicieron los hijos. Luego, aunque casi no era necesario, tomo el juez declaración a otras dos o tres personas y en seguida autorizó el levantamiento del cuerpo y el entierro. Hizo más. Antes de marcharse, con sus propias manos quitó las cruces del pecho del muerto y se las entregó a Carlos, procurando no tocarle ni aun con las puntas de los dedos, como quien da moneda a mendigo asqueroso. Después se descubrió respetuosamente ante el difunto y salió de allí con el pensamiento lleno de ideas negras.

Carlos habló con la patrona prometiéndole enviar en seguida persona de confianza que dispusiera el entierro y pagase lo que don León debía, y se marchó acompañando a su hermana.

Bajaron la escalera sin despegar los labios, y ya en la calle, al volver la esquina más cercana, exclamó él:

—¡Vaya un lance desagradable! Pues mira, lo siento de veras. ¡Pobre papá!

Luisa repuso:

—Toma, sentirlo yo también; pero con tal que no lo cuenten los periódicos...

. . . .

El cadáver seguía tendido sobre la estera de

cordelillo. La criada de la patrona murmuraba arrodillada una oración y el huésped republicanote contemplaba en silencio aquellos ojos que comenzaban a vidriarse, y aquellos labios entreabiertos, amargamente contraídos como si estuvieran esperando una lágrima que nadie había de verter.

EL PEOR CONSEJERO

I

DE DON LUIS LASUERTE A DON MANUEL PRECIADO, EN PUENTEROTO

Madrid, 20 de marzo de 189...

Querido Manolo: He conseguido lo que deseabas. Sin depender del capricho de un ministro, vas a tener colocación segura, poco trabajo, tiempo libre, y en cuanto a sueldo algo más de lo que necesitas para vivir con decoro. Cumpliste tu deber de hombre discreto, yéndote al pueblo por no gastar inútilmente aquí los ahorros de tu padre, y yo he cumplido el mío de buen amigo, procurando que vuelvas a la corte, donde crees, con razón, que podrán abrirte camino tus facultades y la base de ilustración que juntos recibimos en esta Universidad y que supiste aprovechar mejor que yo.

Hemos puesto una pica en Flandes. Tus mo-

lestias se reducirán a unos cuantos viajes cortos cada año; no tendrás jefes, y ¡cosa increíble! tos servicios que prestes te serán agradecidos.

Ya sabes que soy íntimo amigo de la duquesa de Arrayanes, mujer tan rica como guapa, y es de las más hermosas de Madrid. A esta señora había encomendado en primer término la realización de tus deseos, y ella, deseosa de complacerme, se ha salido al fin con la suya; es decir, con la nuestra. Vas a ser una cosa así como entre apoderado y administrador de doña Pilar Torredeloro, viuda de Majadas; algo más que administrador y algo menos que apoderado; pero de tu ingenio, que es grande, y de tu honradez, por la que salgo fiador, depende que seas pronto el *factotum*, el hombre indispensable en casa de esta doña Pilar, que por todos conceptos es lo que se llama una gran mujer: linajuda, rica, bondadosa y muy bien relacionada. Comprendo que además es muy mona, pero no es mi tipo: ya sabes que no me gustan las mujeres pequeñas. Donde está Ventura, la duquesa, boca abajo todo el mundo. La suya sí que es arrogancia, hermosura y salero. Estas señoras, injertas en chula, son lo más delicioso que puedes imaginar. Pero vamos a lo que te importa. La viuda de Majadas tiene veinticuatro años y unos cuantos millones de pesetas, entre papel del Estado, acciones del Banco, valores de empresas particulares y fincas en tierra de

Andalucía, Castilla y Extremadura, que producen aceite, trigo, corcho, y qué sé yo cuántas cosas más. Prepárate a tratar con hombres de negocios que procuran embaucar a una mujer sin consejeros, con arrendatarios que no pagan y con trapisondistas ansiosos de explotarla. Doña Pilar se casó hace tres años con don Francisço de Majadas, hombre muy rico, indolente, descuidado y poco menos que pródigo y manirroto. En cuestión de mujeres, estaba acostumbrado a ésta quiero y ésta logro; pero dió con Pilar, que cree que los Torredeloro descienden del propio don Pelayo, y ella, por altivez de *raza* y acaso por sincera virtud, respondió que nones. Para abreviar: dijo lo de aquella famosa cómica francesa: que a su alcoba no se entraba sino por la puerta de la iglesia. ¿No te tiemblan las carnes? El caballero no se paró en barras. Consintió en que le leyeran la famosa epístola, y la orgullosa señorita, último vástago de los Torredeloro, quedó convertida en señora de Majadas. Después, luna de miel (no han tenido chicos), y luego, fuese hartazgo de felicidad, o que el pobre señor estuviera un poco averiado, el caso es que murió a los dos años. Tenía un sobrino que debió heredarle; mas por ciertas cuestiones de familia estaban reñidos, y, ya por esta circunstancia, ya porque Majadas quisiese pagar espléndidamente aquellos dos años de placer legítimo, hizo testamento a favor

de doña Pilar, que si posee como nadie, salvo mi señora la Duquesa, el arte de lucir un traje, no distingue, en cambio, un papel de estraza de un billete de mil pesetas. Resultado: que el cobro de cupones llega mermado y tarde a sus manos; que las cosechas las recoge cualquiera menos ella, y que de seguir así, tardará poco en quedarse tronada. ¿Qué mejor empleo para ti? Aunque te dure la manía de hacer versos, entiendes mucho de negocios, conoces la vida del campo, y eres activo. Vas, pues, a ser el Neker salvador de esta hacienda. Comenzarás por ordenar los asuntos, y Pilar te deberá lo que más agradecen ellas: la seguridad de poder entregarse a satisfacer sus caprichos, sin preocuparse de cuánto les cuestan.

Hace pocas noches, en casa de mi duquesita, me habló Pilar quejándose amargamente de su situación. El actual administrador es entreverado de ladrón y tonto; el mayordomo, un pillo; el bolsista a quien consulta, otro que tal baila, un gatera que quiere casarse con ella o arruinarla, o ambas cosas a la vez. Esto último la ha decidido a buscar remedio a sus males, haciendo *crisis total.* Todos van a la calle. Es íntima, íntima amiga de mi Ventura, y valido de esta circunstancia hablé de ti como mereces, respondí de tu honradez... y quedamos en que te avisase. ¿Quieres más?

Conque, ponte en camino y hablaremos lar-

gamente. Me parece que no te quejarás de tu estrella ni de tu buen amigo y condiscípulo, que te quiere de veras,

Luis.

Aunque ya te digo que hablaremos despacio de muchas cosas, te advierto que Pilar pasa entre sus amigos, y creo que con fundamento, por mujer indiferente y desdeñosa en materia de amores. Venturita me ha dicho varias veces que es altiva y muy fría. El olvido de esta circunstancia pudiera serte fatal; pero, en fin, para tratar de negocios no importa que sea de cal y canto. Adiós, y apresura el viaje.

II

DE DOÑA PILAR TORREDELORO, VIUDA DE MAJADAS, A LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN BIARRITZ

Julio 15, Madrid.

Queridísima Venturita: ¿Cómo he de divertirme ni pasarlo bien no estando tú aquí? Ya te tengo dicho, y ahora te lo escribo, por si algún día quieres sacármelo a relucir, que muerto aquel hombre que mientras vivió intentó hacer-

me dichosa y al morirse me dejó rica, única mente para contigo tengo motivos de agradecimiento y cariño. Acaso otra no lo confesara, pero yo soy así. Tú me has servido de maestra en todo lo que es gracia, encanto, primor y elegancia. Cuando llegué a Madrid no tenía más que mi nombre ilustre, y mis diez y ocho años: dinero, muy poquito. *Après tout* no carezco de mérito, porque he procurado acercarme a mi modelo, por supuesto, nada más que en ciertos detalles, porque una cosa es imitar la picardía de un escote o el plegado de una falda, y otra cosa es tener tu ingenio y tus ojos. Yo voy creyendo que soy casi tonta; y los ojos, aunque dicen que no son malos, no me sirven para nada: como que estaban robándome y no lo veía, pero, afortunadamente, parece que esto va entrando en caja. El recomendado de *tu* Luis se porta muy bien. Hace poco más de dos meses que está aquí, le he dado casa en las habitaciones del piso segundo, y la situación ha mejorado mucho. Por lo pronto, ya sé a cuánto deben ascender mis rentas cuando todo se normalice; en segundo lugar, ha conseguido realizar muchos de los créditos que yo consideraba incobrables; y, por último, ha logrado que algunos colonos y arrendatarios que estaban en descubierto conmigo se comprometan a pagarme en plazos cortos. No entro en más explicaciones por no cansarte. Si la cosa sigue como ha em-

pezado, en poco más de un año podré considerarme, desde el punto de vista de los intereses, como la mujer más feliz del mundo. Me sobrará con qué vivir: ya sabes que no soy codiciosa. ¡Si pudiese una tomar administrador para el corazón y el pensamiento como para el bolsillo! Por supuesto que esta es una tontería, porque ya sabes que no me pesa la viudez. Fuera del afecto que te profeso, y éste no necesita dirección, ningún sentimiento, ninguna idea hay en mi alma que exija vigilancia. ¿Será porque comprendo lo delicado de mi situación? Mil veces me digo que el dinero, al darnos tranquilidad para ciertas cosas, nos la quita para otras. ¿Qué mujer rica no ve acercársele los hombres con recelo? Además, entrando en cuestión de distinta índole, harto sabes que jamás logrará interesarme un hombre que no pertenezca a mi clase. Cuando Pilar Torredeloro era pobre, supo guardarse y mirarse mucho; conque ahora que, gracias a la generosidad de mi difunto (q. s. g. h.) y a la buena administración de vuestro recomendado, voy a tener seguro el cobro de los cupones y sin merma las cosechas, ¡figúrate!

Todavía no puedo cumplirte mi promesa de ir a Biarritz; pero no des a nadie por muchos días el cuartito azul, pues confío en que a mediados del que viene me tendrás ahí. Entretanto, escríbeme con frecuencia.

Se me olvidaba decirte que, además de buen administrador, este don Manuel que me habéis proporcionado para ministro de Hacienda no parece hombre vulgar, ni carece de cierta ilustración. Algunos periódicos han publicado versos suyos, y mi doncella me ha dicho que casi todos los días vuelve a casa trayendo algún libro. Don Manuel, aunque el *don* no le sienta, porque no pasará de los treinta, tiene buena presencia y cara de listo; es alto, moreno y simpático. Lástima que sea poco cuidadoso en el vestir. ¡Si vieses qué corbata morada con lunares verdes trajo el primer día!

No hay tiempo para más. Adiós, rica. Dime cómo lo pasas, aunque ya supongo que, estando Luis ahí, no verás a mucha gente: vida de campo, acostarse temprano y levantarse tarde. Tuya siempre y de veras

PILAR.

III

DE LA MISMA A LA MISMA, EN BIARRITZ

Agosto 6, Madrid.

Querida Ventura: Hijita, no puede ser. Ni el 15, ni acaso el 20, ni tal vez en todo lo que que-

da de mes. No sabes lo embrollado que estaba todo. ¿Querrás creer que en el pueblecillo mismo del pobre Majadas (q. e. p. d.) había cortijero que me debía año y medio? Poco antes de morir hizo un préstamo sobre una casa: pues, hija, ni me devolvían el dinero, ni me daban intereses, ni nada... y, además, han intentado estafarme vendiendo la finca. Por fortuna, este hombre, que está en todo, ha puesto remedio; y como no hay posibilidad de sacarles un maravedí, me quedaré con la casa. Puedes decir a *tu* Luis que su recomendado me tiene hasta ahora muy contenta. Al principio me pareció hombre muy metido en sí, seco y de pocas palabras. No respondía de nada, no daba seguridad de nada; yo, para mis adentros, le llamaba *Don Veremos;* pero, hijita, en cuanto él se hizo cargo de todo, resultó un dije. «Señora, los de Córdoba han pagado hasta el trimestre pasado; en Martinfierros están al corriente; a la casa de la calle de Fuencarral se le levantará un piso sin gastar nada, subiendo el alquiler a los de Atocha, y he convertido las tres tiendas en local para un café, que rentará mucho más.» ¿Que te parece? Y lo dice tal como te lo pongo aquí, sin dibujos ni rodeos. Lástima que sea un poco tosco, aunque no deja de afinarse algo. Se acaba el papel. Tengamos un poquito de paciencia a ver si quedo libre de asuntos y puedo salir de aquí el 8 ó el 10 del que viene. Muchos recuer-

dos a Luis. Escribe, no seas perezosa, y ya sabes que te quiere tu mejor amiga

PILAR.

IV

DE LA MISMA A LA MISMA, EN BIARRITZ

Venturita mona: Te vas a poner hecha una fierecilla; pero, hija mía, no puedo remediarlo. No me esperes para ir juntas a París. Este año adiós Biarritz, y, lo que siento más, me quedo sin París. Antes que se me olvide, un encargo. De la misma casa de la avenida de la Opera, donde compramos el de las flores de acacia, tráeme tres sombreros bonitos para paseo; al teatro ya sabes que si voy es a tu palco. Pregunta qué *fourrures* estarán más en moda este invierno, y cómprame algo parecido a lo que elijas para ti: también quiero un par de vestidos, pero ya te mandaré las medidas; haré que me las rectifique mademoiselle Bavolet, porque me parece que estoy algo más llenita. Dime si quieres dinero y cómo te lo envío, aunque esto ya lo dispondrá Manuel.

Este hombre es verdaderamente útil y va to-

mando tierra en Madrid. La otra tarde pasó junto a mí, estando yo en el coche delante de casa de aquellas a quienes tú llamas la Deuda Flotante, mientras el lacayo subía las tarjetas: me saludó muy fino, pero sin pararse. ¿Sería cortedad o falta de cortesía? Te decía que es útil porque acaba de evitarme un disgusto muy gordo. Figúrate que como yo no tenía cuidado de nada, y esta casa no era casa, pues hijita, estaba debiendo, sin saberlo, una porción de miles de reales al guarnicionero, a mademoiselle Pimpante, al tío que me trajo la victoria el año pasado y cambió el caballo negro, y ¡hasta en las tiendas de ultramarinos! El mayordomo que despedí cuando vino Manuel me dejó entrampada, y ¿cómo dirás que ha salido todo a relucir? Pues en forma de citas judiciales. ¡Qué vergüenza! Si no es por este hombre hubiese yo tenido que ir a las Salesas como una cualquiera. Además, para ciertas cosas es tan delicado y tan escrupuloso, que no consiente que le otorgue poder y pone todas las escrituras a mi nombre. Esta es la causa de que yo no pueda salir ahora de Madrid, porque no sé cuándo tendré que firmar unos papelotes de gran interés. ¿Querrás creer que me ha puesto en claro los títulos de propiedad de todas las fincas? Lástima que sea un poco vanidoso. Cualquiera diría que hace bien las cosas, no por conseguir resultado favorable, ni porque se lo agradezcan,

sino por lucirse. Me parece que su defecto, o mejor dicho, lo que le sobra, ha de ser mucho amor propio.

Lo de no ir contigo a París me tiene disgustadísima; pero, hijita, ¿cómo dejo esto? Si quieres, en pleno invierno haremos una escapatoria de quince días para comprarnos los abrigos. Nada más por hoy. A Luis, que le está muy agradecida tu mejor amiga,

PILAR.

V

DE DON MANUEL ALADECERA A DOÑA INÉS ALADECERA, EN PUENTEROTO

Madrid, a 4 de octubre.

Mi siempre querida hermana: Recibida la tuya, nada nuevo tengo que comunicarte. Mi situación aquí es la misma que ya te he dicho; pero no hay que perder de vista que sólo considero esta casa como el primer repecho que pienso subir, si me ayuda un poco mi suerte, aunque ya sabes que yo creo poco en la fortuna y mucho en lo que cada hombre hace por sí. Los protecciones son para quien no puede medrar sin ellas.

A esta señora, que es buena, pero que no ha inventado la pólvora, le estaban robando inicuamente. Me queda bastante que trabajar, lo menos durante un par de meses; luego de formalizado el cobro de atrasos y renovación de escrituras, esto será para mí como para ti coser y cantar. Con dos horas diarias estaré despachado, y ella podrá dormir descuidada *sobre las dos orejas*, como dicen los franceses. Después, esto será para mí una canongía.

Voy entrando de nuevo en la vida de Madrid. ¡Y qué diferencia de cuando era estudiante! He reanudado amistades antiguas, y confío en que pronto, muy pronto, oirás hablar de tu hermano. Espero leer una de estas noches en el Ateneo. Si mis versos gustan, y creo que sí, porque agradan otros que no valen ni la mitad, me pondré a concluir un trabajo de importancia, y ¡ya verán los que aquí pasan por maestros!

Para conseguir eso del Ateneo, me ha recomendado doña Pilar a Campoamor y a Núñez de Arce; por supuesto, que también lo hubiera yo logrado sin ayuda de nadie: cuestión de tiempo. Me ha pedido que si llego a dar la velada, le reserve un par de billetes para ir con una amiga; lo cual me ha chocado mucho, pero en realidad no tiene nada de particular. Puede que haya leído aquellas dos composiciones tan hermosas que logré meter en *La Ilustración*.

Aún no he podido satisfacer tu curiosidad

enviándote el retrato de doña Pilar. Es pequeñita, morenilla, fina, en conjunto agradable, pero muy poquita cosa y muy pava. Ya te he dicho que no es mi tipo. Se me figura que no echa mucho de menos al muerto, y eso que, a juzgar por el testamento, la quería de veras. Así sois todas. Tú ándate con cuidado con el majagranzas de don Juanito, que parece que no llama y se mete en casa. Demasiado comprenderás que no estoy dispuesto a tolerar ciertas cosas, y menos ahora que empiezo a crearme una reputación. Conque mucho ojo y no lo olvides.

Adiós: a padre, un abrazo. A Mariquilla le dices que no recibís cartas mías: cuanto menos habléis de mí, mejor. Se acabaron las chiquilladas. Tu hermano que te quiere,

MANOLO.

Cuando lea en el Ateneo, os mandaré los periódicos que hablen de mí. Doña Pilar se ha empeñado en recomendarme a unos periodistas conocidos suyos para que no me *revienten*, como aquí se dice. Ha sido cosa de ella, espontánea: yo nada la he pedido. No me mandes más calcetines blancos de los que tú me haces. No creas que es desprecio ni falta de cariño; pero aquí no se puede llevar eso. Servirán para padre. Te abraza de nuevo tu hermano,

M.

VI

DE DOÑA PILAR TORREDELORO A LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN PARÍS

Septiembre 28, Madrid.

Mi querida Ventura: ¿Serás capaz de pasar todo el invierno en París? La verdad, por mí lo sentiría en el alma; pero no pierdes gran cosa en no estar aquí. De reuniones nada, visitas estúpidas por las tardes, y en el Real, según dicen, preparan lo de siempre: compañía mala, las óperas de toda la vida y subida de precios.

Hasta que tú vengas, para mí Madrid no es Madrid. Además de la *fourrure* y los otros encargos, tráeme un par de batas muy pero muy elegantes, como para ti; y si te parece, que sean claras. Como ya se han cumplido los dos años... En fin, a tu gusto. Los sombreros, aunque sean un poco vistosos no importa. No dejes de anunciarme tu vuelta por si necesito algo más. También quiero saberlo porque deseo estar aquí para entonces. Te digo esto, porque puede que tengamos que ir unos días al Olivar del Santo, junto a las ermitas de Córdoba. Es consejo de Manuel y no le falta razón. Poco a poco voy a recorrer todos *mis dominios*. La otra noche, co

miendo, me dijo que si yo quisiera poner cuidado, a la vuelta de un par de años había aumentado en un 20 por 100 cuanto tengo, y que si él me dejase por cualquier causa, no debía yo necesitar auxilio de nadie. Para mis intereses sería un golpe fatal que este hombre me faltara. Tiene un entendimiento clarísimo, y ni es tan brusco como supuse al principio, ni le falta gracia. Dice que ha estudiado aquí toda la carrera y conoce mucha gente. Tratado gana muchísimo.

Adiós, remonona. Ya sabes que te quiere tu invariable amiga

PILAR.

VII

DOÑA PILAR TORREDELORO A LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN PARÍS.

Octubre 10, Madrid.

Queridísima Venturita: Se conoce que te diviertes y no piensas en volver. Por mí lo siento, pero haces bien. Yo, en cambio, cada día más aburrida. No voy a ninguna parte y apenas salgo de noche. El viaje a Córdoba, en suspenso,

porque Manolo está delicado. Espero que no será nada. ¿Te díje que quería leer versos en el Ateneo? Pues bien, se lo recomendé a Campoamor, y conseguimos que leyera. Gustó mucho, mucho de verdad. Los periódicos dijeron que es un *poetazo*. Te mando unos sueltos cortados para que los leas. Indudablemente tiene mucho talento. Ya ves, entiende de números y hace versos. Su padre creo que es labrador, pero en grande: supongo que las tierras serán suyas. Manuel es quien le arregla todos los asuntos, como hace conmigo. Le aplaudieron a rabiar. Por cierto que lo que leyó se parece bastante a los poemitas de Coppée, que tanto me gustan. Al salir, hizo la majadería de no querer venirse conmigo en coche, y pescó un catarro. Estoy segura de que entre las gentes ilustradas no se habla hoy más que de sus poesías. Yo no le veo porque ha tenido que guardar cama; pero afortunadamente no es cosa de cuidado.

Adiós, feúcha; escríbeme largo; cuéntame todo lo que ves y cree que te quiere mucho tu verdadera amiga

PILAR.

Di a Luis de mi parte que compre algún regalo bonito y elegante para hombre: lo que él quiera, pero que sea bueno, porque el otro día, que fué mi santo, Manuel tuvo la atención de enviarme una magnífica canastilla de flores.

VIII

LA DUQUESA DE ARRAYANES A DOÑA PILAR TORREDELORO, EN MADRID.

París, 17 octubre.

Querida Pilarcita: Pero, criatura de Dios, ¿no te das cuenta de lo que te está sucediendo, o imaginas que soy tonta? Bien dice Luis que, sin sospecharlo, hemos metido al lobo en el redil. Tú, en cambio, no te enfades, pimpollo, estás haciendo de oveja boba, o estás en Babia o camino de la vicaría, que es peor. Porque tú no eres de las que se comen el puchero antes de las doce. Cada loco con su tema. En cambio yo... Si Luis me hablase de boda, creo que le dejaba cesante. Pero vamos a lo que importa. ¿Ese administrador es tal administrador, así como suena, o es que te gusta representar el papel de doña Inés? ¡Una viuda joven! ¡Parece mentira! ¡La situación más favorable para atisbarlo, comprenderlo, evitarlo y hasta precipitarlo todo! ¡Y desperdiciarla de esa manera! Estás desacreditando a la clase y dejando que te entre el amor, no al cuerpo, sino al alma, que es mucho más grave. Mira, hija, que hablo por experiencia.

Ya sabía yo que eras romántica, pero no tanto. Apenas llegue te confesarás conmigo; pero quiero ponerte, desde ahora, en guardia contra ti misma. Tengo tiempo, porque Luis ha ido a cobrar una letra y tardará.

Prescindamos por un momento del administrador (de algún modo hay que llamarle), y vamos a la serie de impresiones que ha causado en tu ánimo. En una de tus primeras cartas me decías que *Don Manuel* no carecía de cierta ilustración, que compraba libros (en eso gastan ellos el dinero), y que hacía versos: total, nada. En otra se te escapa que *está en todo*, le llamas *dije*, y aun quejándote de su poca elegancia, haces la observación de que ya no usa corbata morada con lunares verdes. Todo esto sin renunciar todavía a venir a Biarritz. Luego retrasas el viaje y hablas de que estás *más llenita.* Ninguna mujer se preocupa de eso como no tenga alguien a quien querer agradar. En seguida o poco después viene la supresión del *Don.* ¡Adiós tratamiento! Le llamas *útil*... ha tomado tierra en Madrid...

Por último, renuncias a lo que más te gusta, al viaje a París, y me largas la noticia con la mayor frescura del mundo. Francamente, ¿es sobra de inocencia o es exceso de malicia? Si lo primero, no sirves para enamorada; si lo segundo, eres poco leal conmigo.

Lo gordo viene en cartas posteriores. Tú que

no recibes a nadie *en deshabillé*, ¿para qué pides batas muy elegantes y claras? ¿Sabes cómo llamaba mi abuelita a las batas? Decía que era el traje con que más le gustaba al diablo la mujer. ¿Conque has caído en la cuenta de que llevas luto hace dos años? Nadie diría que tienes veinticuatro. Bien es verdad que representas diez y ocho. ¡Quién fuese tú! Vamos adelante. Al pedir sombreros con flores, haces la observación de que el administrador tiene entendimiento y mucha gracia. Somos unas pobrecitas. ¡Mira que cuando nos parecen graciosos ya están ellos riéndose de nosotras!

Luego se lo recomiendas a Campoamor (que se estará burlando de ti y te sacará en una dolora); lee versitos que te parecen de Coppé, me mandas recortes de periódicos, y él ¡pobrecito! pesca un catarro por no querer irse *contigo*. Catarro, ¿eh? Ya le haría yo sudar.

Luego, bomba final: lo del viaje a las Ermitas. ¿Lo has pensado bien? ¿A las Ermitas? Para eso, atrévete, y a la parroquia con él. Porque la verdad, hijita, estoy viéndote hasta el fondo del corazoncito; pero de ese don Manuel, a quien se conoce que deseas llamar Manolo, no sé palabra. ¿En qué actitud está? como dicen los políticos. Luis afirma que es un buen chico: los lobos no se muerden entre sí. ¡Ay, si hubiese masonería de mujeres como la que tienen ellos!

¿Me autoriza el cariño que te profeso para

decirte todo lo que se me ocurre? Pues en una palabra: si con *él* te has clareado tanto como conmigo, una de dos: o ese hombre pasa veinticuatro horas al día besando donde tú pisas, a menos que no le permitas besarte a ti, o es un tonto... o un pillo muy largo. Vive prevenida y, créeme, suspende el viaje a las Ermitas. ¡Pues buenos están los tiempos para cometer imprudencias ni correr aventuras! ¿No sabes que luego sale uno de esos padres jesuítas a quienes damos terrenos, conventos, dinero, colegios, influencia, ¡todo!, y en pago escribe una novelita y nos pone verdes?

Te envío un puñado de besos; pero temo que a estas alturas te parezcan besos de amiga. Lo es siempre tuya de *tout cœur*,

VENTURA.

IX

DOÑA PILAR TORREDELORO A LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN PARÍS

Noviembre 10, Madrid.

Venturita mona: Tu ingenio y tu picardía han hecho que te pases de lista, como el personaje

de aquella novela de Juan Valera que tanto nos gusta; pero, hijita, ¡qué cosazas se te ocurren! Mil veces me has dicho que soy tan poco impresionable, tan indiferente, no te has atrevido a decir fría, porque esto para ti es un insulto, ¿y ahora supones que puedo inflamarme en un ratito, como tiple de ópera? ¿Olvidas quién soy yo y quién es él? ¿Qué ha pasado aquí? Mi casa y mis intereses estaban yéndose a pique, y un recomendado de Luis, es decir, tuyo, va evitando el naufragio. ¿Es delito que le mire con cierta simpatía o con un poco de gratitud? ¿Qué hay en esto de sospechoso? No te enfades, pero como tú pecas de compasiva para con ellos... ¡pues! piensa el fraile que todos son de su aire. Aquí no ha habido siquiera ocasión de mostrarse indulgente. Ni él ha dado motivo, ni yo le hubiese tolerado la menor ligereza. Se trata sencillamente de un hombre que cumple bien, que trabaja, acaso más de lo que debe, y de una señora, entiéndelo bien, señora, que ha correspondido a ese celo. En cuanto a lo de ir a Córdoba, que tanto te escandaliza, me parece que viajar con el administrador y la doncella no es ningún crimen. Mucho agradezco el cariñoso interés que revela tu carta; pero el día que suceda *eso* que tú supones, será con un hombre notable, distinguido por sus méritos o por su casa. Sabes que para mí el decoro es lo primero. Si algún día me pretendiese un hombre vulgar

y yo tuviera la desdicha de apasionarme, o encapricharme, como tú dices, procuraría elevarle tanto, a ser posible, que luego tuviese yo que bajarme para ser suya. Fuera de esto, ni la ovación que Manuel tuvo en el Ateneo, ni el mérito de sus versos, ni siquiera lo beneficioso de su administración, pueden hacerme olvidar que soy de la familia de los Torredeloro. Si con él o con cualquiera otro llegase a olvidarlo, me daría mucha vergüenza: cuando yo me entregue a un hombre, será que puedo hacerlo con toda solemnidad. Suceda lo que Dios quiera, nunca dejará de ser tu mejor amiga

PILAR.

X

LA DUQUESA DE ARRAYANES A DOÑA PILAR TORREDELORO

París, 15 noviembre.

Nenita mía: Varias veces me has oído decir que para conservar a los amigos es preciso no hablarles de sus defectos. He olvidado esta máxima, por exceso de cariño, y mi leve culpa me ha valido la destemplada carta tuya que aca-

bo de recibir, escrita por la mano más pequeña y pensada por la cabecita más graciosa y... más quisquillosa de Madrid. A pesar de lo cual no me enfado, porque te quiero mucho. ¡Cuánto se alegrarían algunas si nos viesen enemistadas!

Eres un poquillo vanidosa... a la antigua española, y te ha ofendido mi sospecha de que el *administrador* pueda convertirse en amo. Como quieras; ni tú piensas en él ni él en ti: no pasa nada. Digno de ti no lo hay entre todos los grandes de España... pero, hija, princesa, tú estás enamoradita de Manuel o Manolo, como le llamen. Perdono tus frases picantes: hasta me hacen gracia.

Aunque nada me dices ya de los encargos, conste que te llevo los sombreros, las dos batas elegantísimas... claras, y aunque no me la has pedido (sigo pasándome de lista) te he comprado también alguna ropa interior verdaderamente primorosa, con unos encajes que parecen labor de hadas. Si no te gusta, yo me quedaré con ella. Adiós, doña susceptible, ingrata... tonta. ¿Qué mal ni qué bien me trae a mí que te estés enamorando sin saberlo? ¿No ves que tengo seis meses más que tú y sé de todo?

En fin, pronto hablaremos, porque el jueves de la semana próxima llegaremos a ésa; y para que veas que ni me ofendo ni te supongo enojada, me iré a tu casa mientras acaban de aviarme las habitaciones que me están arreglando. Tú

corres con que avisen a mi doncella para que lleve ahí lo que yo pueda necesitar. Desgraciadamente, Luis se irá en seguida a Sevilla, porque su tío está enfermo. Adiós, rica, y perdona tanta franqueza a tu invariable

VENTURA.

XI

DON MANUEL ALADECERA A DOÑA INÉS, SU HERMANA

Tierra Espigas, a 17 de diciembre.

Querida hermana mía: Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Anteayer llegué a este pueblo para cobrar mil y pico de duros que estos palurdos deben a doña Pilar. El lugarejo es pedregoso, árido, seco, sucio; pero hoy... no hay para mí tierra más hermosa en el mundo. Figúrate que anoche fuí a casa de un don Servando, que es aquí el cacique, el amo, y hablamos de política. Con él estaban otros tres personajes de capa parda a cual más astuto y solapado... pero ya conoces mi facilidad de palabra. Para abreviar: les entusiasmé, y como andan muy quejosos de su diputado y además se acercan las elecciones, ¡asómbrate!, me ofrecieron la dipu-

tación. Te advierto que esta es la tercera vez que he venido a este lugar y que apenas me conocen. Estuvieron muy expresivos; y tan pensada y resuelta tenían la cosa, que si me niego no sé lo que hubiera pasado. El don Servando es muy listo y tiene aquí vara alta. Total: yo acepté dejándome rogar un poco, y como la influencia de este animalucho es decisiva en el distrito, voy a ser diputado; quizá el único que vaya a las Cortes sin haberlo solicitado. Para cuando se abra la legislatura quiero que vayáis a Madrid. Di a padre que se haga ropa decente. Lo estoy recordando y me parece mentira. Es increíble. ¡Sin la menor indicación mía! ¿A quién se le iba a ocurrir? El primer día que hable os llevaré al Congreso. Les dije que yo era liberal, y les pareció bien: lo principal, según ellos, es conseguir una condonación de contribuciones que tienen pendiente por un pedrisco que cayó nueve leguas de aquí, y que *votemos* la carretera de Tierra Espigas a Valchasco.

¿Sabes lo que me contraría? Que como casi toda la comarca es de doña Pilar, no hay más remedio que notificarle lo sucedido pidiéndole su venia, a lo menos por cortesía, so pena de indisponerse con ella. ¡Mira tú que tener que hacer esto cuando he sido rogado, casi obligado por el cuerpo electoral! Te parece un sueño, ¿verdad? Pues dentro de un mes podré sentarme en el Congreso.

Respecto de lo que me dices de doña Pilar, te equivocas de medio a medio. No es fea; pero, dadas las circunstancias, no quiero pensar en comprometer mi libertad. Otros que valen menos han llegado a ministros. Los poetas tenemos en política buena suerte: de todo te tendré al corriente. Un abrazo a padre.

Tuyo,

MANOLO.

XII

LA DUQUESA DE ARRAYANES A DON LUIS LA SUERTE, EN SEVILLA

Madrid y Enero 30.

Monín de mi alma: Razón tenías para sospechar que tu recomendado había caído en casa de esta mosquita muerta igual que lobo en redil.

Está *loca perdida*, como tú dices. He visto cosas estupendas y he sabido atrocidades. Tu amigo Manuel no es aquí el amo porque no quiere. A ella cuanto hace le parece bien, y no pasa tarde sin que le mande a llamar. Yo algunas veces me voy por no hacerme antipática; otras me quedo para *oler* y, chico, te asombrarías. *Don* Manuel, o es memo y no entiende, o

quiere que ella se le declare en toda regla. Pilar le recibe hecha una princesa de elegante, y luego dice amén a cuanto le propone. Lo grave del caso es que él, ¡tan fresco! A mí no me cabe en la cabeza que una mujer haga esas *avances*, que llaman los franceses, tantas monadas y tantas zalamerías (tú las llamarías de otro modo), sin que él tenga que tomar una determinación. Porque la cosa está que arde. Y en prueba de ello allá va la bomba final, o mejor dicho bombas, porque son dos. Primera: que ella, según he sabido por una casualidad, le está protegiendo por bajo de cuerda, hasta tal punto, que le sacarán diputado por Tierra Espigas la semana que viene. Mira por dónde has hecho un diputado sin saberlo. Lo gracioso es que el tal Manuel tiene trazas de creer que le dan el distrito por su linda cara. ¿Si supondrá que los paletos han sabido que le aplaudieron en el Ateneo? De vanidosos está el mundo lleno. Pues, hijo, la tal velada fué, según me han dicho, lo que tú llamas una *lata*. Por último, y ésta es la segunda bomba. ¿Sabes a quién pone varas el diputado en canuto? ¡Pues a mí! Anda y busca empleítos para los amigos. Desde que me oyó decir que el general Martínez es tío mío, está conmigo finísimo, ¡y la otra, ciega! No quiero ocultártelo porque estas cosas vuelan. ¡Figúrate! *Yo, mi Luis y nada más.*

Lo de la diputación (lástima que no hayamos

pensado en ello para ti) te dará idea de cómo está Pilar. Con las relaciones que ésta tiene le hacen subsecretario en seguida. Y él, nada, sin soltar prenda, a pesar de haber estrenado ella las dos famosas batas claras. ¿Te acuerdas de la tarde que me las probé en París en el cuartito de la fonda?

¡Pobre muchacha! Está perdida, y si Dios no lo remedia cometerá una imprudencia. Lo único que la contiene es su eterna manía del decoro, ¡su familia... una Torredeloro! (¿Qué dirían en Tierra Espigas!)

¡Cuántas ganas tengo de verte, qué largas son las noches... y qué *espantosa soledad!* Pero está tranquilo por lo que se refiere a tu *recomendado.* ¿Sabía que soy tuya? Porque si lo sabía, el mozo es de perlas.

Nada más. Mil cariñitos de tu

VENTURA.

XIII

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA

Madrid, 6 de febrero.

Riquín mío: Ayer pagué la cuenta del sastre y cuarenta duros al tío que te lleva el tabaco

porque vino tu criado diciendo que habían ido a chillar. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿No sabes que no quiero que te atrases?

. . . .

Al fin la probrecilla se confesó conmigo. Empezó diciéndome que estaba muy preocupada, y acabó contándome que lo de la diputación era obra suya, pero que él no lo sabía. Luego se echó a llorar como una colegiala, diciendo un *le quiero*, vamos, que ni la Reichemberg, aquella rubia de la Comedia Francesa, que te dí un abanicazo por mirarla.

Nadie puede profetizar en qué parará esto. Y ahora hablemos de nosotros. Me siento muy solita...

. . . .

Tuya, con muchas ganas de verte,

VENTURA.

XIV

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA

Madrid, 7 de marzo.

Sr. D. Luis: En vista de que su estancia de usted en Sevilla se prolonga demasiado, y con-

siderando que las sevillanas son muy guapas, mañana salgo para ésa. Ya puedes componértelas de modo que te den un cuarto bueno, es decir, junto al tuyo; por lo menos en el mismo piso.

. . . .

. . . .

¡Pobre Pilar! ¡Qué cosas hacemos las mujeres! Anteayer, estando él fuera de casa (ya sabes que desde un principio le dió habitación en el segundo), largó la doncella a la calle con no sé qué pretexto y se empeñó en subir conmigo para ver cómo tenía Manuel el cuarto. No, la idea no es mala. ¡Cuántas infelices se desengañarían si pudiesen ver el cuarto donde vive el hombre a quien quieren! Figúrate, un despacho muy modesto atestado de libros, y un gabinete que es a la vez dormitorio y tocador. La cama, limpia, pero prosaica como la de todo hombre que vive solo; sobre una mesa, tijeras, limas, cepillos, botones de plata, navajas de afeitar, agua de Colonia y hasta tenacillas para las guías del bigote. Se me olvidaba lo mejor. Entre todas estas baratijas, dos retratos bajo cristal: uno de viejo, un tío del campo, así como cortijero andaluz, buen tipo; y otro de mujer joven y bonita, sobre todo muy graciosa. Al coger este último retrato para mirarlo, Pilar hizo un movimiento que fué un poema: sorpresa, envidia, rabia, celos, de todo hubo. Más de diez minutos tardé en con-

vencerla de que aquella chica se parecía mucho al *administrador,* y debe de ser su hermana. Luego acobó por decirme: «*Sí, se da un aire, es guapa, tiene una fisonomía muy inteligente.*» Esto te basta para comprender cómo está la pobre. Sospecho que lo que ella quería era curiosearle los papeles, y por estar yo delante no se atrevió. Te apuesto un ciento de besos a que otro día sube solita. Ya lo sabremos por los criados.

El nuevo diputado jura hoy. Me voy a vestir, porque Pilar se ha empeñado en ir al Congreso con pretexto de que habla Castelar.

Conque ya lo sabes: que me esperes en la estación. ¡Otra vez en Sevilla y juntitos! ¿Te acuerdas del paseo a Itálica y de aquel tío que enseñaba las ruinas y decía tanta majadería? ¡Y la vuelta en coche cerrado! ¿Volveremos?

Quiera Dios que entretanto no haga ésta algún disparate. No creas que me disgusta la idea de salir de aquí: primero, por verte, y segundo, porque este administrador se va poniendo conmigo un poco moscón; la otra noche intentó dos veces llamarme *Ventura* a secas. Pilar no nota nada porque está ciega; pero, la verdad, me haría muy poca gracia reñir con ella por semejante majadero. Te advierto una cosa: no está enamorado de mí ni muchísimo menos; pero cada vez que hablo de mi tío el general ¡abre unos ojos! Supone que yo puedo serle útil para me-

drar, y en cambio ni siquiera sospecha que Pilar le está abriendo camino. Así sois todos. Vaya, me canso de escribir, y además se me ocurren una porción de ferocidades.

Te quiere mucho y está deseando demostrártelo tu

VENTURA.

XV

DE DOÑA PILAR TORREDELORO A LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN SEVILLA

16 de marzo y Madrid.

Querida Venturita: Te has marchado cuando más necesario podía serme tu auxilio. Me paso llorando las noches enteras. Este hombre está ciego y yo tengo miedo de volverme loca. Desde que te has ido, sin duda por cortedad, no viene por las tardes. Yo, después de comer sola, me voy al tocador, que sabes está medianero con la escalera, y a cosa de las nueve y media le oigo bajar; suena el chasquido del fósforo con que enciende el cigarro, y pasa de largo. Me da una rabia, que le mataría. Te cuento estas ridiculeces porque ya estás enterada de todo y porque

eres mi única amiga. ¿Y qué voy a hacer? ¿Será que no comprende lo que pasa por mí, o que no le gusto? ¡Qué vergüenza! ¿Querrá a alguna? Cuando pienso en esto parece que me estrujan el corazón. ¿Por qué saldrá todas las noches a la misma hora? Como las pobres mujeres no podemos hacer a las claras ciertas cosas, sigo el plan que ya te indiqué. Estoy procurando que en el Congreso le metan en comisiones, que le den turnos para que hable; en fin, que brille y que bulla, que llegue a ser algo debiéndomelo todo. Yo haré después poco a poco que lo sepa y lo agradezca para que la gratitud vaya convirtiéndose en otro sentimiento más dulce.

¡Si no fuera por el nombre que llevo... Dios me perdone! Pero ¡qué feliz debes de ser con tu Luis! ¿Vendrás pronto? Quisiera preparar, discurrir, hacer algo para despejar de una vez la situación. ¿Tan poco valgo, que este hombre no se fija en mí? Adiós, nena; me dan unas ganas de llorar que no puedo con mi alma.

Tuya,

PILAR.

XVI

DE LA MISMA A LA MISMA, EN SEVILLA

Madrid, 4 de mayo.

. . . .

. . . .

...¡Qué mezcla tan indefinible de tormento y placer! No sé cómo explicártelo. Soy otra, estoy enteramente transformada. Recibo y pago visitas; he reanudado cuantas relaciones he podido, he hecho las paces con la condesa, y todo por *él.* ¡Qué astucia, qué de rodeos he tenido que emplear! En menos tiempo no puede hacerse más; pero ¡cuántas veces he temido que me conocieran en la cara el interés que me guiaba! Al fin me han prometido darle un cargo importante que no le obligue a dejar la diputación. ¡Y él sin sospechar nada! No, no quiero que lo sepa, porque me moriría de vergüenza. Prefiero que se crea autor de su fortuna. Ya se lo contaré todo yo misma cuando pueda decírselo cerca, muy cerca, al oído. ¡Ay, Ventura, yo no sabía lo que era querer..., ni sufrir!

. . . .

Tu desgraciada amiga,

PILAR.

XVII

DE LA MISMA A LA MISMA, EN SEVILLA

Madrid, 19 de mayo.

Querida Ventura: No te he escrito antes porque he estado mala. Sí, mala de rabia, de coraje, y sobre todo de pena. He cometido una imprudencia muy gorda y la he pagado. Al día siguiente de escribirte mi última carta se fué Manolo a Tierra Espigas, y yo hice la majadería de subir otra vez a su cuarto. No, no era mera curiosidad, ni deseo de fisgar, sino ansia de estar entre cosas suyas. Fuí arrastrada por un sentimiento dulce y malsano, reprobable y delicioso. Ni siquiera pensé que podía caérseme un pañuelo, un broche que me delatase.

Pero vamos a lo espantoso. Sobre la mesa había varias cartas: dos con letra de mujer. Figúrate lo demás. Me cegué. La cosa es indigna de mí, ya lo sé; pero la tentación fué superior a mis fuerzas. Desdoblé una y leí. Era de su hermana. ¡Qué humillación! Hubiera querido morirme allí mismo. No te callo nada porque quiero que me aconsejes, y sobre todo que vengas. Entre otras cosas, le decía su hermana que ya que está en camino de crearse una posición, no des-

perdicie las ocasiones y que no se distraiga con nada *ni con nadie.* Después, fíjate bien, le ponía estas frases que se me han quedado grabadas en el alma. Las recuerdo tal como están escritas, y poco más o menos con la misma ortografía: «Al principio cuando supe que no era una señora mayor, sino jobensita, me asusté; pero de que me digistes que es sosa, pensé pues menos mal, porque así no se le pasará por la cabesa nadita de que tenga que arrepentirse. Esa señorona no ha de quererte para marido y en cuanto a otra cosa no está bien, y que en cuanto que se cansase de tí te costaría el empleo. Lo prinsipal es que siga pareciéndote pava. Bien dices que esas señoras de Madrid si no fuera por los moños y los lujos y las modistas no valdrían nada.»

Puede que yo haya puesto alguna palabra por otra; pero en sustancia esto era. ¿Lo quieres más terriblemente claro? ¡Qué vergüenza! No había que quebrarse la cabeza para entenderlo. Indudablemente la hermanita, temiendo que se enamorase de mí, le puso en guardia, y él entonces debió de tranquilizarla diciendo que soy pava, que no tengo gracia y que si no fuera por el lujo y los trapos no valdría nada. También tiene la carta otro párrafo que dice: «Lo mejor es que no seas soberbio y procures ponerte bien con esa otra señora que conoce gente tan poderosa y está tan bien emparentada. Por lo que

hablas de ella, comprendo que además te parece guapa.» ¿Quién será?

Me puse temblona de ira; luego me llené de terror ante la idea de que me sorprendiesen allí, y bajé a mi cuarto corriendo.

¡Qué noche! Tengo los ojos como puños. El dolor ha podido más que la humillación. Y ahora, ¿qué hago? Cuando volvió del viaje, envió a preguntar si podía recibirle, y dije que estaba mala: no mentía, y además me daba miedo la idea de verle. Ven, por Dios, y ayúdame a salir de esta situación que puede costarme la vida.

. . . .

. . . .

Pilar.

XVIII

DE LA DUQUESA DE ARRAYANES A DOÑA PILAR TORREDELORO, EN MADRID

Sevilla, 23 de mayo.

Querida Pilarcita: Tu carta me ha producido muy mala impresión. Está sucediendo lo que yo temía. No me atreví a decirte nada por miedo a que te enojases como la vez pasada; pero ya es

tiempo de que consideres fríamente lo que estás haciendo. Mira tú si me parecerá peligroso, que te escribo en serio. Al principio creí que eso sería un capricho de viuda joven y bonita; por lo visto, la cosa es algo más grave: se trata de una pasioncilla que ha tomado a tus ojos toda le importancia de una verdadera pasión. ¡Como estás viuda, y viuda de verdad, hace tanto tiempo! Cuidado, nena mía, que para nosotras, pobres mujeres, no es lo mismo dejarse amar que procurar ser amadas. Lo primero *les* parece bien; cuando intentamos lo segundo, dicen que somos unas perdidas. Si yo no hubiese tenido que permanecer aquí tanto tiempo para vigilar a este tuno, habría procurado espabilarte aun a costa de una desilusión, que es lo que te conviene.

Ya te he indicado mil veces que no estoy conforme con tu táctica.

Si amas a ese hombre, ¿qué mayor gloria puedes proporcionarle que hacerle tu legítimo dueño? Piénsalo bien; ¿por qué le proteges? Si ha menester tanto favor para subir, es que no sabe medrar por su propio esfuerzo. ¿Qué inteligencia privilegiada es esa que tiene cerca de sí un tesoro como tú, y no lo ve, o lo ve y lo desprecia? Si lo primero, es un estúpido; si lo segundo, no hay palabra bastante dura que aplicarle. Y tú, ¿para qué quieres que brille y tenga *una posición,* como cándidamente dices? Desengáñate; lo que te ocurre es que... vaya,

las cosas claras; en primer lugar, hace ya mucho tiempo que se murió tu pobre marido; en segundo, que tu amor no es verdadero amor, sino... que estás solita: hija mía, soledad, nada más que soledad; y, por último, que como ese cariño no es real, sino creado por tu imaginación, en vez de absorberte y dominarte, se ha modificado al contacto de tu único defecto. Cuando amamos de veras, la pasión nos limpia y purifica de imperfecciones; pero cuando la cosa no pasa de que creemos amar, entonces el cariño, el simulacro de cariño, mejor dicho, se contamina y bastardea con nuestros errores. Ya estás pensado que todo esto son tonterías que leo en los libros; pero ya sabes que para mí no hay más libros que los hombres. Además, en ti tienes la prueba. ¿Cuál es tu único defecto? Ese poquillo de vanidad que te hace pensar a todas horas en tu casa, tu nombre... ¡los Torredeloro! ¿Verdad que no te enfadas conmigo? Pues bien; al fijarte en Manuel has querido procurarle una posición envidiable y digna de ti; antes has pensado en esto que en ser feliz. También él debe de estar roído de ambición mal entendida. Siendo como es un cualquiera y teniendo al lado una mujer como tú, no se ha sentido atraído por ella, y ¡piensas que conquistada la celebridad se arrojará a tus pies! No lo esperes. Cuanto más le encumbres, más le alejarás de ti. ¿Y qué sacarías tú de su celebridad? ¿Te sabrían luego

mejor sus besos? Los que ambicionan gloria se duermen a nuestro lado para soñar con ella. No necesitamos hombres dormidos. Si ése fuera de otra pasta, ya te diría cómo habías de enloquecerle..., y si estuvieses realmente enamorada, instintivamente lo conseguirías tú solita. Proponiéndonoslo dos mujeres como tú y yo, llegaría a Ministro en poco tiempo... y luego a él una infanta le parecería poco. ¡Qué error tan grande el tuyo de creer que la vanidad puede auxiliar al amor!

La viudez tiene grandes escollos: uno de ellos, la impaciencia secreta, velada, de que no nos damos cuenta, pero que nos hace aceptar lo primero que se presenta. Esto te ha sucedido a ti. Hacías vida retirada, no tenías dónde escoger... *et voilà tout.* En cuanto te galanteen y cortejen más de dos a la vez, estás salvada; y no te fijes en ambiciosos ni sabios: la gloria y eso que ellos llaman ciencia son nuestras más tremendas rivales. La gloria nos los roba: el estudio nos los deja hechos pavesa. ¿Tú conoces nada más enclenque y débil que un sabio? En cambio, alguna vez habrás visto en el campo cómo abrazan los mozos a las muchachas. ¡Todos debíamos hacer vida pastoril! Basta de carta y de divagaciones. Mañana salgo para Madrid, te pondré en cura, y pierde cuidado, aunque estén pasadas de moda, no quedarán sin empleo las famosas batas claras. Acaso tengas que mudar

los encajes del pecho, porque se te (o te los) arruguen con frecuencia. *Rien de plus, ma mignone:* ten valor. Recuerdos de Luis, besos míos.

Tuya de corazón,

VENTURA.

XIX

DON MANUEL ALADECERA A SU HERMANA INÉS, EN PUENTEROTO

Madrid a 22 de mayo.

Querida Inés: Algo tengo que contarte, pero no puedo hacerlo hoy con la extensión que quisiera. Lo principal es que veáis que no os olvido. Sigo contento y con grandes esperanzas. El Ministro de la Gobernación me mandó llamar anoche; estuvo que se deshizo de amable, y me dijo que tenía en estudio una combinación para darme *algo* compatible con la diputación, porque el Ministerio necesitaba rodearse de personas notables; pero que, como a pesar de mi mérito, carezco de ciertas condiciones legales, la cosa es difícil, porque hay que inventar la trampa para que no se nos vengan encima las oposiciones. Estoy seguro de que habló sincera-

mente: primero, porque me aprecia mucho, y segundo, porque si yo me fuese con los conservadores daría un golpe tremendo al Gobierno. Allá veremos. La prueba de que me voy abriendo camino, es que ya me salen envidiosos y enemigos. Ayer mismo tuve un rozamiento con otro diputado: me dijo una cosa desagradable, le contesté secamente y me repuso: «Vamos, vamos, no hable usted tanto de coacciones y caciquismos, que ya sabemos a quién debe usted el distrito.» Figúrate cómo me pondría yo cuando (recordarás que te lo escribí) los mismos electores influyentes de Tierra Espigas me rogaron, casi me obligaron a que aceptase. Cambié con aquel mentecato cuatro palabras gruesas y nos separaron los amigos. ¡Mira tú que venirle con reticencias al único diputado que hay aquí sin protección de nadie! Porque a mí ¿quién me ha empujado? ¿Quién me preparó la ovación del Ateneo? Lo que dijeron los periódicos ¿a quién se lo debo? La amistad con los ministros, que me tienen un miedo feroz, ¿qué quiere decir? Nada tengo que agradecer a nadie, pero aquí no le perdonan a uno que se abra camino por sus puños. Me atufé algo, y poco me faltó para mandarle los padrinos; pero ya estoy tranquilo aunque comprendo que, dadas mis condiciones y el porvenir que tengo por delante, me van a odiar. Por supuesto, que ya verán ellos lo que es un hombre que no necesita favor ni apoyo

de nadie. No quiero tener que agradecer nada. Eso sí: como encuentre quien me facilite dinero, fundo un periódico, y ¿a que no se atreven conmigo?

Otra cosa, aunque de menor importancia, me trae también disgustado estos días.

Tengo una sospecha. Se me figura que le he caído en gracia a esta buena señora. La verdad es que si no fuera por mí... ¡Buenos tenía los negocios! Vengo observando que me llama con gran frecuencia y con cualquier pretexto; insiste para que me quede a comer con ella, y en dos o tres ocasiones se ha negado a recibir visitas por estar hablando conmigo de asuntos que, sin riesgo, hubieran podido dejarse para otro día. Antes me recibía en la habitación que fué despacho de su marido: ahora entro hasta su gabinete, y siempre la encuentro primorosamente vestida. En provincias no sabéis lo que es una mujer elegante. Dirás que me he vuelto fatuo y presumido; pero es que no tenéis idea de la desenvoltura de estas señoras. Inútil creo decirte que no me conviene caer en la red: por nada del mundo comprometo yo mi libertad. ¿Qué sé yo ahora lo que la suerte me tiene reservado, ni a qué clase de mujer podré aspirar? Aquí hay hombre que sin una peseta se casa con una millonaria. Lo que barrunto es que ella ve que voy subiendo como la espuma y que puedo llegar a tener la gran posición. No digo yo que sea doña

Pilar mal partido: es rica, pero las hay que tienen más. Sobre todo, es muy parada, muy tontaina: me gustan más las mujeres vistosas, de esas que cuando entran en un salón o un palco parece que lo llenan. Ríete cuanto quieras, ya sabes que yo te escribo como si me confesara contigo; pero, la verdad, si me hicieran secretario de una embajada o me dieran un legación no me gustaría esta mujer, que, a pesar de sus humos aristocráticos, parece nacida para un empleadillo de seis mil reales. En fin, ello dirá. Sentiría que las circunstancias me obligasen a dejar la casa: ya sé que luego me han de sobrar medios de vida, pero ¿dónde iba yo ahora ni qué hacía? Me andaré con pies de plomo, y si mis sospechas se confirman, procuraré dar tiempo al tiempo.

Recuerdos a padre, y para ti un abrazo de tu hermano

MANOLO.

XX

LA DUQUESA DE ARRAYANES A DON LUIS LASUERTE, EN SEVILLA

Madrid, 26 junio.

Querido Luis mío: Hoy hace un mes que llegué a Madrid, dejándote ahí contra toda mi voluntad. Me parece que ya es hora de que vengas. Si puedes quedarte con la ganadería y ultimar el arriendo de los pastos, santo y muy bueno; pero si no haces nada, vente a escape, porque tu nenita se va cansando de estar sola. Hombre joven en Sevilla, y en libertad... no es posible que seas bueno. Conque, a casa...

Ya que tienes empeño en ello, te contaré el desenlace de *le roman de Pilar;* y lo digo así, porque parece cosa de novela. Por supuesto que para explicarlo bien haría falta la pluma de Juan Valera. La infeliz estaba perdida: afortunadamente, llegué a tiempo. Primero, para que te hagas cargo de todo, te diré que hasta se había quedado desmejorada. ¡Granujas de hombres, y qué lástima que no podamos vivir sin vosotros! Claro está: supo lo que era el matrimonio, comprendió que podía ser mejor que lo que a ella le tocó en suerte, y lo mismo fué verse

viuda que comenzar a soñar con la reincidencia. ¿Qué mujer se acostumbra a vivir sin cariño luego de saber o entrever lo que es? Total, se enamoricó del primero que tuvo a mano. No veía a nadie, se presentó uno, pues aquél: desengáñate, hijo, algunas somos como las tierras; el primer aventurero que llega se hace el amo. Pero aquí ese cualquiera fué el administrador, un poco más que el mayordomo recién despedido, y como es vanidosa... ya sabes lo demás. Se empeñó en hacerle hombre: ella habló para que diese en el Ateneo la famosa velada, y te advierto que el tal Manuel es un poeta de abanico; ella hizo, por bajo de cuerda, que los caciques de Tierra Espigas le mandaran al Congreso, y que el Gobierno no apretase contra él las clavijas; ella habló a cuantos amigos de su marido conserva para que le abriesen camino; en una palabra, ha querido sacarle de la nada, imaginando torpemente que luego él se arrojaría a sus pies entre agradecido y enamorado. Pero, hijo, el caballero es de oro. No lo hay en el mundo más soberbio. A todo esto, lo mismo fué llegar yo a Madrid, que comenzar a ponerme los puntos. Cuando me oía hablar de mi tío el General se le hacía la boca agua.

Yo tracé mi plan y no me paré en barras. Estuve cruel con ella, diciéndole: «Te voy a convencer de que ese hombre, aunque sepa administrar casas, es un tonto indigno de ti.» Comen-

cé por hacerla observar lo *amable* que estaba conmigo, y aquí empezó la desilusión. Luego, aprovechando la afición que ella había tomado a subir al cuarto de él, le obligamos a marcharse a Tierra Espigas con un pretexto, y una noche nos instalamos en su despacho, y nos enteramos de cuanto pudimos. ¿Que esto no es propio de señoras? Propón lo mismo a cualquier desdeñada o celosa, y verás. Pilar, muy herida de sus galanterías para conmigo, y yo haciéndole notar y recalcando todo lo que podía perjudicarle, ¡figúrate! Pasó un rato infernal, pero ¡qué provecho le hizo! Lo primero que pescamos fué un paquetito de cartas de una novia que Manuel debió de dejarse en el pueblo. ¿Novia? He dicho mal. La pobre le llama, le ruega y suplica de un modo que no deja lugar a duda. Todo lo que le falta de ortografía le sobra de razón para quejarse. La ha perdido, la ha deshonrado, y a juzgar por el tono de sus lamentaciones, el señor diputado contesta con burlas y desprecios. Esto causó en Pilar tan mal efecto, que con toda su alma exclamó: «¡Infame!» No paró aquí la cosa. Las cartas de su hermana revelan que él, en las suyas, se ha mofado de Pilar, y lo que es peor, que es incapaz de comprender ni apreciar los favores que ella le ha hecho. ¿Y sabes lo que le causó más impresión? Primero, el convencimiento de que él la llama pava de mil modos, y luego, el haber dado

a entender que le perseguía con coqueterías demasiado expresivas. Cuando salimos iba trémula y nerviosa, sobre todo avergonzada. Resultado: dos días de cama con calentura.

Lo mismo fué verla buena y relativamente tranquila, que aprovechando la ocasión le dije que debía cortar el mal de raíz. Ella misma discurrió el modo, y ¡lo que somos las mujeres! cuanto más débiles, más arriesgadas. Lo que ideó fué espantoso; pero quise dejarla, temiendo que desconfiara de mí, dado lo fino que él se muestra conmigo, si yo intentaba dulcificar su propósito. No puedes imaginarte escena más horrible. ¡Luego tachamos de inverosímiles las comedias! Todo su empeño era apurar el cáliz hasta las heces; oirle a él mismo lo que me dijese de ella, y luego presentarse y ponerle en ridículo. Nos pusimos de acuerdo, y por la mañana le mandó recado para que a las seis de la tarde bajase a hablar de un asunto referente a una casa que intenta vender.

La doncella tenía encargo de decirle, cuando viniese, que la señora había salido y le rogaba que esperase. Yo debía llegar a los pocos momentos en traje de calle, entrar en la misma habitación donde él estuviese y darle conversación diciendo algo que le infundiera tranquilidad y confianza. Pilar escucharía el diálogo desde una puerta inmediata y saldría cuando le pareciese. Esto último contra mi consejo; yo

quería que oyese, pero nada de salir. No hubo modo de que desistiera.

Ya conoces el gabinete aquel tan mono, lleno de mueblecillos japoneses, lacas, telas claras, flecos de seda, cachivaches bonitos y macetas de grandes hojas que parecen sombrillas. Yo veía perfectamente por un espejo la entrada del dormitorio, cuyos cortinajes caían en gruesos pliegues hasta el piso. Para infundir tranquilidad al pícaro, cuando nos quedamos solos, me quejé de que entraba frío por la puerta que da al salón, y él en seguida la cerró. Después, no creas que se atrevió a gran cosa, ni yo se lo hubiera tolerado. ¿Verdad que me crees? A estar tú escondido en lugar de ella, no habrías tenido que salir a romperle... nada; te habrías reído y nada más. Para la pobre Pilar la cosa era distinta. Como supondrás, yo hablé llevando la conversación a terreno en que él descubriese la pequeñez de su alma, pero atenta siempre a poder atajarle en cuanto pronunciase palabra que pudiera herir a Pilar profundamente. Mi propósito era que diese rienda suelta a su vanidad, y contestarle luego de modo que quedara humillado y corrido.

Te ahorraré el relato de los preliminares. Luego vino lo siguiente:—¿Cree usted que tardará doña Pilar?—Vengo de casa de unas amigas donde creí encontrarla y había salido ya de allí; no puede tardar. Espérela usted conmigo. ¿Tan

mal se está aquí?—Me contestó una simpleza con pretensiones de galantería y me eché a reir, diciéndole medio en broma, medio en serio:—¡Pero qué infames son ustedes los hombres! Sabiendo que no debo dar oídos a ciertas cosas... se atreve usted a venir con bromitas. Adoran ustedes lo ajeno sólo por serlo, y en viéndonos libres... ni por ahí te pudras.—¿Por qué dice usted eso?—Porque... por ejemplo: ahí tiene usted a Pilar, más joven, muchísimo más guapa, la bondad en persona, sobre todo libre absolutamente, y no se le ocurre a usted nada.—Tuvo la avilantez de decirme que no admitía la comparación, y yo, por que no siguiese adelante en aquel camino, añadí:—Además, aunque ya comprendo que será guasa, se atreve usted a galantearme sabiendo, porque yo no lo oculto, que quiero a Luis, es decir, al hombre que le ha hecho a usted el favor de introducirle aquí donde se gana usted la vida y pueden protegerle.—Esto de llamarle empleado y aludir a la protección le sacó de quicio.—Señora—repuso—, ¿y que representa el mezquino sueldo que me dan si se tienen en cuenta los resultados de mi gestión en esta casa? ¿Ignora usted cómo estaba esto y cómo está?

Yo había prometido a Pilar que no le echaría en cara ciertas cosas; pero, chico, lo que yo quería era provocar una explosión de amor propio, y me salí con la mía.—No, señor, no

ignoro nada de eso: ha sido usted *fiel*, pero también sé que ha recibido usted de mi amiga grandes favores. ¿Qué era usted? Un apreciable caballero que venía de un pueblo. Y hoy es usted hombre conocido entre lo mejor de Madrid, poeta aplaudido, diputado, vamos, que está usted en situación de aspirar a lo que quiera.—Se puso nervioso, perdió los estribos, que era lo que yo quería, y replicó que a nadie debía nada, que no necesitaba protección, y que en cuanto a la diputación, los del pueblo le habían rogado espontáneamente que aceptase el distrito; en fin, echó por la boca cuantas cosas puede sugerir la soberbia más desatalentada.—Vea usted lo que son las cosas—repliqué—; yo creía que todo eso lo había hecho doña Pilar, y que usted estaría profundamente agradecido.

Sonrió del modo más insoportablemente fatuo que se puede imaginar, se irguió en la butaca, y atusándose la barba se inclinó hacia mí con aire misterioso, diciendo:—No crea usted esas tonterías: lo que hay es que... vamos, que si usted hubiera estado conmigo la mitad de insinuante y expresiva que ella... ya no era usted viuda.—La sonrisa con que acompañó estas palabras fué el colmo de la vanidad. Para la pobre Pilar aquello era denigrante y ofensivo. ¡Aquí de tu Ventura y qué bien estuvo! Me encaré con él como la mejor trágica del mundo, le miré de alto a bajo, y le dije secamente:—Señor mío,

está usted equivocado. Siento arrancar a usted esas ilusiones; pero todo, todo, se lo debe usted a Pilar. Usted se ha portado bien en casa (esto de portarse bien lo recalqué mucho, como si se tratase de un criado), y ella ha procurado recompensarle con algo más que unos cuantos duros. Por lo que veo, ha dado usted interpretación torcida a tantos beneficios; pero vaya usted al pueblo, hable usted con aquel tío cuco de don Servando, que cuando las elecciones recibió órdenes reservadas de Pilar, y saldrá usted de dudas. Sin que esto sea ofender a usted, mi amiga, por exceso de bondad, habrá estado más amable de lo que debiera; ya sabe usted que hasta a las doncellas les pide las cosas por favor; pero crea usted que es muy dama y muy altiva para emplear mal cierta clase de sentimientos.

Se quedó lívido. Yo, temiendo que soltase alguna barbaridad y que saliera Pilar, me puse en pie, y concluí diciendo:—Ahora ruego a usted que, mientras viene mi amiga, tenga usted la bondad de esperar en otra sala.—Cogió rabiosamente el sombrero, y sin hacerme la más leve inclinación de cabeza, salió del gabinete. Le miré marchar, oí cerrar la puerta de la escalera, y, sorprendida de que Pilar no saliese, corrí hacia la entrada del dormitorio. ¡Pobrecilla! ¡Qué había de salir! Allí estaba; pero ¡de qué modo! Desmayada, muy pálida y tendida

sobre la alfombra tras de los cortinajes. No sé cómo no la oí caer, ni cómo no se abrió la cabeza contra los barrotes de bronce de la cama. Parecía muerta, y tenía la cara brillante y lustrosa de haberse restregado furiosamente las lágrimas. La cogí en brazos (te consta que tengo fuerza), y la llevé hasta la *chaise longue,* donde a poco de recobrar el sentido, exclamó:—¡Ay, Ventura! El remedio ha sido brutal, pero seguro. ¿Cómo habré podido yo pensar en semejante hombre?

A la noche, mientras tomábamos el te y yo comentaba el caso echándolo todo a broma para distraerla, le pregunté:— ¿Por qué no saliste?—¡Qué salir—repuso—si no sabía qué amor propio era más ridículo: el suyo al suponerse digno y merecedor de todo, o el mío al querer protegerle para igualarle a mí!—Ese ha sido vuestro enemigo — repliqué—; no hay pasión buena o mala en que no pueda apoyarse el amor... menos en el amor propio.

Adiós, Luis; ¿verdad que tú y yo entendemos las cosas de otro modo?

Pilar parece no resignada, sino redimida. Esperemos que será dichosa, y que si este verano compramos en París batas claras, tendrán mejor empleo.

Te quiere mucho tu

VENTURA.

¿Sabes lo que se me está ocurriendo? Que el año que viene Pilar no protegerá a su ex administrador, y que acaso tengas distrito.

TODOS DICHOSOS

Don Eduardo era cincuentón, viudo y comerciante. En su juventud se divirtió cuanto pudo; pero los años hicieron en él poca mella. De la viudez se consoló pronto; su dolor fué agudo y breve, como el que sentimos al darnos un trastazo en un codo. Para los negocios era la quinta esencia de lo cuco; nadie trató con él sin dejarle algo entre las uñas.

Y no sólo al comercio aplicaba la cuquería, sino a todas las cosas de la vida, siendo con los hombres enredador y astuto, y con las mujeres tan mañero y hasta largo de manos que siempre se salía con la suya, y algunas veces también con la del prójimo. Tenía mucho de comerciante y otro tanto de mujeriego. Era mitad judío, mitad tenorio: mercader de día, conquistador de noche, taimado y socarrón a todas horas.

Aparte estas circunstancias y cualidades, tenía don Eduardo una hija muy fea que se llamaba Castora, un almacén muy lujoso de

efectos y servicios fúnebres titulado *El Pésame*, y un dependiente joven y guapísimo que atendía por Serafín.

La fealdad de Castora inspiraba risa o daba miedo, siendo, según los casos, cómica hasta lo grotesco, y trágica hasta lo espantable: estando alegre parecía momia retozona, y en poniéndose triste, muerte sin guadaña. La infeliz era espigada, flaca, pálida y huesosa; de rostro anguloso, poco pelo, ojos hundidos y chicos, orejas enormes, dientes amarillos y pies grandes. Sus veinticinco primaveras parecían cincuenta otoños. Tenía el carácter enérgico, el entendimiento despierto, el pudor dormido y el apetito amoroso continuamente desvelado. Las feas le daban gozo, las guapas envidia, las acompañadas, fuesen como fuesen, rabia. En cambio, todos los hombres poseían algún atractivo para ella: como el jugador ama la baraja, diciéndose que en alguna carta está la suerte, así Castora se ilusionaba con los hombres esperanzándose en que alguno había de apechugar con ella. A ponerse melosa, fingir rubor y dejar entrever pasión oculta no había quien la ganase; pero todo era inútil: jamás recibió mirada tierna, ni oyó galantería, ni saboreó requiebro. Sin embargo, tenía fe porque su padre era rico; tenía esperanza porque, como dice el refrán, la suerte de la fea la bonita la desea; y estaba dispuesta a tener caridad con quien primero le

pidiese limosna de cariño o de algo menos puro.

No había en Madrid ningún almacén de cosas fúnebres tan lujoso como *El Pésame.* La tienda estaba llena de lápidas, coronas, cruces y féretros de lo mejor que se fabrica en París, Londres y Viena. Las paredes estaban adornadas de cuadros con modelos de carrozas para entierros y figurines con trajes para los lacayos que en tales casos llevan los caballos del diestro.

Naturalmente, a pesar de la riqueza y buen gusto desplegados en escoger tanta flor de trapo bien imitada y tantos adornos recargados de oro y plata, el lugar era insoportable. Todo allí respiraba muerte o, por decir mejor, infundía miedo a perder la vida; todo significaba tierra y sepultura; las cosas parecían dar citas para el otro mundo. Había lechuzas, buhos, murciélagos y otros pájaros simbólicos, relojes de arena, siemprevivas, angelitos llorosos, lámparas con lágrimas pintadas en las bombas... Aquello infundía pavor. Lo más terrorífico era una gran vitrina, dentro de la cual, coquetonamente puesto, forrado de raso blanco y destacando sobre un fondo de terciopelo azul pálido, se veía un magnífico ataúd que estaba diciendo: «Ocupadme.»

¿Cómo había de vivir contento el mísero dependiente rodeado de tan terribles objetos, mal

retribuído y peor alimentado? Y menos mal cuando le dejaban solo, porque don Eduardo se iba de picos pardos, y Castora permanecía encerrada en su cuarto: lo grave era que la chica, cansada de monologuear en su eterna espera de los galanes soñados, solía bajar a la tienda, y con pretexto de poner etiquetas a las coronas o quitar el polvo a las flores, se pasaba las horas muertas devorando con los ojos al desgraciado Serafín, que prefería mil veces su soledad poblada de ataúdes a las miradas de la señorita; porque los féretros y demás utensilios fúnebres estaban quietos, mudos y resignados a no apoderarse de su presa sino en día incierto y lejano; mas la impaciente Castora no admitía espera, mostrándose locuaz, insinuante y apasionada, cual si estuviese poseída de hormiguillo amoroso. Y cuanto más tierna y expresiva estaba, más horrorosa se ponía.

Serafín la esquivaba haciéndose el distraído, simulando quehaceres, trabajos y ocupaciones, pero inútilmente, porque Castora, viendo en él la cifra y compendio de lo apetecible, no le dejaba a sol ni a sombra.

Era joven, guapo, vigoroso, apocado, sumiso y manso de condición. ¿Qué más podía desear una mujer?

Y así pasaban meses y meses: Castora maquinando los imposibles para atraer a Serafín, y Serafín colocado en la alternativa de sucum-

bir, o de que ella, desengañada y cansada, hiciese que su papá le despidiera.

Don Eduardo andaba también disgustadísimo. De una parte, veía el peligroso estado de creciente exaltación amorosa a que Castora iba llegando, y de otra, entre cuidar del negocio y vigilar a su hija, casi no le quedaban tiempo ni libertad para sus aventuras.

Lo primero era indecoroso; lo segundo, insufrible. Urgía idear remedio, un remedio rápido y decisivo, procurando que no padeciese el honor de la niña y contando con el apocamiento del dependiente.

Pero ¿qué procedimiento seguir? ¿Hablar ante Serafín de lo que pensaba dar a Castora el día que se casara? No: Serafín era tan delicado como tímido, y cuanto más hubiese de por medio, a menos se atrevería. ¿Aconsejar a Castora que gastara en componerse y emperejilarse para trastornarle el seso con la idea de tener mujer vistosa y elegante? ¡Imposible! El chico no era vanidoso, y respecto de Castora, cuanto más se adornase, más fea estaría. ¿Asociar a Serafín al negocio dándole participación en las ganancias y dejándole entrever la posibilidad de quedarse, a la larga, de amo? Tampoco, porque viendo risueño lo por venir, no se resignaría a compartirlo con Castora. Todo cálculo resultaba inútil, toda cavilación estéril.

Llegaron en esto los últimos días del año, en

que Castora había cumplido los veintiséis, y fué preciso hacer el inventario de las existencias almacenadas, operación de que estaban encargados el dependiente y la señorita.

. . . .

Era domingo al anochecer, hacía muchísimo frío y comenzaba a nevar. La guarda de la tienda estaba encomendada a uno de los corredores que en época normal iban de casa en casa, de botica en botica, olfateando entierro.

Castora y Serafín habían pasado el día en el entresuelo, donde se guardaban los géneros: ella sacando cintas, coronas y flores, y él tomando apuntes, sin cesar de sufrir miradas incendiarias y frases de doble sentido.

Decía Castora:

—Catorce docenas de rosas encarnadas... (Y por lo bajo añadía:) Es la flor que simboliza las pasiones ardientes.

Serafín apuntaba en silencio.

—Setenta docenas de rosas blancas... inocencia... Lo que peor empleamos las pobres mujeres.

Al cabo de un rato:

—Lilas... ¡Jesús y cuántos... digo, cuántas hay!

Serafín se ponía como la grana, y la pluma seguía crujiendo sobre el papel.

Así estaban desde las ocho de la mañana, en una habitación de cuatro metros en cuadro, muy baja de techo y rodeada de armarios y anaque-

lerías al través de cuyos cristales no se veían más que ataúdes y coronas de siemprevivas amarillas.

Cuando comenzó a faltar la luz dijo ella:

—No se puede encender el gas porque no han venido a componer la cañería; y habiendo aquí tanta flor de trapo, sería peligroso traer velas. Conque dejémoslo todo así hasta mañana.

Se habían quedado casi a oscuras y estaban rendidos. Castora, que anduvo todo el día de mueble en mueble y de cajón en cajón, se sentó en una silla baja junto al balcón. Serafín, harto de estar sentado, se puso en pie y se acercó también al balcón para ver si continuaba nevando.

—¡Qué copos tan grandes!—dijo ella—. No puede usted salir ahora. Estése usted un ratito. ¿Tiene usted miedo?

Poco menos era lo que él experimentaba, porque el rostro de Castora y la proximidad de los ataúdes despertaban ideas horribles.

Al cabo de un rato la señorita se levantó, quedándose junto a la vidriera, muy pegada al dependiente. Tan cerca de él se puso, con pretexto de ver caer la nieve, que Serafín sintió, no el contacto rápido de su cuerpo al incorporarse, sino cierta impresión de roce y de calor que le hizo pensar: «¡Si no fuera tan fea!... Verdad es que si no lo fuese... no haría esto... Lo haría yo.»

Sin embargo, no se apartó porque, como estaban casi a oscuras, a Castora no se le veía la cara, y de noche todos los gatos son pardos.

El frío arreciaba por instantes. Todo el calor del mundo parecía refugiado en aquel cuerpo de mujer. La nevada seguía cayendo y Castora seguía acercándose más y más a Serafín, que unos ratos miraba estúpidamente hacia la calle, viendo cómo revoloteaban los copos en torno de los faroles, y otras veces se entretenía en echar al vidrio bocanadas de vaho, haciendo luego dibujos con el dedo. Se le fueron quedando las manos frías, el rostro helado, y entonces, naturalmente, sintió más vivo, más intenso el calor que le comunicaba el cuerpo de la señorita.

Hubo un momento solemne. Castora soñó despierta con la realización de su ventura. Serafín, sin poderlo evitar, pensó: «¡Las hay que son muy feas de cara y, sin embargo, están muy bien formadas!»

Si en tal instante, solos, cercados de lobreguez y silencio como estaban, no hubiese temido verla luego con luz y cara a cara... Dios sabe lo que habría pasado. Poco faltó para que Serafín cometiese una de esas ligerezas que ni siquiera disculpan la oscuridad y la juventud.

Y sin embargo, al pobre muchacho le salió la misma cuenta, porque lo que allí sucedió fué trágico.

No se oía el menor ruido; las flores de trapo

exhalaban su olor fabril a engrudo y goma; las calaveras, las tibias y las lechuzas simbólicas doradas y esculpidas sobre las tapas de los ataúdes lanzaban débiles reflejos; no había más claridad que la que entraba por la vidriera, en cuyo plano luminoso se recortaban los bultos negros de dos cuerpos...

De repente se abrió la puerta, sonó una risa y se escuchó la voz de don Eduardo que entre severo y cariñoso decía:

—¡Hola, hola!... ¡Tortolitos! ¿Conque os queréis y me lo ocultáis? ¡La hija de mi corazón y el hombre de toda mi confianza tenían secretos para mí! ¡Tontos! ¿Qué deseo yo sino vuestra felicidad?

Castora vió el cielo abierto. Sólo un padre era capaz de aquello. A Serafín se le quitó de pronto el calorcillo que sentía. Don Eduardo continuó:

—La único que me parece mal es que me lo hayáis ocultado... y que andéis metiéndoos por los rincones. En fin, Dios os haga dichosos.

Serafín quiso protestar:

—Yo... le aseguro a usted... no tenía la menor...

Pero don Eduardo le atajó la intención y la palabra, oprimiéndole fuertemente el brazo, como quien dice: «Usted se casa, o le rompo el alma», al mismo tiempo que añadía:

—Nada, nada, comprendo tu impaciencia,

pero respeta su decoro... tiempo os queda. Mañana mismo se comenzarán a arreglar las cosas, los papeles... Abrázale, Castora... Serafín... *¡hijo mío!*

. . . .

Se casaron. Don Eduardo es libre. Castora es dichosa, muy dichosa. Ignora que en cierto teatruco por horas hay una segunda tiple, Venus en el cuerpo, gata en la voz, que casi todas las noches ve caer a sus pies una magnífica corona.

EL AGUA TURBIA

I

Don Luis Nestares era un pobre viejo buenísimo, incapaz de hacer daño a nadie en provecho propio, aunque el lucro fuese grande y quedara la picardía impune. Carácter severo y firme, pertenecía a esa clase de hombres que, imaginando saber cuál es el camino recto en todas las ocasiones de la vida, lo siguen sin dar rodeos ni meterse por atajos. Su inteligencia no pasaba de mediana; pero su bondad y su entereza eran tan poderosas, que movido de ellas, casi siempre acertaba; por mal que le salieran las cosas, le dejaban la conciencia tranquila de haber elegido lo justo y el ánimo satisfecho de haberlo procurado.

Como su posición social era humilde, estas virtudes carecían de escena donde brillar. Nadie las conocía, fuera de un reducido círculo de amigos que le llamaban santo a boca llena, y en

cuanto a los individuos de su familia que debieran apreciar tales excelencias, poco faltaba para que renegasen de ellas, porque siendo tan bueno, no toleraba nada malo, y de puro justo, se les antojaba tirano. Sin embargo, para ellos vivía y por su dicha se desvelaba, sin experimentar jamás impulsos de egoísmo ni amargura, aunque no le comprendieran. Modelo de esposos y de padres, no se le vió jamás entrar solo en el café o el teatro; pero en cambio, ninguno de los suyos podía malgastar una peseta. Su renta era pequeña, no más que unos cuantos miles de reales, y a ella vivían todos sujetos por igual. Doña Manuela, su esposa, era otro tipo: poco reflexiva, desordenaba, vanidosuela y gastadora. Se enamoró de ella cuando joven por lo guapa y dicharachera, viéndose luego negro para dominarla, porque a más de manirrota, le salió tan alegrilla e imprudente, que sólo a fuerza de tacto y firmeza pudo meterla en cintura.

Su hija Manolita, que ya tenía veinte años, amenazaba parecerse a la madre, sin que bastasen a corregirla la severidad y los consejos paternos; ¡pero qué veinte años de madrileña picaresca y maliciosa! El cuerpo airoso, el palmito hechicero, los ojos expresivos, la boca primorosa, el pelo mucho y muy negro y la charla tan enredadora y picante que era una tentación; por todo lo cual a su madre le parecía

la chica encantadora, mientras su padre, harto de saber lo que son mujeres, veía con miedo el desarrollo de tan peligrosos atractivos. Doña Manuela la mimaba sin tino, diciendo: «Esta volverá locos a muchos.» Don Luis ponía sus cinco sentidos en contrarrestar aquella falta de juicio, procurando que la niña saliese prudente, recatada y hacendosa, cualidades a que mostraba escasa inclinación. Pocos vestidos y galas le compraban; pero en el modo de aprovecharlos para que luciesen, en la manera de ponerse y arreglarse aquellos cuatro trapos, claramente revelaba su inmoderado deseo de agradar, su desenvuelta coquetería y hasta la ambicioncilla malsana de hacerse requebrar, provocando miradas y palabras que nunca dejaba sin respuesta que atizara el fuego. En lo cierto andaba don Luis al pensar que su hija era un peligro, sobre todo con aquella madre, siempre dispuesta a tolerar moños llamativos y ratos de balconeo, mientras por las esquinas cercanas andaba el estudiante, el cadete, o ambos a la vez. La lista de novios sería el cuento de nunca acabar; mas al fin llegaron las cosas a formalizarse, al parecer, con uno que cursaba último año de Derecho. Ni el chico ni la muchacha se enamoraron, en el verdadero sentido de la palabra; pero gustaban a cual más uno de otro, entusiasmándose ella con lo elegante y apuesto del galán, y éste con tener novia tan vistosa. Los medios que

para comunicarse usaban, eran los mismos de que disponen todas las parejas madrileñas que se hallan en caso análogo. Misa (Dios les perdone el desacato), paseo, tiendas, visitas, ventanillo, balcones, correo interior, en que el Estado hace de tercero, y criadas que sirven de Celestinas. A doña Manuela nada le parecía mal: lo importante para ella era salir y pasear con la muchacha. Don Luis trinaba con tanto callejeo, pero fingía llevarle con paciencia en gracia de que su futuro yerno iba a ser hombre de carrera. Lo que le sacaba de sus casillas era que la niña adoptara modas impropias de su posición humilde, exagerándolas hasta ir a veces ridícula, y que la madre sirviese en ello de tapadera, ayudándola a pagar con sisas de la compra y mermas de la comida las cintas, puntillas y perifollos que tomaban al fiado en las tiendas. Gracias a la paternal energía, no se retrasaron un día en el pago de la casa, ni en la lonja inmediata se llegó a deber un cuarto, ni se puso en la sala, como ellas pretendían, alfombra barata en vez de estera de cordelillo, ni les permitió que tuviesen más modistas que sus manos; pero, so pena de vivir en perpetua guerra civil, transigió con que usaran sombrero en lugar de mantilla o velo, y cedió en otros detalles de la vestimenta de Manolita, que fué convirtiéndose rápidamente en el prototipo de la señorita pobre mal avenida con lo poco y condenada a ser cari-

catura andante de las que tienen mucho. Toda la renta de don Luis no hubiera bastado a su mujer y su hija para ponerse majas, si les dejara; en cambio les importaba un bledo comer mal, carecer de sábanas o manteles y estar sin ropa interior, como los santos a quienes se ponen las galas sobre la mismísima madera.

Madre insensata, hija caprichosa, padre mal obedecido, y pocos recursos para todos, tales eran las circunstancias de la familia cuando vino a cebarse en ella la desgracia.

Don Luis tenía casi todo su capital invertido en acciones del *Banco Oceánico*, una de tantas sociedades en que con tiempo se preparan el robo y el despojo revestidos de irreprochables formas legales. En vano le avisaron algunos amigos de que el negocio se torcía. Otros más listos le habían convencido de que las acciones iban a subir y no quiso vender; pero transcurridos unos cuantos meses, comenzaron a bajar tan rápidamente, que en quince días dejaron de valer lo que representaban. Hubo cola de miserables estafados en las oficinas del *Banco Oceánico*, oyéronse maldiciones y amenazas, vióse a pobres mujeres llorando en el portal, y algún cándido habló de tribunales de justicia. Todo inútil. El *Oceánico* no pagó; los que dirigieron la empresa quedaron ricos, y los robados se dispersaron apretando unos los puños y tragándose otros las lágrimas. De estos últimos fué

don Luis; mas como no era hombre para descorazonarse y rendirse, decidió sobrellevar la situación con paciencia, y sobre todo con economía. Su primera resolución fué dar seguro empleo al poco capital que le quedaba, y en seguida se propuso buscar trabajo, por humilde que fuese; si podía emplearse en algo propio de un caballero, bueno; en caso contrario, lo que se presentara; y, finalmente, dispuso la reforma radical y completa de su casa y familia. En pocos días se mudó a un piso interior, despidió a la única criada que tenían, hizo almoneda de lo que le pareció superfluo y aceptó la dura ley de la necesidad, sobrellevándola tristemente, pero con gran entereza. Además, impuso a su mujer y a su hija completa variación de costumbres, con lo cual doña Manuela se juzgó la mujer más infeliz de la tierra y Manolita lloró de rabia. Cintas y puntillas, lazos y perifollos, moños pingorotudos y zapatos escotados, todo cayó ante la inflexible voluntad paterna, cuyo sistema económico se redujo a decir:

«—Nadie debe aparentar lo que no tiene. Cuando no hay para botas se llevan alpargatas. La que no puede comprar sedas y sombreros, se pone percal y lleva pañuelo a la cabeza. Todo, todo, menos vivir entre apuros, atrasos, trampas y angustias.»

Algunos meses después, viendo que aquellos sacrificios no bastaban, extremó las cosas.

Dando ejemplo, comenzó a trabajar de escribiente en casa de ún procurador y decidió que su hija aprendiese oficio poniéndola en casa de una modista de sombreros, antigua conocida suya, que se brindó enseñar a la muchacha. Lo que ésta sufrió no es para dicho, y lo que más le mortificó, al fin mujer, no fué el convencimiento de haber caído de lleno en la pobreza, sino las pequeñeces, los detalles y exterioridades de aquella nueva vida en que ya no era posible alardear de buen gusto y presumir de bien puesta. Triste fué ir al taller, escuchar reprimendas y cobrar jornal; pero aún le dolió más renunciar a sus pobres galas presenciando la venta o el empeño de los cuatro trapitos que con tanta ilusión cosieron sus dedos: ¡qué amargura sintió al trocar las chaquetillas, abrigos y sombreros de señorita cursi, pero al fin señorita, por el mantón de ocho puntas para el cuerpo y el pañuelo de seda para la cabeza! Porque don Luis fué inexorable diciendo que no había de ir su hija al obrador vestida como antes a visitas.

Cuando la desgracia no se recibe con resignación y el espíritu carece de grandeza para soportarla, concluye por formar en el alma un sedimento que se pudre o fermenta; sus vapores obscurecen el sentido moral, y la desesperación trae de la mano a la torpeza. Algo de esto debió de experimentar Manolita, porque de locuaz se hizo callada, de alegre triste, de comunicativa

sombría, y uniendo a la pena el disimulo, fué instintivamente predisponiéndose a que en su conciencia se atrofiase lo bueno y germinara lo malo. Las circunstancias favorecieron este cambio. Sus amigas esquivaron tratarla por no recibir como igual a quien vestía de menestrala; los hombres que antes la galanteaban con finura se permitieron requebrarla groseramente; unas gentes la escarnecieron con ofensas; otras compadeciéndola la humillaron, contribuyendo todas a que cada día sintiera más el bienestar perdido, y cada instante ansiase recobrarlo, sin reparar en los medios. Por último vino el peor desengaño: Joaquín, su novio, comenzó a dar señales de indiferencia. Primero dejó de ir a buscarla por la mañana para llevarla al taller; luego pretextó los estudios para no verla al mediodía; mostró que se enfriaba el entusiasmo acortando la duración y vehemencia de los diálogos, y, finalmente, quiso limitar las entrevistas a la de la noche, a la salida del obrador, a la hora en que todos los gatos son pardos y cualquier hombre puede arriesgarse con cualquier mujer por la calle: en una palabra, Manolita conoció que se avergonzaba de ir con ella. El mantón y el pañuelo le robaban la voluntad de aquel hombre, como le habían hecho perder lo que llamaba la consideración de las gentes. Lo único que le quedaba de mejores tiempos era el amor de aquel señorito; pero

era orgullosa, y no queriendo conservarlo a modo de limosna, una noche le recriminó por su frialdad, diciéndole mientras estaban parados en una esquina:

—Ya lo veo. Esto se acabó. Hago cuenta que tu cariño era parte de la renta de mi padre... y voló.

—¡Calla, mujer! Si te quiero igual que antes.

—Puede ser... pero, chico, no puedes disimularlo: llevando yo esta ropa no te hace maldita la gracia que te vean conmigo.

Joaquín, con una dureza tan brutal como humana, aprovechó la ocasión para romper.

—La verdad es que estás hecha una chula... y lo de ir por la calle haciendo el amor por lo fino a una chula... Las gentes son como son, y cuando ven...

—¿Cuando ven qué?—preguntó ella escarnecida y humillada.

—Figúrate... las apariencias... Ya le han dicho a mi padre que andaba en malos pasos, que me iba con mujeres...

—Pues no lo volverán a decir. ¡Hasta aquí hemos llegado!

Y deteniéndose bajo un farol, que iluminó su rostro arrebatado y lloroso, añadió con desconsolada ironía:

—Adiós, hombre, adiós. No quiero que viéndote conmigo piensen... eso que has dicho.

—Siento que te ofendas, la verdad... yo no

creo nada... pero al fin y al cabo, siendo mi novia... vamos, a mí, para beberla, me gusta el agua clara, muy clara.

—Eres un infame—replicó la pobre muchacha; y volviéndole la espalda para que no la viese llorar, echó calle arriba mientras él se fué despacio calle abajo. Era el ofensor, y se sentía humillado.

A Manolita no se le borró jamás de la memoria aquella frase del «agua clara... muy clara».

II

La pérdida de la fortuna, las privaciones, la mala voluntad que para soportarlas mostró doña Manuela, y la mezcla de ira y melancolía en que degeneró el carácter de Manolita, fueron minando a don Luis la salud y haciéndole la vida insoportable: más que los años, las penas triunfaron de su energía: hubiera sido capaz de luchar contra la desgracia; pero no lo era de sostener aquella pelea diaria que hija y madre suscitaban doliéndose de necesidades mal satisfechas o exigiendo gastos imposibles. En fin, comenzó a invadirle la tristeza; dió en no comer, fué abatiéndose poco a poco, perdió fuerzas,

pasó así muchos meses, y cuando harto de sufrir moralmente perdió el vigor y la energía, una pulmonía se lo llevó en seis días. Doña Manuela y Manolita le lloraron sinceramente, hasta lanzaron gritos de desconsuelo; pero mezclado con la pena de la viudez y la orfandad, tuvieron sin avergonzarse un pensamiento de perverso y mal entendido egoísmo. Estaban solas en el mundo, abandonadas a sus propias fuerzas, sin pariente que las amparase... y libres. Ya no tenían que pedir permiso a nadie para comprar una vara de tela, ni quien les prohibiese un peinado: ya no estaba la imprudencia sujeta a la razón, ni la frivolidad refrenada por el juicio. ¡Desdichado don Luis! Se le lloró aprisa y se le olvidó pronto.

Además, aquella pena tuvo un lenitivo: en el duelo hubo pan, un poco de pan, tanto más sabroso cuanto menos esperado. Entre los papeles de don Luis se hallaron títulos del 4 por 100 interior, que representaban una renta anual de 4.000 reales. Era el fondo de reserva del pobre viejo: lo que guardaba para una enfermedad, para que su hija o su mujer tomaran baños o para cuando la muchacha se casase. Doña Manuela y Manolita, ignorantes en un principio de lo poco que valían tales papeles, comenzaron por tildar de avaro al muerto y en seguida resolvieron pedir consejo sobre lo que debían hacer con ellos para que produjesen más, pues lo

único de que estaban seguras era de que aquello no daba más que el 4 por 100. Sin parar mientes en los riesgos, imaginaron que al dinero bien podía sacársele doble rédito, y que con 8.000 reales al año ya no había necesidad de trabajar tanto. Coser en casa, tal vez; pero ya no sería preciso que fuese al obrador Manolita.

Para salir de dudas, consultaron a don Enrique Dolo, agente de negocios, que fué un tiempo amigo y consejero de don Luis, el cual se apartó de su amistad por considerarle demasiado emprendedor, poco escrupuloso y más listo de lo que convenía a los que con él trataban. Estas mismas cualidades fueron precisamente las que sedujeron y determinaron a doña Manuela. Aquel hombre de cincuenta años, tan bien conservado, que representaba mucho menos, elegante, amable, lisonjero, que hablaba de miles de duros con el mayor desparpajo, le pareció a ella pintiparado para consejero, y a él se fué sin más averiguaciones, dejando a Manolita en casa. La primera visita fué casi infructuosa, porque don Enrique tenía que salir con su mujer y dijo a la viuda que volviese otra tarde. Pero volvió doña Manuela en mala hora, acompañada de su hija, y fué de ver el recibimiento que les hizo el señor de Dolo, al ver entrar juntas en su despacho aquella madre incauta que buscaba consejos y aquella hija encantadora que tan fácilmente podía premiarlos. La en-

trevista fué larga; don Enrique escuchó a doña Manuela sin quitar ojo a Manolita, y mientras aquélla le hablabla de que con 4.000 reales al año no había persona decente ni decoro posible y de lo peligroso que era para la niña el obrador, él pensaba que no mil pesetas, sino todas las riquezas del mundo eran pocas para emplearlas en dulcificar la existencia de una muchacha tan bonita.

El enamorarse un hombre de repente, el *flechazo*, como decían nuestros padres, es recurso de poetas y novelistas malos; pero la contemplación de una joven hermosa puede despertar ideas que no a la larga, sino rápidamente, esclavicen el ánimo. Algo de esto debió de sucederle a don Enrique, porque sin titubear un instante, dijo que él se encargaba de aumentar aquel exiguo capital y de que en plena seguridad rentase cada día más. Ambas mujeres salieron de allí encantadas del hombre y esperanzadas con lo que le oyeron. ¿Hubo en la credulidad de la madre algo de estúpida candidez? ¿Fué tanta la inocencia de la niña, niña de veinte años, que no desconfió de la protección? ¿Hizo alguna de ellas cálculo malicioso? Ningún pensamiento se comunicaron, pero de allí salieron saboreando con la imaginación mil y mil cosas halagüeñas en cuyo precio no pensaban. Al otro día entregó doña Manuela a don Enrique el rollo de títulos de la Deuda que constituía toda

su fortuna, y desde el mes siguiente comenzaron hija y madre a mejorar de posición. Don Enrique empleó aquello como quiso, y a casa de sus protegidas fué llegando el dinero que era una bendición. Ya en forma de intereses, ya como resultado de premios en sorteos de amortización, unas veces como fruto de un préstamo, otras a consecuencia de inverosímiles operaciones bursátiles, doña Manuela y su hija fueron recibiendo cantidades que les permitían satisfacer deseos hasta entonces juzgados imposibles. Lo que don Enrique les daba no suponía para él quebranto de importancia ni merma considerable en sus fondos; además, el hombre no repara en lo que gasta contento. Ellas, ciegas o deslumbradas, lo tomaban, considerándose dichosas con poder hacerse un traje sin estar como antes pensándolo y calculándolo hasta que pasaba la época de lucirlo. Se mudaron de casa; la estera de cordelillo cedió el puesto a la alfombra; las sillas de Vitoria se substituyeron con butacas de tapicería; doña Manuela pudo permitirse el lujo de renunciar al velo y al mantón, y Manolita se hizo mucha ropa interior, fina y coquetonamente adornada, realizando al mismo tiempo el capricho de tener aparte, para ella sola, alcoba y gabinete amueblados con primoroso gusto.

No quedó esta prosperidad exenta de contrariedades. Por comer más y mejor de lo que

acostumbraba, tuvo doña Manuela varias enfermedades, y acaso por lo mismo, o por otra condición del cambio de vida, su hija, antes airosa y fina, perdió gallardía y esbeltez; la muchacha bonita se hizo mujer hermosa, pero gruesa, embastecida y pesada. Luego experimentaron un disgusto de otra índole. Poco tiempo después de recurrir a don Enrique, éste, pecando de imprudente, o acaso demasiado astuto, les presentó a su mujer, de quien se hicieron muy amigas, con esa amistad quebradiza en que por parte de quien protege hay orgullo y soberbia en quien recibe. Durante algunos meses la buena señora las miró, sin embargo, con benevolencia; mas luego, de repente, sin que nadie supiera la causa, se negó a continuar recibiéndolas. Malas lenguas dijeron que antes de hacerles el primer desaire permaneció una tarde entera encerrada con Manolita, que la llenó de improperios, que la chica estuvo como reo ante su juez, y, por último, que arrojándola con un gesto del gabinete, se dejó caer llorando en un sofá, mientras la huérfana salía sonriendo de una manera extraña, entre avergonzada y triunfante.

Por una de esas coincidencias frecuentes en la vida, desde entonces tomó verdadero incremento la prosperidad de Manolita. No pisar la casa de su protector, y meterse en gastos serios y vestirse con verdadero lujo, fué cosa de pocos

días. Después, paso a paso, lentamente, hoy por concesión espontánea, mañana por exigencia imperiosa, fué variando de carácter el lazo de unión que existía entre aquel hombre y aquella dos mujeres. Ya no iba a verlas como dispensador de beneficios, ni le esperaban como a indispensable consejero; al contrario, el humilde, el suplicante, el favorecido era él. Mientras las visitó de tarde en tarde fué señor: frecuentándolas se hizo siervo, pero siervo rico y pródigo, con esa prodigalidad estúpida que paga muy caro lo que por su naturaleza pierde valor y mérito cuando se pone en venta. Sin embargo, era preciso obedecerle en ciertas cosas. Manolita no podía salir sola, porque se le llevaban los diablos; al teatro habían de ir siempre juntos, a palco, para que pudiese quedarse medio escondido tras la cortina, y en su casa nadie entraba sin que él lo consintiera. En cambio, doña Manuela estaba hecha una señorona, con abrigos y trajes que infundían respeto, y Manolita se hizo famosa por su elegancia. Quien la vió primero señorita cursi y luego pobre modistilla, no podía conocerla. Nada quedaba en su figura y aspecto que recordase a la hija de don Luis. Operóse en ella una metamorfosis completa: pasó de desearlo todo a no carecer de nada, ejemplo vivo del poder del oro, y a pesar de esta transformación, le faltó mucho para considerarse dichosa, no porque experimentase la nostalgia de la virtud,

sino porque lujo, comodidades, regalo, cuanto disfrutaba tenía para su paladar un dejo amargo. Aceptaba en su origen lo equívoco y sospechoso de aquella existencia; pero deseándolo menos anormal, más regularizado, en condiciones decorosas, decía ella. Salvo la mujer de don Enrique, nadie le hizo ofensa, de nadie recibió desaire, porque tuvo buen cuidado de no tratar con gente escrupulosa; mas esta misma limitación, impuesta por las circunstancias, le lastimaba profundamente: en una palabra, sentía, aunque bastardeada y sin saberlo, ese ansia de estima y de respeto que va unido a todo desfallecimiento de la virtud cuando la corrupción no ha matado por completo el sentido moral.

Tales eran los pensamientos de aquella mujer cuando don Enrique tuvo que pasar fuera de Madrid una temporada. Manolita entonces, aprovechando el tiempo, empezó a salir sola, callejear, ir a los teatros, y frecuentar los paseos, poniéndose trajes vistosos de aquellos que, por demasiado llamativos, toleraba él de mala gana.

Una noche, no encontrando palco, tomó para sí y su madre dos butacas. La inmediata a la suya estuvo vacía durante el primer acto; al comenzar el segundo entró un hombre a ocuparla.

. . . .

¿Hubo complicidad por ambas partes? ¿Se

habían concertado? ¿Venía él siguiéndola de tiempo atrás los pasos, o fué casual su encuentro? Lo cierto es que aquel hombre era Joaquín, su antiguo novio, el estudiante de Derecho, a la sazón abogadillo sin fortuna y sin pleitos. Gracias a la calmante labor del tiempo, que todo lo amortigua, o fuese consecuencia de esa simpatía que atrae mutuamente a los que valen poco, ambos se miraron o fingieron mirarse con más sorpresa que rencor. Manolita se sintió orgullosa pudiendo ostentar juntamente ante los ojos de quien la había despreciado el esplendoroso apogeo de su hermosura y el lujo de su traje. Joaquín la contempló como diciéndose:

«—¡Ahora sí que está guapa!»

La mujer saboreando su triunfo y el hombre halagado con la posibilidad de una reconquista gloriosa, permanecieron largo rato en silencio, pero deseosos de hablar. Por fin a Manolita se le cayó el abanico, y él, cogiéndolo del suelo, se lo presentó y dijo:

—Tome usted, señorita—a lo cual ella repuso burlonamente:

—¡Ay!... *usted.*

El primer paso estaba dado. Luego, entre frases corteses y sonrisas de incredulidad, vino el recuerdo de lo pasado.

—Pues, hijo mío, tú me dejaste.

—Buen tonto fuí.

—Ya no tiene remedio.

—Si tú quisieras...

—¡Imposible!—dijo ella fríamente.

—Lo imposible—replicó Joaquín—sería que yo estuviese aquí, a tu lado, sin pedirte perdón. Quiero verte... no vayas a figurarte otra cosa; hablarte... nada más que hablarte... para que no me juzgues mal. Si supieras... Yo entonces...

Manolita, con esa perspicacia mujeril que domina las situaciones más enojosas, dijo en voz baja, fingiendo vergonzoso temor: —«No soy libre», y él, sin mirarla, repuso: —«Ya lo sé... no importa». Manolita sonrió como quien sabe a qué atenerse. En su alma comenzó a dibujarse una esperanza increíble y absurda. Primero concibió una de esas ideas que vienen involuntariamente a la imaginación, traídas por las circustancias; luego esa idea se convirtió en deseo atizado por el amor propio, y por último, hizo resolución, propósito firme de *intentarlo*. ¿Qué podía perder si fracasaba en su empeño? Nada. ¿Qué podía ganar? Lo que más ambicionaba entonces, como ambicionó el bienestar y el dinero.

. . . .

Se citaron para la mañana siguiente; se vieron luego en sitios extraviados durante muchos días seguidos, ya en apartadas alamedas del Retiro, ya en las rondas, en calles solitarias, o haciéndose en el tranvía los encontradizos. Entre burlas y veras hablaron largamente, procu-

rando cada cual explorar la intención ajena. Afirmaban que se querían, que no habían dejado de quererse, echaban la culpa a la fatalidad; él de cuando en cuando fingía mermar la expresión de algo que se le venía a los labios, y ella, afectando profunda amargura, murmuraba: —«Tengo para vivir... pero me he perdido... me he perdido». Entonces él enmudecía, y luego la llamaba hermosa. Otras veces procuraba hacerse el distraído para no enterarse de lo que Manolita quería darle a entender, y si ellas mostraba insistencia afectando lealtad para que luego no se llamase a engaño, respondía tímidamente: —«Calla, calla, no me hables de lo pasado... Todavía podemos ser felices». Con todo lo cual la protegida de don Enrique se convenció de que su antiguo novio no tenía sobre qué caerse muerto, ni un átomo de vergüenza, y que siendo así, podía proponerle lo que deseaba. Por fin, una mañana, en uno de aquellos largos paseos, le dijo jugándose el todo por el todo: —«¿Te casarías conmigo?», y Joaquín repuso sin vacilar: —«Si supieras lo que te quiero, no lo pondrías en duda.»

Desde aquel momento quedó concertado su matrimonio. De cómo y con qué habían de vivir no hablaron palabra; ya sabía ella a qué atenerse. Por gusto, por capricho malsano de gozar las entrevistas furtivas, siguieron viéndose algún tiempo en las calles, hasta que dando ella

el dinero y él los pasos, lo tuvieron todo a punto. Nunca se dijeron ciertas cosas claramente, entendiéronse a medias frases, y ni por casualidad nombraron a don Enrique. Para designarle, hablaban vagamente del *obstáculo*, mostrándose siempre conformes en que no convenía *romper*, en que la violencia les sería fatal. —«Además— dijo ella en cierta ocasión—, no quiero ser ingrata. Mas adelante... el tiempo lo resuelve todo...» Joaquín, creyendo haber hallado una fórmula delicada para expresar la situación, repuso: —«¿No se casan las viudas? En amor, como en política, hay que aceptar los hechos consumados.»

. . . .

Pocas semanas después Manolita tuvo con don Enrique una conversación muy seria. Sus frases fueron conmovedoras. Le bendijo como a su Providencia, le rogó que le permitiera salir de aquella situación horrible, alardeó de desinteresada, hablando de no pedirle nunca nada, y hasta hubo aquello de—«Bastante ha hecho usted por mí; usted es mi padre». Luego, con lágrimas en los ojos se arrastró a sus pies, casi convulsa, pugnando por abrazarle las piernas y besarle las manos, mientras con frases incoherentes fingía vacilar entre lo que sentía por él y lo que demandaba *su decoro*. Por último, cuando le vió ablandarse sonrió mimosamente y le

dijo: —«Anda, ¿qué te importa, si para ti he de ser siempre la misma?»

. . . .

No asistieron a la boda más que tres o cuatro personas: amigas de ella, de las a quienes regalaba trajes y sombreros medio usados, y un primo de Joaquín que era partidario de la redención por el amor. Padrinos fueron don Enrique y doña Manuela, disponiendo ésta que sirviera la comida un *restaurant* muy en boga, y que no faltaran helados y champaña. Don Enrique ocupó la cabecera de la mesa y a su lado se sentaron los recién casados. Doña Manuela estaba embobada, absorta por la esplendidez del servicio, la profusión de manjares y sobre todo por la exquisita cortesía y afabilidad con que se hablaban su yerno y don Enrique. De cuando en cuando contemplaba con orgullo a su hija, y en seguida miraba alternativamente al novio y al padrino, complaciéndose en la olímpica serenidad de uno y la severa indiferencia del otro. Finalmente, creyéndose obligada a decir algo muy sentido, exclamó: —«Pobrecillo esposo mío, ¡cómo gozaría si nos viese!» —Y en seguida, en un arranque de sinceridad, añadió henchida de satisfacción y magnífica de puro imbécil: —«Por supuesto, hija mía, que tu padre era un caballero... ¡pero qué diferencia de aquellos tiempos a éstos!»

Al descorchar el champaña cayó en la copa

de Joaquín, por descuido del camarero, algo del lacre y del papel dorado que tenía al cuello la botella, dejando turbia y sucia la diáfana transparencia del líquido. En el fondo de la copa quedó como un pedacillo de oro, y Joaquín bebió de ella sin reparo diciendo: —«No es nada.»

Manolita, radiante de belleza, se acordó del tiempo pasado, de cuando la ruptura; y abarcando con una rápida ojeada a su marido y a la copa donde temblaba el trozo de talco amarillento, sonrió de un modo indefinible y dijo: —«Chico... que eso está turbio». Pero él, sacando del líquido con una cucharilla el papel metálico, repuso alegremente: —«Mira... ¡Si parece oro!»

Madrid, 1893.

LA GRAN CONQUISTA

Estábamos de sobremesa, envueltos en la neblina azulada del tabaco, saboreando el café y el coñac. Se habló de mujeres y de amor, es decir, de lo que los hombres llaman amor cuando ellas no les pueden oir. Todos expusieron su opinión: unos presumiendo de oradores, otros alardeando de ingeniosos, algunos en forma de cuento verde, muchos barbarizando soezmente. Se oyeron ideas originales, pensamientos delicados y, sobre todo, groserías de a folio.

—Para mí no hay nada como la mujer del pueblo—dijo un señorón rico—; es la única que conserva sinceridad.

—Prefiero las de teatro; satisfacen el amor propio y el otro.

—La mejor es la casada de la clase media; eso de que el marido esté en la oficina de once a cinco, es invención de los dioses.

—Todo menos las vengadoras, que son los coches de punto del amor.

—Pues yo—declaró una voz—prefiero las ca-

sadas de alto copete; se comprometen, temen al escándalo y acaba uno cuando quiere: amor secreto, sin más gastos que los de representación, y ruptura fácil.

—¡Eso es lo peor de todo!—exclamó Juan, que hasta entonces había guardado silencio—. Claro está que de las verdaderas señoras, de las honradas, que abundan, no hay que hablar; pero esa otra que decís, la rica despreocupada, desmoralizada, caprichosa y pervertida... esa es la gran calamidad. Creemos conquistarlas, rendirlas, y son ellas las que nos gozan, lucen y cambian, ni más ni menos que hacen con las alhajas.

—Vamos, a ti te la ha pegado en gordo alguna de ellas.

—¿Quién es? Somos discretos.

—No digas más que el apellido del marido.

—No diré nada de eso; pero os contaré lo que ella hizo conmigo.

—Oigamos, para escarmentar en testuz ajeno.

Arrellanóse cada cual en su butaca: dimos palabra de no interrumpir al narrador, y, mientras nos deleitábamos fumando y bebiendo, Juan contó su aventura de este modo:

—Estaba yo empezando el último año de carrera: es decir, era muy joven y ya hombre. Una tarde tomé el tranvía en la Puerta del Sol para el barrio de Argüelles, y al sentarme miré si había en el coche alguna mujer guapa; a mi de-

recha iba una de treinta o pocos más años, rubia, esbelta, graciosa, de porte aristocrático, elegantísima, y vestida con la más estudiada sencillez que podéis imaginar: de negro, sin lazos vistosos, sin perifollos llamativos, sin pulseras ni pendientes, con un sombrero cuyo único adorno consistía en una rosa de terciopelo rojo muy oscuro. Para observarla bien me levanté de su lado y fuí a sentarme frente a ella. A pesar de su rebuscada modestia, en seguida comprendí que era señora, por lo menos en cuanto a fortuna y posición social. El puño de la sombrilla formado por una loza de Sajonia, los zapatitos, los guantes, la flor y el velo del sombrero, la peinetilla de concha clara como el ámbar que le sujetaba el moñete por poco más arriba de la nuca, todo era finísimo y muy caro. Llevaba un devocionario sujeto por una goma roja, y con el pulgar ocultaba cuidadosamente una cifra que parecía de oro. La miré sin descaro, pero con insistencia, hasta convencerme de que era guapa, mejor dicho, bonitísima, formada su belleza por encantos delicados y finos: una duquesita Luis XV, que con los ojos bajos tenía expresión de candidez monjil, y mirando a hurtadillas, parecía una manola goyesca. Luego seguí mirándola, no ya como explorador, sino como conquistador. Mi edad, mi aspecto, y un libro que llevaba en la mano, debieron de hacerla comprender que era estudiante. Al notar

que la miraba bajó la vista, permaneciendo largo rato con los párpados caídos, de modo que juntándose las pestañas le sombreaban dulcemente la cara. Esta actitud, que también parecía inspirada en la más rígida modestia, quedó desvirtuada por un rasgo de refinada coquetería que consistió en pasarse dos o tres veces la lengüecilla por los labios, mordiéndoselos luego ligeramente para mantenerlos húmedos y rojos. Cuando vi que se había dado cuenta de mi tenacidad en examinarla, me hice el distraído, y ella, dejando el devocionario sobre la falda, se arregló el velillo de manera que la parte más tupida del dibujo de tul le cayese sobre los ojos; recurso habilísimo, porque sin fijarse en ella con grosero descaro, no era posible saber hacia dónde miraba. Comprendí que me estaba inspeccionando de pies a cabeza. Por fortuna, iba elegante: pudo hacerse cargo de que su admirador era un muchacho fino. Yo había pagado sólo hasta la Plaza de Oriente: allí, al ver que la desconocida no se apeaba, llamé al cobrador, y pidiéndole nuevo billete le dije, de modo que ella pudiese oirlo: «Hasta lo último». Se puso muy seria, aunque sin revelar enojo.

Se bajó en lo último de la calle de Ferraz, y yo detrás: la fuí siguiendo a respetuosa distancia, y la vi meterse en un portal de casa aristocrática con jardinillo. El portero, a quien no dirigió la palabra, la saludó al paso, quitándose

la gorra hasta los pies; señal de que vivía allí o trataba íntimamente a quien allí habitase. Al perderse en la semioscuridad del portalón, volvió rápidamente la cabeza hacia la calle. Seguí adelante, y al cabo de unos cuantos minutos retrocedí pasando de nuevo ante la casa: todas las persianas estaban echadas e inmóviles. Entonces pensé que no debía pasearle la calle. Si aquella era su casa, por no comprometerla, y si no lo era, porque nada adelantaría. Esto fué un sábado.

Si esta mujer—imaginé—quiere dejarse ver, comprenderá que yo no puedo hacer nada sin pecar de imprudente, y que ella ha de buscar la ocasión. Puede que tenga costumbre da oir misa en alguna iglesia del centro; pero yo debo presumir que la oirá donde más cerca la digan, es decir, aquí al lado, en el Buen Suceso; de modo que, aunque de ordinario vaya a las Calatravas, por ejemplo, si yo no le he sido antipático, si se me muestra propicia, discurrirá lo mismo. Al día siguiente oí cinco misas en el Buen Suceso: hablando con más propiedad, estuve fumando en la puerta mientras las rezaron. Ya me iba a marchar, cansado y aburrido, cuando la vi llegar por la calle de la Princesa; entró en el templo, la seguí, y me puse a observarla tras uno de los pilares que sostienen la nave. Al principio no levantó los ojos del libro; luego miró con disimulo hacia los lados; por último, cre-

yendo que yo no la veía, se volvió impaciente varias veces como sorprendida y defraudada en su esperanza de que me pusiese cerca. Salí de tras el pilar y me acerqué despacio: nuestras miradas se cruzaron, y se dejó caer de pechos sobre el reclinatorio tapándose la cara con el libro, cual si quedase abstraída por la devoción.

Terminada la misa, volvió el reclinatorio de modo que yo pudiese ver la cifra que tenía bordada en el asiento: aquello equivalía a decir «aquí vengo siempre». Después salió, y yo tras de ella con ánimo de *encerrarla;* pero me llevé chasco, porque en la puerta había esperándola una berlina: montó y el caballo salió bufando. Era inútil intentar seguirla con un simón.

Por fortuna, el miércoles siguiente era fiesta de precepto... y oímos misa; pero también hubo berlina.

Para no repetir muchas veces la misma cosa, una mañana, sin duda enternecida por el espectáculo de mi piedad incansable, me miró varias veces, y al salir no hubo berlina. Atravesó la calle de la Princesa y se metió por aquellas callejuelas, casi siempre desiertas, que circundan al cuartel del Conde Duque. No pasaba un alma. Hice coraje, y apretando el paso me planté al lado de mi deseada, la cual se detuvo fingiendo turbación, y digo fingiendo, porque la impasible serenidad de sus ojos desmintió el temblorcillo que imprimió a su voz.

—«Gracias a Dios que me permite usted hablarla»—dije—. Y repuso muy bajito: —«¡Esto es una temeridad! ¿Qué pensará usted de mí?» —«Señora, aquí no nos ve nadie, y yo... no puedo más. Desde la mañana que la vi a usted, hasta hoy, no he dado el menor paso para saber quién es usted para no comprometerla; aún no lo sé... pero sáqueme usted de dudas... ¿Verdad que no le soy a usted antipático?» —«Es usted un muchacho... Si puede que le doble a usted la edad. ¿Es usted estudiante? ¿Madrileño?» —Sí, señora, estudiante; pero ya no me aprovecha el estudio: me tiene usted tonto.» —«Y usted cree—dijo tristemente—que una mujer casada...» —«Señora, yo creo que usted es una santa por lo buena, y una divinidad por lo hermosa... pero cuando se ha venido usted a pie por estas callejas, no ha sido para despedirme con cajas destempladas; para mandarme a paseo hubiera usted seguido por donde va la gente.» —Se puso roja como la grana y repuso: —«Tiene usted razón; soy una loca... ¡y tan desgraciada!... ¡y... usted parece tan sincero! La juventud está llena de buenos sentimientos.» —«No tenga usted miedo a que la comprometa con imprudencias... déjese usted querer... no pido más.» —«Pero va usted a pensar que soy una perdida...» Ya sabéis lo que esto significa en boca de una mujer. Os cuento estos preliminares para que comprendáis la índole de la señora.

Durante algunos días nos vimos en las calles, en sitios extraviados, solitarios, y siempre cercanos de alguna iglesia que sirviese para probar la coartada. Nuestro amor, mejor dicho, nuestro *modus vivendi* se fundó sobre las bases siguientes. Yo me comprometí a no seguirla en paseos ni calles, a no mirarla con insistencia en los teatros, a no saludarla en público, a tratarla como desconocida si la encontraba en alguna casa y a no escribirla ni pretender que me escribiese jamás. También le dí palabra de mudarme a una casa donde no hubiese más huésped que yo. Ella vendría a verme, previo aviso, que consistiría en un papel donde, con letras y números recortados de periódicos, pondría, por ejemplo, «viernes a las cinco», «martes a las dos», en fin, cuando pudiera.

De este modo comenzó aquello. Yo estaba en esa edad en que la idea del amor aminora, disculpa y hasta poetiza todos los extravíos pasionales. También vosotros habréis pasado por ese estado de ánimo, en que toda joven que se entrega parece seducida, en que toda adúltera se nos antoja víctima del marido, y en que toda cortesana tiene a nuestros ojos algo de víctima social.

Para mí, Julia—la llamaremos Julia—era una verdadera conquista, una señora de verdad que se había enamorado de mí. ¡No os burléis! ¿Qué hombre no se considera a los veinte años capaz

de ser querido? Yo no la quería... me gustaba; pero en cuanto a ella... mi vanidad y sus zalamerías llegaron a hacerme imaginar que si la dejase se volvería loca; y comencé a sentirme impulsado hacia ella por algo semejante a lástima. Indudablemente—pensaba yo—, su marido será un bárbaro, rico, pero ignorante; mucho frac y poca delicadeza; un noble degenerado o un burgués endiosado...; un animalucho, soez, violento... ¡Puede que hasta la pegue! Luego supe que era un cumplido caballero.

Julia venía a verme astuta y perversamente vestida, por fuera casi como una modistilla, y con ropas interiores de un lujo deslumbrador, pero lascivo y canallesco. Su lenguaje era fino, sus ideas groseras, y alguna vez hasta su lenguaje, como si en la brutalidad de las palabras buscara expresión fiel a la violencia de su amor. También solía darle por jugar a la mujer hacendosa; me hacía café y me cosía botones. De cuando en cuando venía romántica, y entonces estaba inaguantable hablando del *país azul,* que veía en sueños, y de que el mundo le había ensuciado el alma. Entretanto a mí comenzaba a darme vergüenza, pero vergüenza mezclada de vanidad, haber inspirado *aquello.* Toda su pasión está condensada en estas palabras, que me dijo una tarde en un arranque de inconsciente serenidad: —«Hay momentos en que debo de inspirarte repugnancia, porque al fin y al ca-

bo soy de otro... ¿Por qué no tienes celos? ¿Por qué no me pegas?»

Su amor y las matemáticas me dejaron muy flaco.

Conseguí dominar la trigonometría, sin poder dominar a Julia.

. . . .

Pasó el añó, y llegó el fin del curso. Escribí a mis padres que al día siguiente del examen me pondría en camino para abrazarlos y pasar con ellos el verano. La esperanza de verlos se acibaraba con la idea de sepárarme de Julia. ¿Me escribiría? ¿Daría alguna prueba de saber amarme... de lejos? ¿Sabría expresar cariño limpio de sensualidad? En una palabra, ¿tendría verdadera ternura de amante aquella dama, injerta en pecadora de oficio?

. . . .

. . . .

Al salir de la escuela, hecho todo un señor ingeniero, fuí al telégrafo, puse el despacho a mis padres dándoles la buena noticia, al mismo tiempo que les anunciaba mi salida para el día siguiente, y en seguida me fuí a casa, donde ella debía esperarme.

Allí estaba, más hermosa que nunca. Se arrojó en mis brazos y me besó como besaría una pantera. Os confieso que me hizo sufrir. Yo hubiera querido no besar aquel día más que a mis padres, y a alguna mujer que me quisiera de

otro modo. Luego me ayudó a hacer el baúl con la mayor tranquilidad. —«¡Dos meses sin vernos!»—le dije, mirándola fijamente para sorprenderle el pensamiento en la mirada. Entonces, sentándoseme de pronto en las rodillas, me dijo con expresión indefinible: —«No: esta es nuestra última entrevista. Se acabó la novela. Has concluído la carrera, eres hombre... hoy debe concluir esto. Así comprenderás lo que te quiero. Hasta hoy mi amor ha sido para ti una aventura: desde hoy sería un obstáculo a tu felicidad. Me halaga la idea de haber sido para tí la flor cogida en plena juventud al borde de un camino, que se aspira con delicia y se deja caer... no consiento en llegar a convertirme en cadena que se arrastra con dolor y entorpece la marcha. Hemos concluído. Si alguna vez volvemos a encontrarnos, te permitiré que me hagas el amor... platónicamente. ¡Verás qué encanto! Adorarse como novios después de haber sido amante y querida. Lo contrario que todo el mundo. ¡Será una anomalía deliciosa! Mira—decía—, no dejemos que el hastío sea el sepulturero del anor: nosotros mismos le enterraremos, y alguna vez, de tarde en tarde, iremos a echarle flores: es decir, a cada éxito que logres en la vida, a cada dicha que tengas, cada vez que te sonría la fortuna, te consagraré un recuerdo, tú pensarás en mí... y nada más. Un amor como el mío no debe ser para un hombre como tú más

que un episodio muy corto. Créeme, chico; las grandes impresiones son rapidísimas: prolongadas, se vulgarizan o nos matan. Vaya, ¡adiós!» Rompió a llorar, me dió un beso muy largo, y en seguida, violentándose, haciendo un esfuerzo supremo, se enjugó las lágrimas, dejó escapar del pecho un suspiro que me desgarró el alma, y sin que pudiera evitarlo salió del cuarto y echó escaleras abajo, dejándome en la mayor turbación de espíritu que podéis imaginar.

¿Qué era aquello? ¿Cómo se habían trocado las caricias en consejos, la locura en prudencia y la sensualidad en abnegación? ¿Cómo suponer que sus artes de cortesana y sus refinamientos de señora corrompida ocultaran una sensibilidad verdaderamente desinteresada y un corazón capaz de aquel sacrificio?

Sobre la mesa me había dejado, a modo de recuerdo, un mechón de pelo sujeto con un alambre de plata arrancado a una pulsera, y un papel en que había escrito estas palabras: «Guarda este pelo, bésalo alguna vez, y el día que te cases quémalo.»

Creí volverme loco. Estuve a punto de telegrafiar a mis padres que retrasaba el viaje. Por fortuna no lo hice, diciéndome: «La escribiré, volveré pronto, la buscaré, lograré convencerla y hará lo que yo quiera...» Luego me acordé de que ella iba todas las noches a su platea del Real, y me dije: – «No, no quiero irme sin ver-

la... No podremos hablar, pero no me marcho sin darle a entender que no renuncio a ella.»

Llegué tarde al teatro, porque tuve que deshacer todo el baúl para sacar el traje de frac. De pronto me asaltó la idea de que no iría: tal vez estuviese enferma... ¡La despedida fué tan violenta!

Pero no: allí estaba, en su palco, más hermosa que nunca, vestida de blanco como una novia, sonriente, serena, dejando caer de cuando en cuando los párpados con amorosa languidez y pasándose la lengüecilla por los labios para mantenerlos rojos y brillantes.

El escote de su vestido era una diabólica obra de arte. No me parecía demasiado bajo, sino por el contrario, bastante alto y pudoroso, mientras el cuerpo estaba derecho sobre la silla manteniendo erguido el busto; pero cuando ella se inclinaba hacia los lados, uniendo al mismo tiempo los brazos, se entreabrían los tules mostrando algo tan hermoso que era juntamente delicia para los que estaban cerca, y escándalo para los que estaban lejos.

Me vió en seguida; en mis ojos debió de leer mi angustia ante la idea de perderla, y mi resolución de impedirlo... Entonces me dirigió una mirada indiferente, fría, serena, como si no me conociera. Me vió sin sorpresa, se fijó en mí sin interés, y volvió hacia otra parte la cara sin revelar emoción de ningún género: ni dolor, ni

disgusto, ni alegría, ni contrariedad; ¡nada!

No volvió a mirarme en toda la noche. Pasé bajo su platea, me detuve con el mayor descaro: todo fué inútil.

Antes de terminar la función, la esperé en el pasillo por donde había de salir. Al encontrarse conmigo, se volvió hacia la amiga que la acompañaba, y hablando con ella, pero mirándome a mí, dijo: —«Me he cansado.»

. . . .

. . . .

. . . .

De repente sentí que me tocaban en la espalda. Era Sebastián, *Trotasalones*, como le llamábamos entonces. «—¿También a ti te gusta?—me dijo—. ¿Es bonita, eh?» —«Preciosa—repuse, y por saber lo que pensaba de ella, añadí: —Me han dicho que además es honrada.»

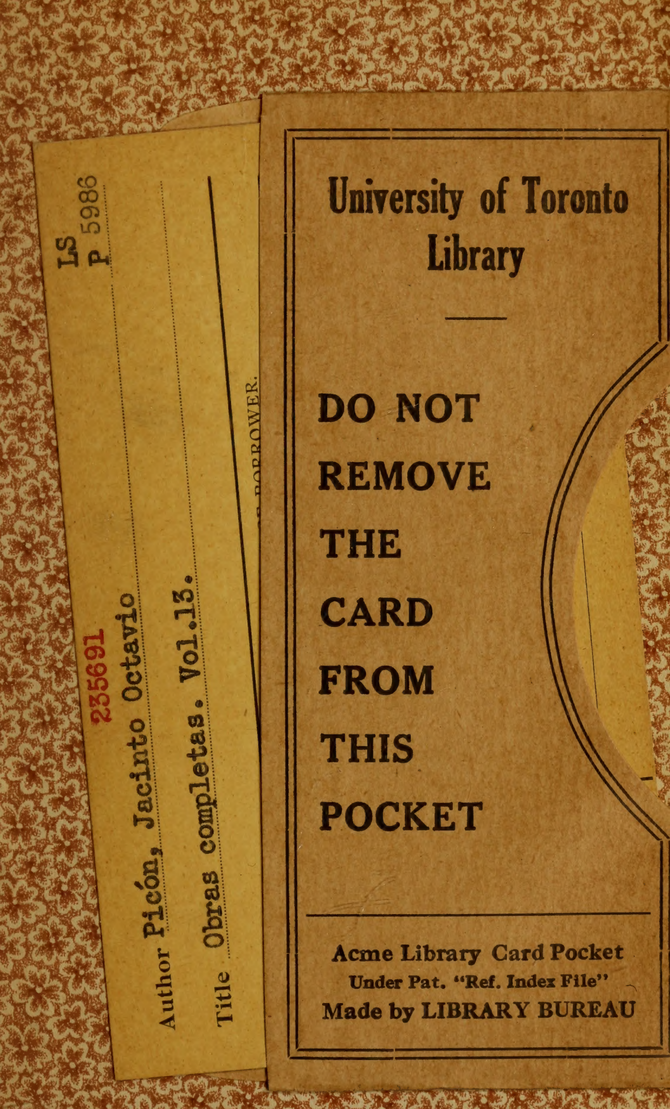
La respuesta de Sebastián fué una carcajada que me heló la sangre.

—«Juanito—me dijo—, ¿vives en Madrid o vienes de Babia? Esa mujer salía antes a querido por invierno; luego ha pasado un año sin amante conocido; nos tenía asombrados; y ahora, desde hace ocho días, está loca perdida por un chino de la embajada. Los médicos dicen que es *un caso.*»

Madrid, 1893.

INDICE




LS
P 5986
235691
Author Picón, Jacinto Octavio
Title Obras completas. Vol.13.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

